MAUPASSANT

LA
SEÑORITA
PERLA

PQ2349
M38

1020026650

LA SEÑORITA PERLA

Núm. Clas. N
Núm. Autor M452n
Núm. Adq. 30502
Procedencia -5
Precio
Fecha
Clasificó
Catálogo

OBRAS
DE
GUY DE MAUPASSANT

	Tomos
El buen mozo	2
La señorita Perla	1
La criada de la granja	1
Berta	1
Bajo el sol de Africa	1
El testamento	1
La loca	1
La abandonada	1
Miss Harriet	1

GUY DE MAUPASSANT

LA
Señorita Perla

TRADUCCIÓN DE

JOAQUÍN GARCÍA BRAVO

DOCTOR EN FILOSOFÍA Y LETRAS

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS
85937

BARCELONA
Casa Editorial Maucci
Calle Mallorca, 166

BUENOS AIRES
Maucci Hermanos
Calle Cuyo, 1070

1905

30502

843
M.
PQ2349
M38

Esta obra es propiedad de la Casa Editorial Maucci, de Barcelona.

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Tipografía de la Casa Editorial Maucci.—Barcelona.

La señorita Perla

I

Verdaderamente, no sé qué idea singular tuve aquella noche de escoger por reina á la señorita Perla.

Todos los años voy á celebrar el día de Reyes á casa de mi antiguo amigo Chantal. Mi padre, de quien era el más íntimo camarada, me llevaba á ella cuando era niño. Yo he continuado yendo, y continuaré sin duda mientras viva y mientras haya un Chantal en este mundo.

Por otra parte, los Chantal hacen una vida singular; viven en París como si habitasen en Grasse, Yvetot ó Pont-a-Mousson.

Poseen cerca del Observatorio una casa con su jardinito. Están en su casa como en provincias. De París, del verdadero París, no conocen nada, no sospechan nada; ¡están tan lejos, tan lejos! Algunas veces, sin embargo, hacen un viaje, un largo viaje á París. La señora Chantal va á hacer las grandes provisiones, como dicen en la familia. He aquí cómo.

La señorita Perla, que tiene las llaves de la despensa (pues los armarios de la ropa son administrados por la misma dueña), avisa que el azúcar toca á su fin, que las conservas se han acabado y que no queda gran cosa en el fondo del saco de café.

Puestos de este modo en guardia contra el hambre, la señora Chantal pasa revista á lo demás, tomando notas en un cuaderno. Después, cuando ha suscrito muchos números, se entrega primero á largos cálculos y después á no menos largas discusiones con la señorita Perla. Acaban, sin embargo, por ponerse de acuerdo y por fijar las cantidades de cada cosa de lo que se proveerán para tres meses: azúcar, arroz, ciruelas, pasas, café, confituras, latas de guisantes, de melocotón y de cangrejos, pescado salado ó ahumado, etc., etc.

Después de lo cual, fijan el día de las compras y se van en coche, en un coche con vaca, á casa de un tendero de comestibles al por mayor que vive al otro lado del puente, en los barrios nuevos.

La señora Chantal y la señorita Perla hacen este viaje juntas, misteriosamente, y regresan á la hora de la comida extenuadas, emocionadas aun y traqueteadas por el coche, cuyo techo vuelve cubierto de paquetes y de sacos, como un carro de mudanza.

Para los Chantal, toda la parte de París situada al otro lado del Sena, constituye los barrios nuevos, barrios habitados por una población extraña, bullanguera, poco honrada, que pasa los días en disipaciones y las noches en fiestas y que tira el dinero por la ventana. Sin embargo, de vez en cuando, llevan á

las muchachas al teatro, á la Opera Cómica ó al Francés, cuando la obra ha sido recomendada por el periódico que lee el señor Chantal.

Las hijas tienen hoy diecinueve y diecisiete años; son dos preciosas muchachas, altas y frescas, muy bien educadas, demasiado bien educadas, tan bien educadas, que pasan desapercibidas como dos muñecas. Jamás se me ocurrió la idea de hacer la corte á las señoritas Chantal, pues las creo tan inmaculadas que apenas si me atrevo á hablarles y casi teme uno ser inconveniente saludándolas.

Respecto al padre, es un hombre delicioso, instruído, muy franco, muy afectuoso, pero que gusta ante todo del reposo, de la calma, de la paz y que ha contribuído mucho á momificar á su familia para vivir á su gusto, en cierta inmovilidad. Lee mucho, es muy sociable y se enternece fácilmente. La ausencia de contactos, de roces y de choques ha vuelto muy sensible y delicada su epidermis moral. La menor cosa le conmueve, le inquieta y le hace sufrir.

Esto no obstante, los Chantal tienen relaciones, pero relaciones restringidas, escogidas cuidadosamente entre sus vecinos, y cambian también dos ó tres visitas al año con parientes que viven lejos.

Respecto á mí, voy á comer á su casa el 15 de agosto y el día de Reyes, y esto constituye para mí una especie de deber, como para los católicos el comulgar por Pascua florida.

El 15 de agosto invitan á algunos amigos; pero el día de Reyes soy yo el único invitado.

II

Aquel año, pues, como los demás, fuí á casa de los Chantal para celebrar la Epifanía.

Según costumbre, abracé al señor y á la señora Chantal, y á la señorita Perla, é hice un reverente saludo á las señoritas Luisa y Paulina. Me interrogaron acerca de mil cosas, de los acontecimientos del bulevar, de política, de lo que pensaba el público de los asuntos del Tonkin y de nuestros representantes. La señora Chantal, una dama gruesa cuyas ideas me hacen el efecto de que son cuadradas como los sillares de piedra, acostumbraba á soltar esta frase como remate de toda discusión política: "Todo eso es mala semilla para lo futuro.„ ¿Por qué me he imaginado yo siempre que las ideas de la señora de Chantal son cuadradas? No lo sé; pero todo lo que dice toma para mí esta forma: un cuadrado, un gran cuadrado con cuatro ángulos simétricos. Hay otras personas cuyas ideas me parecen siempre redondas y circulares como aros, porque desde que empiezan

una frase acerca de algo, aquello rueda, aquello marcha solo, saliendo diez, veinte, cincuenta ideas redondas, entre grandes y pequeñas, que yo veo correr una tras otra hasta el último límite del horizonte. Hay también personas que tienen ideas puntiagudas. Pero, en fin, dejemos esto aparte.

Nos sentamos á la mesa como siempre, y acabó la comida sin que se hubiese dicho nada de particular.

A los postres, se sirvió el pastel de los Reyes. Pues bien; ocurría todos los años que siempre resultaba rey el señor Chantal. ¿Era esto efecto de una casualidad continua ó de un pacto familiar? No lo sé; pero es lo cierto que siempre encontraba infaliblemente el haba en su parte de pastel y proclamaba reina á la señora Chantal. Por eso me quedé estupefacto al sentir en la boca algo duro que estuvo á punto de romperme una muela. Me saqué cuidadosamente de la boca aquel cuerpo extraño y vi una muñequita de porcelana que no era de mayor tamaño que una judía. La sorpresa me hizo exclamar: "¡Ah!„ y entonces todo el mundo me miró y Chantal exclamó aplaudiendo: ¡Es Gastón! ¡es Gastón! ¡Viva el rey! ¡viva el rey! Todo el mundo repitió á coro: "¡Viva el rey!„ Y yo me sentí ruborizado como se ruboriza uno á veces sin razón en las situaciones algo embarazosas. Permanecía con los ojos bajos, teniendo entre los dedos aquel grano de porcelana, esforzándome por reir y no sabiendo qué hacer ni qué decir, cuando Chantal exclamó: "Ahora tiene usted que escoger una reina.„ Entonces me quedé aterrado. En un segundo, mil pensamientos, mil hi-

pótesis cruzaron por mi mente. ¿Querían hacerme designar á una de las señoritas Chantal? ¿Era este un medio de hacerme declarar la que quería? ¿Era una nueva, ligera é insensible insinuación para un posible matrimonio? La idea del matrimonio impera constantemente en todas las casas donde hay jóvenes casaderas, toma todas las formas, todos los disfraces y todos los recursos. Un miedo atroz de comprometerme se apoderó de mí, y al mismo tiempo, una extremada timidez ante la actitud obstinadamente correcta de las señoritas Luisa y Paulina. Elegir á una de ellas en menosprecio de la otra, me pareció tan difícil como escoger entre dos gotas de agua; y luego el temor de aventurarme en un negocio que me llevaría al matrimonio á pesar mío, muy suavemente, por procedimientos tan discretos, tan disimulados y tan suaves como resultaba aquel insignificante reinado, me turbaba horriblemente.

Pero de pronto tuve una inspiración, y ofrecí á la señorita Perla la simbólica muñeca. Al principio, todo el mundo se sorprendió; pero luego se apreció sin duda, mi delicadeza y mi discreción, porque todo el mundo aplaudió con entusiasmo:

—¡Viva la reina! ¡viva la reina!—gritaban todos.

Respecto á ésta, la pobre solterona perdió por completo la serenidad, temblaba de emoción y balbuceaba:

—¡No, no, se lo ruego... á mí no... por Dios!

Entonces, por primera vez en mi vida, miré á la señorita Perla y me pregunté lo que era.

Estaba acostumbrado á verla en aquella casa

como se ven los sofás antiguos en los que se sienta uno desde su infancia sin haber fijado nunca la atención en ellos, hasta que llegó un día en que, sin saber por qué, un rayo de sol ilumina el asiento, se dice uno de pronto: "¡Caramba, pues si es muy curioso este mueble!„ y entonces advierte uno que la madera ha sido trabajada por manos de artista y en que la tela que lo adorna es muy notable. Nunca me había fijado en la señorita Perla.

Formaba parte de la familia Chantal, y esto era todo; pero ¿cómo? ¿con qué título? Era una muchacha alta y delgada que se esforzaba por pasar inadvertida, pero que no dejaba de ser interesante. La trataban amistosamente, mejor que á una doncella, pero peor que á una pariente. Aquel día noté una porción de circunstancias que habían pasado ignoradas hasta entonces. La señora Chantal le decía "Perla„, las jóvenes "señorita Perla„ y Chantal sólo la llamaba "señorita„ con tono tal vez más respetuoso.

Me puse á mirarla. ¿Qué edad tenía? ¿Cuarenta años? Sí, cuarenta años. Aquella mujer no era vieja, pero estaba envejecida, y esta circunstancia llamó de pronto mi atención. Se peinaba, vestía y adornaba ridículamente, y á pesar de esto, tenía una gracia tan sencilla y natural, tan velada y oculta, que no resultaba ridícula. ¡Qué criatura más graciosa! ¿Cómo no me había fijado en ella mejor? Se peinaba de una manera grotesca, con ricitos sumamente raros, y bajo aquella cabellera de virgen conservada se veía una frente serena surcada por dos profundas

arrugas, dos arrugas de largas tristezas, y luego dos ojos azules, grandes y cariñosos y tan tímidos, tan humildes, dos ojos hermosos llenos de inocentes asombros, de frescas sensaciones y también de pesares que habían sido sentidos por dentro sin lograr turbar sus miradas.

Todo su rostro era fino y discreto, una de esas caras que se han marchitado sin haber sido gastadas ó ajadas por las fatigas ó las grandes emociones de la vida.

¡Qué boca tan linda! ¡Y qué bonitos dientes! Pero se hubiese dicho que no se atrevía á sonreir.

Y bruscamente la comparé con la señora Chantal. A decir verdad, la señorita Perla era mejor, cien veces mejor, más fina, más noble, más arrogante. Yo estaba embobado en mis observaciones. Se servía el champagne, y ofrecí mi copa á la reina. Noté que sintió deseos de taparse la cara con la servilleta y cuando aproximaba sus labios á la copa, todo el mundo gritó: "¡La reina bebe! ¡la reina bebe!„ y entonces la señorita Perla se puso roja como la grana y toda sofocada. La familia se reía; pero yo ví perfectamente que no la querían mucho en la casa.

III

Acabada la comida, Chantal me dió el brazo. Era la hora de su cigarro, la hora sagrada. Cuando estaba solo iba á fumarlo á la calle; pero cuando tenía alguien á comer se subía al salón de billar, donde se fumaba y se jugaba al mismo tiempo. Aquella noche hasta se había encendido fuego en el salón con motivo de los Reyes, y mi antiguo amigo tomó su taco, un taco muy fino al que dió cuidadosamente tiza y me dijo:

—Vamos, empieza, hijo mío.

Aunque yo tenía veinticinco años, Chantal me tuteaba porque me conocía desde niño.

Empecé, pues, la partida; hice algunas carambolas, erré otras y como no podía apartar de mi mente el recuerdo de la señorita Perla, pregunté de pronto:

—Diga usted, señor Chantal; ¿es parienta de ustedes la señorita Perla?

Mi amigo dejó de jugar muy asombrado y me miró.

—¿Cómo? ¿no sabes, no conoces la historia de la señorita Perla?

—No.

—¿No te la ha contado nunca tu padre?

—No.

—¡Toma! ¡toma! ¡pues es raro! ¡Oh! es toda una novela.

Guardó silencio un instante y después agregó:

—Y si supieses qué extraño es que me preguntes eso hoy, siendo día de Reyes.

—¿Por qué?

—¿Que por qué? Escucha. Hoy, día de la Epifanía, hace cuarenta y un años justos. Habitábamos entonces en Rouy-le-Tours, en las murallas; pero primero es preciso que te describa la casa para que lo comprendas bien. Rouy está construido sobre una costa, ó mejor dicho, sobre un promontorio que domina una gran extensión de praderas. Teníamos allí una casa con un hermoso jardín situado sobre una terraza apoyada en las antiguas murallas. De modo que la casa estaba en la población, en la calle, mientras que el jardín dominaba la llanura. Tenía también el jardín una especie de salida al campo al extremo de una escalera secreta que descendía por el interior de las murallas, una de esas escaleras como las que se describen á veces en las novelas. Por delante de aquella puerta, que estaba provista de una gran campana, pues los aldeanos entraban por ella á entregar las provisiones para evitarse un rodeo, pasaba una carretera.

Ya sabes los lugares ¿verdad? Ahora bien; aquel

año, por Reyes, nevaba hacía una semana. Parecía el fin del mundo. Cuando íbamos á las murallas á contemplar la llanura, el espectáculo de aquel paisaje blanco, completamente blanco, helado y que relucía como el barniz, nos hacía sentir el frío en el alma. Cualquiera hubiese dicho que Dios había empaquetado la tierra para enviarla á la buhardilla de los mundos viejos. Te aseguro que aquello era muy triste.

En aquella época vivíamos en familia, y en familia numerosa, numerosísima: mi padre, mi madre, mi tío, mi tía, mis dos hermanos y mis cuatro primas, bonitas muchachas, con la última de las cuales me casé. De toda aquella gente no vivimos más que tres: mi mujer, yo y mi cuñada, que reside en Marsella. ¡Mecachis! ¡cómo desaparecen las familias! Me hace estremecer el pensar en ello. Yo, que tengo hoy cuarenta y seis años, tenía entonces quince.

Ibamos, pues, á celebrar la fiesta de los Reyes y estábamos muy alegres, mucho. Todo el mundo esperaba la comida en la sala, cuando mi hermano mayor Santiago se echó á reir, diciendo: "Hay un perro que aulla en la llanura desde hace diez minutos. Debe de ser algún pobre animal perdido."

—Aun no había acabado de hablar cuando sonó la campana, una gran campana del jardín, de iglesia, cuyo sonido hacía pensar en los muertos. Todo el mundo tembló. Mi padre llamó al criado y le encargó que fuese á ver quién llamaba. Esperamos en silencio su vuelta, pues todos pensábamos en la nieve que cubría la tierra. Cuando el criado volvió dijo

que no había visto á nadie. El perro seguía aullando sin cesar y su aullido no cambiaba de sitio.

Nos sentamos á la mesa algo conmovidos, sobre todo los jóvenes.

La comida siguió sin novedad hasta el asado, en que la campana volvió á sonar tres veces seguidas.

Oyéronse tres campanillazos seguidos y prolongados que nos hicieron estremecer y nos cortaron el aliento. Nos mirábamos todos con los tenedores suspendidos en el aire, prestando atención y sobrecogidos por una especie de miedo sobrenatural.

—Es muy extraño que hayan esperado tanto tiempo para volver á llamar—dijo al fin mi madre.—No vaya usted solo, Bautista, que le acompañe uno de estos señores.

Se levantó mi tío Francisco que era una especie de Hércules, muy orgulloso de su fuerza y de su valor, y mi padre le dijo:

—Toma una escopeta, porque no sabemos quién será.

Pero mi tío se limitó á coger un bastón y salió seguido del criado.

Nosotros permanecimos llenos de terror y de angustia sin comer y sin hablar, hasta que mi padre nos dijo para tranquilizarnos:

—Vais á ver como es algún mendigo ó algún transeunte perdido en la nieve. Después de haber llamado la primera vez, viendo que no le abrían en seguida, ha intentado buscar el camino, y como no lo ha encontrado, ha vuelto á la puerta.

La ausencia de mi tío nos pareció que duraba una hora, hasta que al fin se presentó furioso, jurando:

—¡Por vida del... Nada, será algún chusco, no se ve á nadie más que á ese maldito perro que aulla á cien metros de las murallas. Si me hubiera llevado la escopeta, lo habría matado para hacerlo callar.

Se reanudó la comida; pero todo el mundo estaba inquieto, como si se comprendiese que aquello no había acabado, que iba á ocurrir algo y que la campana no tardaría en sonar.

En efecto, la campana sonó otra vez en el momento preciso en que se cortaba el pastel de los Reyes. Todos los hombres se levantaron á la vez. Mi tío Francisco, que había bebido champaña, afirmó con tanta furia que iba á matar á quien fuese, que mi madre y mi tía se arrojaron á él para impedírselo. Mi padre, aunque tranquilo y un poco impedido, pues arrastraba una pierna rota de una caída de su caballo, declaró á su vez que quería saber lo que era aquello y que saldría.

Mis hermanos, de dieciocho y veinte años, corrieron á buscar sus escopetas, y como yo viese que no hacían gran caso de mí, me apoderé de un fusil que había en el jardín y me dispuse á acompañar á la expedición, la cual se puso en marcha en seguida.

Mi padre y mi tío iban delante con Bautista, que llevaba una linterna; les seguían mis hermanos Santiago y Pablo, y yo iba detrás á pesar de las súplicas de mi madre, que se quedó con su hermana y con mis primas en el umbral de la puerta.

Hacía una hora que había empezado á nevar de nuevo, y los árboles estaban cargados de nieve. Los abetos se encorvaban bajo el peso de aquel lívido ropaje, semejantes á pirámides blancas, á enormes pilones de azúcar, y á través de la cortina gris de los menudos y copiosos copos, apenas se percibían los arbustos más pequeños, pálidos en medio de las sombras de la noche. Caía la nieve tan espesa, que apenas si se veía á diez pasos de distancia, pero la linterna despedía un gran resplandor. A decir verdad, cuando empezamos á bajar por la escalera de caracol del interior de la muralla, tuve miedo, me pareció que alguien me seguía, que iban á cogerme por detrás, y sentí deseos de retroceder, pero como había que atravesar todo el jardín, no me atreví.

Oí que abrían la puerta que daba á la llanura y que mi tío empezaba á jurar diciendo:

—¡Por diez mil de á caballo! Ya se ha vuelto á marchar. Si veo su sombra siquiera, la abraso.

Resultaba verdaderamente siniestro el espectáculo de la llanura, extendiéndose ante nuestra vista que sólo percibía un velo de nieve sin fin, arriba, abajo, enfrente, á derecha, á izquierda, por todas partes.

Mi tío agregó:

—Mira, ya vuelve á estar allí el perro que aulla. Ahora voy á enseñarle yo como apunto. Al menos me daré este gusto.

Pero mi padre, que era bueno, repuso:

—Vale más recoger á ese pobre animal que se

queja de hambre. El pobrecillo pide socorro, llama como una persona apurada.

Y nos pusimos en marcha á través de aquella cortina, á través de aquella lluvia espesa, continua, de aquel polvillo que llenaba la noche y el ambiente, que se movía, que flotaba, caía y helaba la carne al fundirse, la helaba como la hubiese abrasado, produciendo un agudo dolor en la piel cada vez que un copo tocaba nuestras carnes.

Nos hundíamos hasta las rodillas en aquella pasta blanda y fría y teníamos que levantar mucho las piernas para poder andar. A medida que avanzábamos, el ladrido del perro se hacía más claro y más fuerte. Por fin mi tío gritó:

—¡Allí está!

Y todos se detuvieron para observar, como se hace ante el enemigo á quien se encuentra en medio de la noche.

Yo, que no veía nada, me uní á los demás y entonces pude verle. Resultaba espantoso y fantástico el espectáculo de aquel perro, un perrazo negro, un perro de pastor con mucho pelo y cabeza de lobo, plantado sobre sus cuatro patas al extremo de la prolongada ráfaga de luz que despedía la linterna sobre la nieve. El animal no se movía, se había callado y nos miraba.

—¡Es extraño!—dijo mi tío.—Ni avanza ni retrocede. Ganas me dan de soltarle un tiro.

—No, vamos á cogerlo—repuso mi padre con voz firme.

Entonces mi hermano Santiago añadió:

—Pero si no está solo, si hay algo detrás de él.

En efecto, había algo detrás del perro, algo gris imposible de divisar, y nos pusimos en marcha con precaución.

Al ver que nos acercábamos, el perro se sentó sobre sus patas traseras. No tenía trazas de ser malo, antes al contrario, parecía contento de haber logrado llevar gente á su lado. Mi padre se fué directamente hacia él y le acarició, el perro le lamió las manos, y entonces pudimos ver que estaba atado á la rueda de un carrito de niños, de una especie de cochecito tapado por completo con tres ó cuatro cobertores de lana. Quitamos aquellas ropas con cuidado, y cuando Bautista aproximó la linterna al cochecillo, vimos dentro de él un niño que dormía.

Quedamos tan asombrados, que no pudimos decir palabra. Mi padre fué el primero en reponerse, y como era hombre de corazón y de alma un poco exaltada, extendió la mano sobre el carricoche y dijo:

—¡Pobre criatura abandonada, serás de los nuestros!

Y mandó á mi hermano Santiago que tirase del cochecillo delante de nosotros.

—Algún hijo del amor cuya madre ha venido á llamar á mi puerta en esta noche de la Epifanía en recuerdo del niño Dios—agregó mi padre pensando en voz alta.

Dicho esto, se detuvo de nuevo, y con toda la fuerza de sus pulmones gritó cuatro veces, poniéndose de cara á los cuatro puntos cardinales:

—¡Le hemos recogido!

Después, poniendo la mano sobre el hombro de su hermano, murmuró:

—¡Si hubieses disparado contra el perro, Francisco!

Mi tío no respondió, pero se santiguó en silencio, pues era religioso á pesar de sus fanfarronadas.

Se desató el perro y el animal nos seguía.

¡Ah! pero lo que fué hermoso, lo que fué verdaderamente digno de verse, fué nuestra entrada en la casa. En un principio, costó algún trabajo subir el cochecillo por la escalera de la muralla, y una vez logrado, le hicimos rodar hasta el vestíbulo.

¡Qué contenta, qué emocionada y qué asombrada estaba mamá! Mis cuatro primitas (la más joven tenía seis años) parecían cuatro pollas en torno de un nido. Por fin, se sacó del coche al angelito, que seguía durmiendo. Era una niña de unas seis semanas próximamente. Entre sus pañales se encontraron diez mil francos en oro, sí, diez mil francos, que papá colocó convenientemente para constituirle una dote. No era, pues, hija de pobres... sino tal vez hija de un noble habida con alguna aldeana de la villa, ó ¿quién sabe?... Hemos hecho mil hipótesis sin haber sabido nunca nada, absolutamente nada. Ni el perro, que era extraño en el país, fué reconocido por nadie. En todo caso, la persona que había ido á llamar tres veces á nuestra puerta conocía bien á mis padres para haberles escogido de aquel modo.

He aquí, pues, cómo entró la señorita Perla, á las seis semanas de edad, en la casa de los señores

Chantal. Por lo demás, no la llamamos señorita Perla hasta más tarde. Primero fué bautizada con los nombres de María Simona Clara, debiendo llevar el de Clara como nombre de pila.

Le aseguro á usted que fué una entrada verdaderamente original la entrada en el comedor con aquel cominito despierto que miraba en torno á aquellas gentes y aquellas luces con sus ojitos azules y asombrados. Nos sentamos de nuevo á la mesa, se partió el pastel, me tocó á mí ser rey, y, como acaba usted de hacer, nombré reina á la señorita Perla, sin que ella sospechase siquiera el honor que yo la hacía.

La niña fué, pues, adoptada y educada por la familia y creció con los años. Era linda, cariñosa, obediente, todo el mundo la quería y la hubieron echado á perder con tantos mimos á no haberlo impedido mi madre.

Mi madre, que era una mujer de orden, de autoridad y de jerarquías, consintió en tratar á Clarita como á sus propios hijos; pero tenía un interés especial en que su situación estuviese definida y de que se notase bien la distancia que de ella nos separaba.

Así es que tan pronto como la niña tuvo conocimiento, le contó su historia y le hizo ver con suavidad y dulzura que era para los Chantal una hija adoptiva, recogida, pero una extraña al fin.

Clara comprendió su situación con una inteligencia tan singular y con un instinto tan admirable, que supo ocupar el puesto que se le había cedido con

un tacto, una gracia y una delicadeza que conmovía á mi padre hasta el punto de hacerle llorar en ocasiones.

Mi misma madre se emocionó de tal modo ante el apasionado agradecimiento y la tímida abnegación de aquella linda y tierna criatura, que adquirió la costumbre de llamarla "hija mía". A veces, cuando la pequeña hacía alguna acción buena y delicada, mi madre se levantaba las gafas sobre la frente, lo cual indicaba siempre en ella una profunda emoción, repetía:

—Esta niña es una perla, una verdadera perla.

Desde entonces le quedó á Clarita este nombre y pasó á ser y siguió siendo siempre para nosotros la señorita Perla.

IV

El señor Chantal guardó silencio. Estaba sentado en la mesa de billar con los pies en el aire y manoseaba una bola con la mano izquierda, mientras que con la derecha arrugaba un trapo que servía para borrar los tantos que se apuntaban en la pizarra y que llamábamos el trapo de la tiza. Un poco encendido, con voz sorda, hablaba para sí en aquellos momentos abismado en sus recuerdos, yendo suavemente, á través de los casos pasados, de los antiguos acontecimientos que se despertaban en su mente, caminando, á través de sus pensamientos como se camina por los jardines de la casa solariega donde uno se ha educado y donde cada árbol, cada senda, cada planta, los puntiagudos acebos, los olorosos laureles y los tejos cuyos granos rojos y gruesos se deshacen entre los dedos, hacen surgir á cada paso un hecho de nuestra vida pasada, uno de esos hechos insignificantes y deliciosos que constituyen el fondo, la trama misma de nuestra existencia.

Yo permanecía enfrente de él recostado contra la pared y con las manos apoyadas en el taco.

—¡Demonio! ¡y qué guapa, qué graciosa era á los dieciocho años!—agregó al cabo de un minuto.—¡Ah! ¡qué muchacha más bonita, más buena, más encantadora! Tenía unos ojos azules, claros y transparentes como no los he visto nunca... nunca.

Chantal guardó silencio y entonces yo le pregunté:

—¿Cómo es que no se ha casado?

—¿Cómo?—me respondió.—¿Por qué? porque no ha querido... no ha querido; tenía treinta mil francos de dote y fué pedida varias veces... pero no quiso... Estaba muy triste en aquella época. Me refiero á la época en que me casé yo con mi prima, con Carlota, mi mujer, á quien estaba prometido hacía seis años.

Yo miraba al señor Chantal y me parecía que leía en su espíritu, que penetraba de pronto en uno de esos ocultos y crueles dramas de los corazones honrados, rectos y generosos, en uno de esos corazones ignorados, inexplorados, que no han sido conocidos por nadie, ni aun por aquellos que son sus mudas y resignadas víctimas.

Y como me moviera una aguda curiosidad, le dije:

—Usted debió casarse con ella, señor Chantal.

Mi amigo tembló, me miró y me dijo:

—¡Yo! ¿casarme con quién?

—Con la señorita Perla.

—¿Por qué?

—Porque la quería usted más que á su prima.

Chantal fijó en mí sus ojos de una manera extraña y balbució:

—¡Que yo la he amado! ¡Cómo! ¿quién se lo ha dicho á usted?

—¡Carambal nadie, pero se ve á la legua. Y precisamente por eso es por lo que tardó tanto tiempo en casarse con su prima, que le esperaba hacía seis años.

Chantal soltó la bola que tenía en la mano izquierda, cogió con las dos el trapo de limpiar la pizarra y llevándoselo á la cara empezó á sollozar. Lloraba de un modo raro y ridículo, como llora una esponja que se oprime, lloraba por los ojos, por la boca y por la nariz al mismo tiempo. Y tosía, escupía, se sonaba con el trapo, se enjugaba los ojos, estornudaba y volvía á llorar por todas las aberturas de su cara con un ruido de garganta que imitaba las gárgaras.

Yo, turbado, avergonzado, sentía deseos de marcharme y no sabía qué decir, qué hacer ni qué partido tomar.

De pronto resonó en la escalera la voz de la señora Chantal que decía:

—¿No han acabado ustedes aun de fumar?

—Sí, señora, ya bajamos — grité abriendo la puerta.

Y luego, corriendo hacia su marido y cogiéndole por los brazos le dije:

—Señor Chantal, amigo Chantal, oiga; su mujer nos llama; de modo que tiene usted que tranquilizarse y bajar en seguida. Vamos, repóngase.

—Sí, sí,—tartamudeó él; ya voy ¡pobre muchacha! Dígale usted que ya voy, que voy en seguida.

Y empezó á secarse bien la cara con el trapo que hacía dos ó tres años que servía para borrar la tiza, y luego se presentó medio blanco y medio colorado, con la frente, la nariz, las mejillas y la barba enyesadas y los ojos enrojecidos aún por el llanto.

—Le ruego que me dispense—le dije después al oído, tomándole por las manos y conduciéndole hacia su cuarto.—Dispénseme, señor Chantal, que le haya disgustado; pero ya comprenderá que yo no sabía nada.

—Sí, sí, hay momentos difíciles—me dijo estrechándome la mano.

Después metió la cara en la palangana, pero como hecho esto no me pareciese aún que estuviese presentable, se me ocurrió una idea. Viéndole inquieto, mirándose al espejo, le dije:

—Diremos que se le ha metido ceniza del cigarro en el ojo y así podrá llorar cuanto quiera delante de todo el mundo.

Bajó, en efecto, frotándose los ojos con el pañuelo. Todo el mundo se alarmó por este percance y quisieron sacarle del ojo el cuerpo extraño, pero no se halló por ningún lado, comentándose casos semejantes en que había sido preciso llamar al médico.

Yo me había ido al lado de la señorita Perla y la miraba, aguijoneado por una ardiente curiosidad; por una curiosidad que se convertía en verdadero sufrimiento. En efecto, comprendí que debía haber sido muy hermosa con sus dulces ojos, tan grandes,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

tan tranquilos y tan rasgados, que no parecía sino que no los cerrase nunca como hacen los demás mortales. Su tocado era algo ridículo, un verdadero tocado de solterona que no la favorecía nada, aunque tampoco la hiciese parecer rara.

Me parecía ver en ella, como había visto un instante antes en el alma del señor Chantal y que recorría de un extremo á otro, aquella vida humilde, sencilla y abnegada; pero un deseo me venía á la boca, el deseo de preguntarle, de saber si también ella le había querido, si había soportado como él su largo sufrimiento secreto y agudo que no se ve, que no se sabe, que no se adivina; pero que se presenta por la noche en la soledad de la estancia obscura. La miraba, veia latir su corazón bajo su vestido y me preguntaba si aquella dulce y cándida fisonomía había gemido cada noche sobre la blanda almohada, si había sollozado en medio de la fiebre del caliente lecho.

Y la dije en voz baja, con timidez, como hacen los niños que rompen un juguete para ver lo que tiene dentro:

—Si hubiese usted visto llorar hace un momento al señor Chantal, hubiese sentido pena.

—¡Cómo! ¿lloraba?—me preguntó estremeciéndose.

—¡Oh! sí, lloraba.

—¿Y por qué?—me preguntó dando señales de una gran emoción.

—Por su causa.

—¡Por mi causa!

—Sí, me contaba lo mucho que la ha querido y el

mucho trabajo que le costó casarse con su mujer en vez de casarse con usted.

Su cara pálida me pareció que se alargaba, sus tranquilos ojos se cerraron de pronto con tal rapidez que parecían haberse cerrado para siempre y cayó de la silla al suelo muy despacio, suavemente, como cae un chal mal colgado.

—¡Socorro!—grité yo—la señorita Perla se pone enferma.

El señor Chantal y sus hijas acudieron y mientras buscaban agua, una servilleta y vinagre, yo cogí el sombrero y tomé las de Villadiego.

Salí con acelerado paso, el corazón palpitante y el alma llena de remordimientos y de pesares; pero á intervalos me sentía también contento, pues me pareció que habia realizado una obra laudable y necesaria.

¿Hice bien? ¿hice mal? me preguntaba. Tenía aquello en el alma como el que tiene una bala en el cuerpo después de cerrada la herida. ¿No serán ahora más felices? Era demasiado tarde para que su tortura se renovase y temprano aun para que pudiesen recordar su amor, su ternura.

¡Y tal vez, alguna noche de la próxima primavera, conmovidos ante un rayo de luna proyectado á sus pies sobre la hierba, á través del ramaje se estrecharan la mano en recuerdo de todo aquel ahogado y cruel sufrimiento, y tal vez también su breve abrazo hará pasar por sus venas ese estremecimiento que no habrán conocido y comunicará á los dos

muertos resucitados en un segundo la rápida y divina sensación de esa embriaguez, de esa locura que da más dicha á los enamorados en un solo estremecimiento que lo que pueden sentir en toda su vida los demás mortales!

EL EREMITA

El eremita

Habíamos ido á ver con unos amigos la vetusta ermita edificada sobre un antiguo túmulo cubierto de grandes árboles, en medio de la vasta llanura que se extiende desde Cannes á Napoule.

Al volver hablábamos de aquellos extraños solitarios laicos, numerosos antes y cuya raza va desapareciendo. Buscábamos las causas morales de este hecho y nos esforzábamos por determinar la clase de penas que llevaban antaño al hombre á buscar la soledad.

Uno de nuestros compañeros dijo de pronto:

"—He conocido dos solitarios: un hombre y una mujer. La mujer debe estar aun viva y hace cinco años habitaba unas ruinas en la cima de un monte, completamente desierto, de la costa de Córcega, á quince ó veinte kilómetros de toda mansión. Vivía con una criada, y yo que fuí á visitarla puedo decir

que indudablemente había sido una mujer elegante y distinguida. Recibióme con cortesía y hasta con amabilidad, pero no supe nada de su vida anterior, ni pude adivinar cosa alguna.

„Respecto al hombre, voy á contaros una siniestra aventura:

„Volveos. ¿Veis allá lejos aquel monte puntiagudo y frondoso que se destaca detrás de Napoule, completamente solo delante de las cimas del Esterel? Pues es el que llaman en el país el monte de las Serpientes, y allí vivía mi solitario hace unos doce años, dentro del recinto de un pequeño templo antiguo.

„Habiendo oido hablar de él, me decidí á conocerle, y una mañana de Marzo salí de Cannes á caballo. Después de dejar mi cabalgadura en la posada de Napoule, emprendí la subida á pie por aquel extraño cono que tal vez tiene ciento cincuenta ó doscientos metros de altura y que está cubierto de plantas aromáticas, sobre todo de cistes, cuyo olor es tan vivo y penetrante que trastorna y causa mareos. El suelo es pedregoso y se ve á veces que se deslizan bajo los guijarros grandes culebras, que desaparecen entre la hierba. De aquí su muy merecido nombre de Monte de las Serpientes. Algunos días, los reptiles parece que nacen bajo los pies cuando se sube la pendiente al apuntar el sol, y son tan numerosos, que ya no se atreve uno á andar y se siente un malestar extraño, no miedo, porque aquellos animales son inofensivos, sino una especie de espanto místico. He experimentado mucho, va-

rias veces, la singular sensación de subir á un monte sagrado de la antigüedad, á una caprichosa colina perfumada y místeriosa, cubierta de cistes, poblada de serpientes y coronada por un templo.

Este templo existe aun, al menos á mí me aseguraron que aquello fué un templo, y yo no quíse hacer más indagaciones para no quitar encanto á mis emociones.

Subía yo, pues, al monte una mañana de Marzo so pretexto de admirar el paisaje al llegar á la cumbre, ví, en efecto, unos muros y á un hombre sentado en una piedra. No tenía éste más de cuarenta y cinco años y aunque sus cabellos fuesen completamente blancos, su barba era casi toda negra. Acariciaba á un gato acostado en sus rodillas y parecía no haber notado mi presencia. Dí una vuelta á las ruinas, cubiertas en parte por una techumbre de ramas, paja, hierbas y guijarros para servir de habitación á aquel hombre. Me aproximé á él.

Desde aquel sitio, el paisaje era admirable. A la derecha el Esterel, de puntiagudas cimas cortadas á pico, y después la inmensidad del mar extendiéndose hasta las lejanas costas de Italia con sus numerosos cabos y enfrente de Cannes, las islas de Lerins, verdes y llanas que parecen flotar, y la última de las cuales ofrece la vista de un alto y viejo castillo fuerte de almenadas torres construído sobre las propias olas.

Dominando la verde costa, semejantes á innumerables huevos puestos á orillas del mar, se percibe el largo rosario de blancas casitas de campo en me-

dio de los arbolados, y por encima se elevan los Alpes, cuyas cimas están todavía aun cubiertas de nieve.

Yo murmuré:

—¡Dios mío! ¡qué hermoso es esto!

El hombre levantó la cabeza y me dijo:

—Sí, pero monótono cuando se contempla todos los días.

Desde el momento en que el solitario hablaba y se aburría ya le consideré mío.

No me quedaba más que aquel día, y me esforcé únicamente por adivinar el color de su misantropía. Me hizo al principio el efecto de un sér cansado de los demás, aburrido de todo, irremediablemente desilusionado y disgustado de sí mismo y del prójimo.

Después de media hora de conversación me separé de él; pero volví ocho días más tarde, otra vez á la semana siguiente, y después todas las semanas, tanto que al cabo de dos meses éramos amigos.

Ahora bien, una tarde de los últimos días del mes de Mayo, juzgué llegado el momento oportuno y llevé provisiones para comer con él en el Monte de las Serpientes.

Era una de esas tardes de los países meridionales tan perfumadas en aquellas tierras donde se cultivan las flores, como el trigo en el Norte, y donde se fabrican casi todas las esencias que aromatizan las carnes y las ropas de las mujeres, una de esas tardes en que las emanaciones de los innumerables naranjos que pueblan los jardines y los valles conmueven y adormecen el alma hasta el punto de hacer soñar en el amor á los ancianos.

El solitario me acogió con visible gozo y consintió gustoso en participar de mi comida.

Le hice beber un poco de vino, costumbre esta que había perdido ya, y entonces se animó y empezó á hablar de su vida pasada. Parecía que siempre había vivido en París y que había hecho vida de soltero alegre.

De pronto le pregunté:

—¿Qué extraña idea le ha movido á usted á venir á vivir en esta cima?

—¡Ah!—me respondió en seguida—yo he recibido el golpe más rudo que puede recibir hombre en la tierra. Pero ¿por qué ocultarle á usted mi desgracia? Tal vez haga que se compadezca de mí... y por otra parte... no se lo he dicho nunca á nadie... nunca... y quisiera saber lo que de ella piensa otro... y como la juzga.

Nacido en París y en París educado, crecí y viví siempre en esta capital. Mis padres me dejaron algunos miles de francos de renta y mediante recomendaciones, obtuve un empleo modesto y tranquilo que me permitía vivir como un muchacho rico.

Desde mi adolescencia hice verdadera vida de soltero. Ya sabe usted lo que esto significa. Libre y sin familia, resuelto á no tomar nunca mujer legítima, pasaba tres meses con una, seis con otra, y á veces un año entero sin compañera; revoloteando entre el enjambre de muchachas que se entregan ó se venden.

Este género de vida ordinaria y trivial, si usted quiere, me convenía y satisfacía mis gustos naturales de mudanza y de curiosidad estúpida. Vivía en el bulevar, en los teatros y en los cafés, siempre fuera de casa y casi sin domicilio, aunque tenía una habitación convenientemente dispuesta.

Era uno de esos miles de seres que flotan como corchos en la vida, para quienes el recinto de París es todo el mundo y que no se preocupan por nada, ni por nada sienten pasión. En fin, creo juzgarme con exactitud diciéndole que era lo que se llama un buen muchacho, sin virtudes y sin defectos.

De los veinte años á los cuarenta, mi vida transcurrió infecunda y rápida, sin ningún acontecimiento notable. ¡Con cuánta rapidez pasan los años monótonos de París donde no impresiona el alma ninguno de esos recuerdos que forman época, esos años largos y efímeros á la vez, banales y alegres en que se come, se bebe y se ríe sin saber por qué, y en que los labios están siempre dispuestos á gustar el placer sin apetecer nada en realidad! Entonces es uno joven y se hace viejo sin haber hecho nada de lo que hacen los demás, sin ningún afecto, sin ningún vínculo, casi sin amigos, sin padres, sin mujeres, sin hijos.

Llegué yo, pues, suave y rápidamente á mis cuarenta años y para celebrar este aniversario me prometí á mí mismo una gran comida en un buen café. Yo era un solitario en medio del mundo y hallaba agradable celebrar esta fecha en soledad.

Después de comer, dudé acerca de lo que haría.

Sentí deseos de entrar en un teatro y por fin se me ocurrió la idea de hacer una peregrinación al barrio Latino, donde había estudiado antaño la carrera de Derecho. Atravesé, pues, París y entré sin premeditación en una de esas cervecerías en que sirven camareras.

La que servía en mi mesa era jovencita, bonita y risueña. La invité y ella aceptó en seguida, sentándose enfrente de mí y mirándome con su ojo experto, sin saber con qué clase de hombre se las había. Era rubia, fresca, una de esas criaturas cuyas rosadas y rotundas carnes se adivinan bajo sus sencillas ropas. La dije esas mil cosas galantes y necias que se les dicen siempre á tal clase de mujeres, y como era verdaderamente encantadora, se me ocurrió de pronto la idea de llevármela... por supuesto, para celebrar mi aniversario. La cosa no fué tarea larga ni difícil, ella era libre... hacía quince días... según me dijo, y aceptó desde luego mi invitación de cenar en los Halles tan pronto como acabase su trabajo.

Como temía que no cumpliese su palabra—que nunca se sabe lo que puede ocurrir, ni quien puede entrar en esas cervecerías, ni el viento que sopla en una cabeza de mujer,—permanecí allí toda la tarde esperándola.

Yo también estaba libre hacía un mes ó dos, y viendo ir á aquella encantadora principiante del amor de una mesa á otra, me preguntaba si no haría bien en arreglarme con ella por algún tiempo. Lo que le voy contando á usted no es más que una de

esas aventuras cotidianas de la vida de los hombres en París.

Perdóneme usted estos groseros detalles, pero ya sabe que los que no han amado prácticamente, toman y escogen las mujeres como se escoge una chuleta en la carnicería, sin ocuparse de otra cosa que de la calidad de su carne.

Nos fuimos, pues, á su casa, porque yo, enmedio de todo, nunca quise profanar la mía. Era aquella un cuartito de obrera, limpio y pobre, situado en un quinto piso, donde pasé dos horas deliciosas. Aquella muchacha tenía en realidad una gracia y un encanto extraordinarios.

Cuando me iba á marchar, me aproximé á la chimenea para colocar sobre ella el regalo reglamentario, después de haberme citado para otro día con la joven, que permanecía en el lecho, y entonces reparé vagamente en un reloj bajo un fanal, dos floreros y dos fotografías, una de las cuales, muy antigua, era una de esas pruebas sobre cristal llamadas daguerreotipias. Por pura casualidad me fijé en aquel retrato, y al verlo, no fué pequeña mi sorpresa y mi admiración... Era el mío, uno de mis primeros retratos, que me había hecho antaño cuando vivía de estudiante en el barrio Latino.

Lo cogí bruscamente para examinarlo más de cerca. No me engañaba... y tan extraña é inesperada me pareció la cosa, que me dieron ganas de reir.

—¿Quién es este señor?—le pregunté á la joven.

—Es mi padre, á quien no he conocido—me respondió.—Mamá me lo dejó, encargándome mucho

que lo guardase, porque tal vez algún día podría servirme.

Diciendo esto, la joven titubeó, se echó á reir y agregó:

—No sé para qué, á decir verdad, pues no creo que venga nunca á reconocerme.

Mi corazón latía precipitadamente, con la precipitación del galope de un caballo desbocado. Dejé el retrato sobre la chimenea, puse encima, sin saber lo que hacía, dos billetes de á cien francos que llevaba en el bolsillo y me marché, exclamando:

—Hasta muy pronto... hasta muy pronto, querida mía, hasta la vista.

—Hasta el martes—oí que me decía cuando estaba en la obscura escalera, que bajé á tientas.

Una vez en la calle, noté que estaba lloviendo y eché á andar á toda prisa, internándome en una calle desconocida.

Iba cabizbajo, anonadado, confuso, procurando escudriñar mis recuerdos. ¿Era aquello posible? Si. Recordé de pronto á una joven que me había escrito que estaba encinta al mes después de nuestra ruptura, y yo había hecho pedazos y quemado aquella carta y lo había olvidado todo. Debía haber mirado la otra fotografía que había sobre la chimenea. Pero ¿la hubiera reconocido acaso? Me había parecido que aquel retrato era de una vieja.

Llegué al muelle, ví un banco y me senté en él. Estaba lloviendo. La gente pasaba de vez en cuando provista de paraguas. La vida me parecía odiosa é irritante, llena de miserias y vergüenzas, de cons-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
30502

cientes é inconscientes infamias. ¡Mi hija!... ¡Tal vez acababa de poseer á mi hija!... Y París, aquel gran París sombrío, melancólico, triste, negro, lleno de lodo, con todas aquellas casas cerradas, estaba lleno de cosas semejantes, de adulterios, de incestos, de jóvenes violadas. Recordé lo que se decía de ciertos lugares frecuentados por infames viciosos.

Sin saberlo, sin quererlo, yo había obrado peor que aquellos innobles seres. ¡Había entrado en el lecho de mi hija!

Estuve á punto de arrojarme al agua. ¡Estaba loco! Anduve errante hasta el amanecer, y luego me fuí á mi casa para meditar.

Entonces hice lo que me pareció más juicioso, rogué á mi notario que llamase á aquella muchacha y le preguntase en qué condiciones le había entregado su madre el retrato del que suponía ser su padre, diciéndole que un amigo me había encomendado esta misión.

El notario ejecutó mis órdenes y vino á decirme que aquella mujer había dicho mi nombre ante un sacerdote en sus últimos momentos declarando que yo era el padre de su hija.

Entonces yo, fingiendo siempre hablar en nombre de mi supuesto amigo, mandé entregar á la joven la mitad de mi fortuna, ó sea unos ciento cuarenta mil francos, de cuya renta disfruta desde entonces, y en seguida presenté la dimisión de mi empleo y me vine aquí.

Errando por estos lugares, encontré este monte y me detuve en él para permanecer aquí hasta... no

sé cuándo. ¿Qué piensa usted de mí y de lo que hice?

—Ha hecho usted lo que debía hacer—le respondí tendiéndole la mano.—Muchos otros hubiesen dado menos importancia á esa horrible fatalidad.

—Ya lo sé,—repuso el solitario,—pero yo estuve á punto de volverme loco, pues mi alma era, al parecer, sensible, sin que yo me hubiese dado nunca cuenta de ello, y ahora le tengo miedo á París, del mismo modo que los creyentes deben temer al infierno. He recibido un golpe en la cabeza, y esto es todo algo así semejante al golpe que se recibe cuando pasando por la calle una teja cae de un tejado y le hiere á uno en la cabeza. Pero de algún tiempo á esta parte, me encuentro algo más aliviado.

Oído esto, me separé del solitario, cuyo relato no dejó de impresionarme.

Le volví á ver dos veces más, y luego decidí mi marcha, pues nunca acostumbro á estar en el Mediodía después de fines de mayo.

Cuando volví al año siguiente, el hombre no estaba ya en el Monte de las Serpientes y nunca he vuelto á saber de él.

He aquí la historia de mi ermitaño.

LA ROQUECITA

La Roquecita

I

El peatón Mederico Rompel, á quien las gentes del país llamaban familiarmente Mederi, salió á la hora de costumbre de la administración de correos de Rouy-le-Tours y después de atravesar el pueblecito con su gran paso de veterano, recorrió por los atajos las praderas de Villaumes para llegar á las orillas del Brindille, cuyo curso le conducía á la aldea de Carvelín, por donde empezaba el reparto.

Marchaba con rapidez siguiendo la margen del estrecho río, que se deslizaba produciendo apacible murmullo por su cauce de hierbas, bajo una bóveda de sauces. Los grandes guijarros, deteniendo su curso, formaban en torno suyo un collar de agua, una especie de corbata terminada en nudo de espuma, y á veces producían cascadas de un pie de altura invisibles á ratos y que formaban bajo las hojas, los bejucos y un toldo de verdura un ruido suave al par que colérico. Más lejos, los ribazos se en-

sanchaban, y entonces se encontraba un apacible y pequeño lago donde nadaban las truchas entre toda aquella cabellera verde que ondea generalmente en el fondo de los arroyos tranquilos.

Mederico seguía siempre adelante sin ver nada y pensando únicamente en esto.

—La primera carta es para la casa Poivrón, y después hay otra para el señor Renardet, de modo que tengo que atravesar el bosque.

Su blusa azul ajustada á la cintura por un cinturón de cuero negro, pasaba con marcha rápida y regular sobre el seto verde de los sauces, y su bastón sólido garrote de acebo, le acompañaba siguiendo el mismo movimiento de sus piernas.

Franqueó, pues, el Brindille, marchando sobre un puente formado por un solo árbol, arrojado sobre el río y que tenía por única barandilla una cuerda atada á dos estacas clavadas en la orilla.

El oquedal, propiedad del señor Renardet, alcalde de Carvelín, el propietario más rico del lugar, era una especie de bosque formado por árboles añosos enormes y enhiestos como columnas que se extendía una media legua de longitud sobre la orilla izquierda del arroyo que servía de límite á aquella inmensa bóveda de follaje. A lo largo del agua, habían brotado grandes arbustos caldeados por el sol, pero en el oquedal no había más que musgo, musgo espeso, suave y blando que comunicaba al aire estacionalo un ligero olor á moho y á ramas secas.

Mederico moderó el paso, se quitó su kepis negro provisto de un galón encarnado y se enjugó la frente, pues hacía ya calor en las praderas, á pesar de no ser más que las ocho de la mañana.

Acababa de cubrirse y de reanudar su paso acelerado, cuando vió al pie de un árbol una navajita de niño. Cuando iba á cogerla, vió también un dedal, y dos pasos más lejos, un alfiletero.

Mientras que cogía estos objetos, pensaba:

—Se los entregaré al señor alcalde.

Y reanudó su marcha, fijando su atención en el suelo como si esperase encontrar alguna otra cosa.

De pronto se paró en seco, cual si hubiese chocado contra una barrera, pues á diez pasos de él yacía sobre el musgo, tendido boca arriba un cuerpo de niño. Era, en efecto, una muchacha de unos doce años, con los brazos abiertos, las piernas separadas y la cara cubierta con un pañuelo. Un poco de sangre manchaba sus muslos.

Mederico, abriendo desmesuradamente los ojos, avanzó de puntillas como si hubiese temido hacer ruido, como si presintiese algún peligro.

¿Qué era aquello? ¿Dormía acaso la niña? Pero en seguida reflexionó que no es posible dormir completamente desnuda á las siete de la mañana bajo una fresca arboleda, y en este caso, debía suponer que estaba muerta y que se trataba de un crimen. Ante esta idea, no obstante su cualidad de valiente veterano, un temblor frío recorrió su médula. Por otra parte, era cosa tan rara en el país un asesinato y sobre todo el asesinato de una niña, que no podía dar crédito á sus ojos. Además, no se veía en su

cuerpo señal alguna de herida, sino sólo la mancha de sangre de su muslo. ¿Cómo la habían matado, pues?

Mederico se había detenido junto á ella y la contemplaba apoyado en su bastón. Ciertamente que la conocía, pues conocía á todos los habitantes de la comarca, pero como no podía verla la cara, no podía tampoco adivinar su nombre. Se inclinó para quitarle el pañuelo que le cubría el rostro; pero de pronto detuvo su mano en el aire contenido por una reflexión.

¿Tenía derecho á alterar el estado del cadáver antes de la llegada del juez? El cartero se imaginaba á la justicia como una especie de general para quien nada pasa desapercibido y que da tanta importancia á un botón perdido como á una cuchillada en el vientre.

En aquel pañuelo tal vez se encontraría una prueba capital, aquello sería tal vez una pieza de convicción que podía perder su valor una vez tocada por una mano torpe.

Entonces se irguió para correr á casa del alcalde; pero otro pensamiento le retuvo de nuevo. Si la muchacha estaba aún viva por casualidad, no podía abandonarla de aquel modo. Entonces Mederi se arrodilló muy despacito y á una prudente distancia, y tendió la mano hacia el pie de la niña. Aquel pie estaba frío, helado, con ese frío terrible que contribuye á hacer espantosa la carne muerta y que no deja duda en el ánimo. Al sentir aquella sensación, el cartero, como dijo más tarde, notó que su cora-

zón palpitaba precipitadamente y que su garganta se secaba, y levantándose bruscamente echó á correr por el bosque hacia la casa del señor Renardet.

Marchaba á paso gimnástico, el bastón bajo el brazo, los puños cerrados y la cabeza inclinada hacia adelante, y su cartera de cuero llena de cartas y periódicos, golpeaba sobre sus riñones con cadencioso movimiento.

La casa del alcalde estaba situada el extremo del bosque que le servía de parque y bañaba una parte de sus muros en un pequeño estanque que formaba Brindille en aquel lugar.

Era un gran edificio cuadrado, de piedra gris, que había sufrido asedios en otra época y del que formaba parte una enorme torre de veinte metros de altura construída sobre el agua.

Desde lo alto de aquella ciudadela se vigilaba antaño todo el país. La llamaban, sin que se supiese por qué, la Torre del Zorro, y de este apelativo provenía sin duda el apellido que llevaban los propietarios de aquel feudo que, según se decía, pertenecía á la misma familia hacía más de doscientos años, pues los Renardet formaban parte de aquella burguesía casi noble que se encontraba frecuentemente en provincias antes de la revolución.

El cartero entró de rondón en la cocina donde almorzaban los criados y dijo:

—¿Se ha levantado el señor alcalde? Tengo que hablarle en seguida.

Se sabía que Mederi era hombre de peso y de au-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
MONTERREY, MEXICO

toridad y se comprendió en el acto que alguna cosa grave ocurría.

Avisado el señor Renardet, se le ordenó que pasase, y el peatón, pálido y jadeante, con la gorra en la mano, encontró el alcalde sentado ante una gran mesa cubierta de papeles desparramados.

Era el alcalde un hombre alto y grueso, coloradote, ordinario, fuerte como un buey y muy querido en el país, á pesar de su carácter excesivamente violento. Frisaba en los cuarenta años próximamente, estaba viudo hacía seis meses y vivía en sus tierras como un hidalgo campestre. Su fogoso temperamento le había acarreado frecuentes disgustos de los que le libraban siempre los magistrados de Rouy-le-Tours, á fuer de amigos indulgentes y discretos. ¿No había arrojado un día desde lo alto del pescante al conductor de la diligencia porque había estado á punto de aplastar á su perro de caza Micmac? ¿No le había machacado las costillas á un guardabosque que le citó ante el juzgado porque atravesaba con el fusil al hombro una tierra que no era de su propiedad? ¿No había cogido por el cuello al subprefecto una vez que este se detuvo en la villa haciendo una inspección administrativa que Renardet calificó de campaña electoral, con la cual no estaba conforme á causa de sus ideas contrarias al gobierno por tradición de familia?

—¿Qué hay, Mederi?—preguntó el alcalde.

—Que he encontrado á una niña muerta en su oquedal.

Renardet se irguió con el rostro amoratado y dijo:

—¿Una niña?

—Sí, señor, una niña desnudita, tendida de espaldas, muerta, bien muerta.

—¡Por vida de!...—juró el alcalde.—Apuesto á que es la Roquesita, porque han venido á decirme que esta noche no ha ido á casa de su madre. ¿En qué sitio la ha encontrado usted?

El cartero explicó el lugar dió mil detalles y se ofreció á acompañar al alcalde.

Pero Renardet le contestó malhumorado:

—No, no le necesito á usted. Envíeme en seguida al guardabosque, al secretario del ayuntamiento y el médico, y siga usted en su trabajo. Pronto, inmediatamente, vaya y dígales que les espero en el oquedal.

El peatón, hombre disciplinado, obedeció pero se retiró furioso y desolado ante la idea de no poder asistir á las primeras diligencias.

El alcalde salió á su vez después de tomar el sombrero, un sombrero flexible de fieltro gris y de anchas alas, y se detuvo algunos segundos en el umbral de la puerta de su casa. Ante él se extendía una vasta extensión, cubierta de césped, sobre el cual se destacaban tres grandes manchas roja, azul y blanca, tres grandes canastillas de flores colocadas la una enfrente de la casa y las otras dos á los lados. Más lejos, se erguían hasta el cielo los primeros árboles del bosque, mientras á la izquierda, por encima del Brindille ensanchado hasta formar un pe-

queño estanque, se divisaban inmensas praderas, todo un terreno verde y llano, surcado por hileras y setos de sauces, semejantes á monstruos, ó á rechonchos enanos que soportasen sobre sus troncos cortos y enormes un plumero tembloroso de delgadas ramas.

A la derecha, detrás de las cuadras, de las cocheras y de las demás construcciones que dependían de la hacienda, comenzaba la villa rica, habitada por ganaderos.

Renardet bajó lentamente los peldaños de la escalinata exterior, y, tomando hacia la izquierda, llegó hasta las orillas del río y siguió su margen, llevando las manos cruzadas á la espalda. Marchaba con la cabeza inclinada, y de cuando en cuando miraba en torno suyo para ver si divisaba á alguna de las personas á quienes había mandado á buscar.

Cuando hubo llegado á la sombra de los árboles, se detuvo, se descubrió y se enjugó la frente, como había hecho Mederi, pues el ardiente sol de Julio caía sobre la tierra como un chaparrón de fuego. Luego, el alcalde reanudó su marcha, volvió á detenerse y retrocedió unos pasos. De pronto, encorvándose, empapó su pañuelo en el arroyo que se deslizaba á sus pies, y se lo puso sobre la cabeza bajo el sombrero. Grandes gotas de agua se deslizaban á lo largo de sus sienes, de sus amoratadas orejas y de su encarnada y robusta cerviz, y le caían una tras otra por entre el cuello blanco de su camisa.

Como no se presentase nadie aun, empezó á golpear el suelo con el pie, y después gritó:

—¡Eh! ¡eh!

Una voz respondió á su derecha:

—¡Eh!

Y el médico apareció bajo los árboles.

Era un hombrecito delgado, que había pertenecido al cuerpo de Sanidad militar y que gozaba de gran fama en aquellos contornos.

Herido en el servicio, cojeaba un poco, obligándole esto á servirse de un bastón para poder andar.

Después se presentaron el guardabosque y el secretario, los cuales llegaban juntos porque habían sido avisados al mismo tiempo. Iban agitados, caminaban soplando fuertemente, corriendo y trotando alternativamente para darse prisa, y meneando los brazos con tal fuerza, que parecían realizar con ellos más trabajo que con las piernas.

Renardet le dijo al médico:

—¿Sabe usted de qué se trata?

—Sí, de una niña muerta, encontrada por Mederi en el bosque.

—Está bien; vamos.

Y se pusieron en marcha el uno al lado del otro, seguidos de los otros dos hombres.

Sus pasos no hacían ruido alguno sobre el musgo; sus ojos escudriñaban á lo lejos el terreno.

De pronto, el doctor Labarde extendió el brazo y dijo:

—¡Mire, allí es!

A gran distancia, bajo los árboles, se veía un bul-

to claro. Si no hubiesen sabido lo que era, no lo hubieran adivinado. Aquello relucía y parecía tan blanco, que cualquiera lo hubiera tomado por una prenda de ropa caída, pues un rayo de sol, deslizándose á través de las ramas, iluminaba la pálida carne de la niña, dibujando una raya oblicua sobre su vientre. A medida que fueron aproximándose, distinguieron las formas, la cara tapada vuelta hacia el río y los dos brazos separados en cruz.

—Tengo un calor atroz—dijo el alcalde.

Y llegándose al río, empapó de nuevo su pañuelo y volvió á colocárselo sobre la cabeza.

El médico apresuraba el paso, aguijoneado por la curiosidad, y cuando estuvo cerca del cadáver se inclinó para examinarlo, aunque sin tocar á él. Se había puesto unos lentes como para examinar un objeto curioso, y daba vueltas en torno de la muerta.

De pronto dijo, sin erguirse:

—¡Violación y asesinato, como veremos al instante! Por otra parte, esta muchacha es casi una mujer. Miren ustedes su garganta.

Sus pechos, bastante grandes ya, relajados por la muerte, estaban caídos.

El médico levantó un poco el pañuelo que cubría la cara, y entonces pudo verse ésta, negra, espantosa, con la lengua fuera y los ojos saltando de las órbitas.

—¡Oh! la han estrangulado después de consumado el primer crimen—agregó el médico.

Y diciendo esto, le palpaba el cuello.

—Estrangulada con las manos, sin dejar rastro alguno particular ni huellas de uñas ni de dedos. Es, en efecto, la Roquecita.

Y volvió á colocarle, delicadamente, el pañuelo sobre la cara.

—No me queda á mí nada que hacer, porque está muerta desde hace lo menos doce horas. Es preciso avisar al juez.

Renardet, de pie y con las manos atrás, contemplaba fijamente aquel cuerpo tendido sobre la hierba.

—¡Qué miserable!—murmuró.—Sería preciso buscar sus vestidos.

El médico, que tentaba las manos, los brazos y las piernas del cadáver, dijo:

—Sin duda acababa de tomar un baño y deben estar á orillas del río.

—Tú, Príncipe,—así se llamaba el secretario de la alcaldía—ve á ver si encuentras esas ropas junto al río, y tú, Máximo,—era el guardabosque—corre á Rouy-le-Tours y tráeme al juez de instrucción con la gendarmería. Es preciso que estén aquí antes de una hora; ¿estás enterado?

Los dos hombres se alejaron á toda prisa, y Renardet le dijo al doctor:

—¿Quién habrá sido el vil que ha podido cometer semejante crimen?

—¡Quién sabe!—murmuró el médico—Todo el mundo es capaz de esto. Todo el mundo en particular y nadie en general. Habrá sido algún vagabundo ó algún trabajador sin ocupación. Desde que te-

nemos República, estos hechos se repiten con frecuencia en los caminos.

Ambos eran bonapartistas.

—Sí,—repuso el alcalde,—esto no puede haberlo hecho más que algún forastero, algún transeunte, algún vagabundo sin patria ni hogar.

—Y sin mujer—añadió el médico con una especie de sonrisa.—No teniendo buena cena ni buena cama, ha querido procurarse el resto. ¡Hay tantos hombres en la tierra capaces de cometer un crimen en un momento dado! ¿Y sabía usted ya que esta muchacha había desaparecido?—añadió el médico al mismo tiempo que con su bastón tocaba uno tras otro los dedos rígidos de la muerta, recorriéndolos como las teclas de un piano.

—Sí. Ayer, á las nueve de la noche, vino la madre á buscarme, diciéndome que su hija no se había presentado á cenar á las siete, como de costumbre. La buscamos hasta las doce de la noche por los caminos; pero no se nos ocurrió venir al oquedal. Creímos, pues, necesario esperar el día para que nuestras indagaciones resultasen útiles.

—¿Quiere usted un cigarro?—dijo el médico.

—No, gracias, no tengo ganas de fumar. Este espectáculo me produce algún malestar.

Ambos permanecían de pie ante aquel delicado cuerpo de adolescente tendido sobre el sombrío musgo. Un moscardón de vientre azul, que se paseaba á lo largo de uno de sus muslos, se detuvo en las manchas de sangre, recorrió luego todo un lado del cuerpo hasta llegar al seno, y después volvió á

descender por el otro lado explorándolo cual si buscase algo que beber sobre la muerta. Los dos hombres miraban aquel errante punto negro.

—¡Qué bonita es una mosca sobre la piel!—dijo el médico.—Las damas del siglo pasado tenían razón en pintarse lunares en la cara. ¿Por qué se habrá perdido esta costumbre?

El alcalde, absorto en sus reflexiones, parecía no oir al médico; pero de pronto se volvió, sorprendido por un ruido. Una mujer con cofia y con delantal azul corría precipitadamente bajo los árboles. Era la madre, la Roque. Tan pronto como vió á Renardet, se puso á gritar:

—¡Mi hija! ¿dónde está mi hija?

Y corría con tal atolondramiento, que no miraba al suelo, y sólo al acercarse al grupo, vió de pronto el cadáver. Parándose repentinamente, juntando las manos y levantando los brazos al cielo, prorrumpió en agudos y desgarradores lamentos, en quejidos de animal martirizado.

Después, se precipitó sobre el cuerpo, cayó de rodillas, y no levantó, sino que arrancó el pañuelo que cubría la cara de su hija. Cuando vió aquel rostro espantoso, negro y contraído, se irguió como movida por un resorte; después se dejó caer de bruces contra el suelo, lanzando sobre el musgo alarmantes y continuos gritos. Su delgado cuerpo, al que se ceñían sus mezquinas ropas, palpitaba sacudido por convulsiones. Se veían temblar horriblemente sus huesosas canillas y sus secas piernas cubiertas de gruesas medias azules, y escarbaba el

suelo con sus engarabatados dedos, cual si quisiese hacer una fosa para ocultarse en ella.

El médico, conmovido, murmuró:

—¡Pobre vieja!

Renardet sintió producirse un ruido singular en su vientre, y luego lanzó una especie de estornudo ruidoso que le salió al mismo tiempo de la nariz y de la boca, y sacando un pañuelo del bolsillo rompió á llorar, tosiendo, sollozando y sonándose al mismo tiempo con ruido.

—¡Por... por... vi... vi... da del... — balbuceaba— ¿Quién... habrá... sido... el... infame... que... habrá... hecho... eso? Qui... qui... qui... siera... ver... lo... guillotinado.

En esto se presentó Príncipe, que con aire desolado y las manos vacías, murmuró:

— Señor alcalde, no encuentro nada, nada, en ninguna parte.

Renardet, trastornado, respondió con voz entrecortada por el llanto:

—¿Qué es lo que no encuentras?

—Las ropas de la muchacha.

—Busca, busca más, y encuéntralas... ó te las verás conmigo.

El secretario, sabiendo que no había modo de resistir al alcalde, volvió á su tarea en actitud desanimada dirigiendo al cadáver de reojo una tímida mirada.

A lo lejos, se oían bajo los árboles voces lejanas, un rumor confuso, el ruido de una multitud que se acercaba, pues Mederi, en su excursión, había sembrado la noticia de casa en casa. Las gentes del país, estupefactas al principio, habían charlado del suceso en la calle de una puerta á otra, después se habían reunido para comentar y discutir el acontecimiento durante algunos minutos, y en aquel momento acudían al lugar del suceso. Llegaban en grupos, un poco inquietos y en actitud indecisa, como si temiesen la primera emoción. Cuando vieron el cadáver, se detuvieron sin atreverse á avanzar y hablando en voz baja, y después, cobrando ánimo, dieron algunos pasos, volvieron á detenerse, avanzaron de nuevo y no tardaron en formar en torno de la muerta, de su madre, del médico y de Renardet un círculo compacto, agitado y bullicioso que se estrechaba á impulso de los empujones que daban los últimos en llegar. Una vez allí, no tardaron en tocar el cadáver y algunos se inclinaron para palparlo. El médico los apartó; pero el alcalde, saliendo bruscamente de su mutismo, se puso furioso, y cogiendo el bastón del señor Labarbe se arrojó sobre sus administrados balbuceando:

—Largaos de aquí... largaos de aquí, pedazos de brutos!... ¡Largaos de aquí!

En un segundo, el cerco de curiosos se ensanchó doscientos metros.

La Roque se había levantado y lloraba sentada cubriéndose la cara con las manos.

Entre la multitud se discutía el suceso, y los ojos ávidos de los muchachos escudriñaban el desnudo cuerpo de la joven. Renardet notó esto, y quitándose bruscamente su chaqueta, la echó sobre la mu-

chacha, que quedó tapada por completo bajo la amplia prenda del alcalde.

Los curiosos se iban aproximando poco á poco; el oquedal se llenaba de gente y un rumor continuo de voces cundía bajo el tupido follaje de los grandes árboles.

El alcalde, en mangas de camisa, permanecía de pie con el bastón en la mano en actitud de combate; y desesperado al parecer ante la estúpida curiosidad del pueblo, repetía:

—Si alguno se acerca, le rompo la cabeza.

Los aldeanos le temían mucho y se mantuvieron á respetable distancia. El doctor Labarbe, que fumaba sentado al lado de la Roque, le dirigió la palabra procurando distraerla. La vieja se quitó las manos de la cara y respondió con un flujo de lastimeras palabras desahogando su dolor. Contó su vida, la muerte de su marido, ganadero que sucumbió víctima de una cornada, la infancia de su hija y su miserable vida de viuda sin recursos con la pequeña, que era lo único que le quedaba, su pequeña Luisa, ¡y se la habían matado, se la habían matado! De pronto quiso volver á verla, y acercándose de rodillas hasta el cadáver, levantó un poco la chaqueta que la cubría y después la volvió á cubrir y se puso á aullar. La multitud permanecía silenciosa contemplando ávidamente todos los gestos de la madre.

Pero de pronto se produjo un gran movimiento en la multitud, la cual empezó á gritar:

—¡Los gendarmes! ¡los gendarmes!

En efecto, á los lejos se veía llegar al trote á dos gendarmes escoltando á su capitán y un señor pequeño de patillas rubias, que saltaba como una mona sobre su gran yegua blanca.

El guardabosque había encontrado precisamente al juez de instrucción señor Putoin en el momento en que este montaba á caballo para dar su paseo cotidiano.

El juez echó pie á tierra con el capitán y estrechó las manos del alcalde y del doctor dirigiendo una mirada de garduña sobre la chaqueta que ocultaba el cuerpo de la niña.

Cuando se hubo informado de lo ocurrido, ordenó á los dos gendarmes que hiciesen salir del oquedal al público, el cual no tardó en reaparecer en la pradera para formar un seto, un gran seto de cabezas agitadas que se movían á lo largo del Brindille del otro lado del arroyo.

El médico á su vez, dió explicaciones que Renardet iba anotando con lápiz en un cuaderno, y todas las diligencias quedaron hechas, anotadas y comentadas sin que arrojasen ninguna luz. Máximo había vuelto sin haber encontrado tampoco huellas de las ropas.

Esta desaparición sorprendía á todo el mundo, nadie se la explicaba á no ser como un robo, y hasta el robo resultaba inadmisible si se tenía en cuenta que las ropas no valían cuatro cuartos.

El juez de instrucción, el alcalde, el capitán y el doctor se habían puesto á buscar de dos en dos registrando entre las ramas á lo largo del río.

Renardet le decía al juez:

—¿Cómo será qae ese miserable ha escondido ó se ha llevado las ropas dejando el cuerpo desnudo al aire libre?

El juez, socarrón y perspicaz, respondió:

—¿No será esto una astucia? Este crimen ha sido cometido por un estúpido, por un pillo redomado. De todos modos, le descubriremos.

El rodar de un coche les hizo volver la cabeza; eran el fiscal, el médico y el escribano de la jurisdicción que llegaban á su vez. Se reanudaron las diligencias al mismo tiempo que se hablaba con animación.

—Ya saben ustedes que les espero á almorzar—dijo Renardet de pronto.

Todo el mundo aceptó con una sonrisa, y el juez de instrucción, considerando que se había ocupado ya bastante de la Roquecita por aquel día, se volvió hacia el alcalde para decirle:

—Supongo que podré mandar que lleven el cadáver á su casa, ¿no es esto? No dejará de haber algún cuarto donde tenerlo hasta la noche.

—Sí... no, no—balbució el alcalde muy turbado.—A decir verdad, prefiero que no entre en mi casa... á causa de mis criados... que hablan ya de que hay fantasmas... en mi torre... en la torre del Zorro, ¿sabe usted? No podría tener ningún criado... No... prefiero que no la traigan á mi casa.

El magistrado se echó á reir y dijo:

—Bueno... haré que la lleven en seguida á Rouy para la autopsia judicial.

Y volviéndose hacia el fiscal, añadió:

—¿Puedo servirme de su coche?

—Sí, no hay inconveniente.

Todo el mundo se dirigió hacia el cadáver. En aquel momento, la Roque, sentada al lado de su hija, tenía una mano de la muerta entre las suyas y fijaba en el espacio sus extraviados ojos.

Los dos médicos procuraron llevársela para que no presenciase el levantamiento del cadáver; pero la madre comprendió en seguida lo que se iba á hacer y arrojándose sobre la muerta se abrazó á ella y empezó á gritar:

—No, no os la llevaréis, ahora es mía. Me la han matado y quiero tenerla; no os la llevaréis.

Todos los hombres, emocionados é indecisos, permanecían de pie ante la madre. Renardet se arrodilló para hablarla y decirla:

—Escuche usted, Roque; es preciso llevarla para saber quién la ha matado; sin esto no se sabría. Hay que buscar al culpable para castigarle y una vez haya sido encontrado, yo le prometo que se le devolverá su hija.

Estas razones convencieron á la mujer y despertándose de pronto en su corazón un odio inmenso que se notó en sus miradas, dijo:

—¿De modo que lo cogerán al culpable?

—Sí, se lo prometo.

Entonces la madre se levantó decidida á dejar que aquellas gentes obrasen á su antojo; pero como el capitán hubiese murmurado: "Es extraño que no se

encuentren sus vestidos„, una nueva idea que no se le había ocurrido aún, acudió á su imaginación de aldeana.

—¿Dónde están sus ropas?—preguntó.—Son mías y las quiero. ¿Dónde las han puesto?

Como la dijesen que no aparecían por ninguna parte, la mujer las reclamó con desesperada obstinación, llorando y gimiendo.

—Son mías y las quiero. ¿Dónde las han puesto?

Cuanto más se intentaba calmarla, más sollozaba y se obstinaba; ya no pedía el cuerpo, quería las ropas, las ropas de su hija, tanto por inconsciente avaricia de menesterosa para quien una moneda representa una fortuna, como por ternura maternal.

Y cuando el cuerpo, cubierto con una manta que habían ido á buscar en casa de Renardet, fué puesto en el coche, la vieja, de pie bajo los árboles, sostenida por el alcalde y el capitán, gritaba:

—No me queda nada, nada en el mundo, nada; ni siquiera su cofia, no me queda nada, nada, ni siquiera su cofia.

El cura, un joven muy gordo y que acababa de llegar, se encargó de acompañar á la Roque y ambos se fueron juntos hacia el pueblo.

El dolor de la madre se calmaba con las cariñosas palabras del sacerdote, que la prometía mil compensaciones; pero la anciana repetía sin cesar: "¡Si tuviera siquiera su cofia!„ aferrándose á esta idea que dominaba entonces todas las demás.

—Señor cura, le espero á usted á almorzar dentro de una hora—gritó de lejos Renardet.

—Con mucho gusto, señor alcalde—respondió el cura volviendo la cabeza.

Y todo el mundo se dirigió hacia la casa cuya fachada gris y cuya torre edificada á orillas del Brindille se veía por entre los árboles.

La comida duró mucho. Se habló del crimen y todo el mundo era del mismo parecer. Había sido hazaña de algún vagabundo que pasaba casualmente por allí, en el momento en que la muchacha se bañaba.

Terminada la comida, los curiales se fueron á Rouy anunciando que volverían al día siguiente muy temprano, y el médico y el cura se fueron á su casa, mientras que Renardet, después de haber dado un largo paseo por la pradera, se fué al oquedal, donde se paseó hasta la noche con paso lento y las manos cruzadas atrás.

Se acostó muy temprano y al día siguiente aun dormía, cuando el juez de instrucción entró en su cuarto, restregándose las manos y con gesto alegre, diciéndole:

—¡Oh! ¿Todavía duerme usted? Querido mío, ha de saber que hay novedades.

—¿Qué pasa?—dijo el alcalde sentándose en la cama.

—¡Oh! una cosa muy rara. ¿Se acuerda usted de que ayer reclamaba la Roque un recuerdo de su hija, su cofia sobre todo? Pues bien, al abrir la puerta esta mañana, ha encontrado en el umbral los zapatos de la niña. Esto prueba que el crimen ha sido cometido por alguno del país, por alguien que ha teni-

do piedad de la madre. Además, el cartero Mederico me ha entregado el dedal, las tijeras y el alfiletero de la muerta, pues se conoce que el asesino, al llevarse las ropas para esconderlas ha dejado caer los objetos contenidos en los bolsillos. Por mi parte concedo sobre todo gran importancia al hecho de los zapatos que indica cierta educación moral y alguna ternura en el asesino. Si le parece á usted, pues, vamos á pasar revista juntos á los principales vecinos del país.

El alcalde, que se había levantado y llamaba para que le llevasen agua caliente para afeitarse, decía:

—Con mucho gusto; pero como la cosa será larga, debemos empezar en seguida.

El señor Putoin se había puesto á horcajadas sobre una silla, consecuente con su manía hípica.

En aquel momento, Renardet se cubría la cara de espuma, mirándose al espejo.

Sentó el filo de la navaja de afeitar pasándola por el cuero, y dijo:

—El principal habitante de Carvelin, se llama José Renardet, alcalde, rico, propietario y hombre violento que apalea á sus guardas y cocheros.

El juez de instrucción se echó á reir, diciendo:

—Basta, pasemos al siguiente.

—El segundo en importancia, es el señor Pelledent, teniente alcalde, ganadero, rico, propietario también, aldeano lagarto y astuto, muy vivo en cuestiones de dinero, pero incapaz, á mi juicio, de haber cometido semejante crimen.

El señor Putoin, dijo:

—Adelante.

Entonces y al mismo tiempo que se afeitaba y se lavaba, Renardet continuó la revista moral de todos los habitantes de Carvelin. Después de dos horas de discusión, sus sospechas se habían fijado en tres individuos bastante sospechosos: un cazador furtivo llamado Cavalle, un pescador de truchas y cangrejos por nombre Paquet y un boyero llamado Clodoveo.

II

Las indagaciones duraron todo el verano sin que se pudiese descubrir al criminal. Los sospechosos, que fueron detenidos, probaron fácilmente su inocencia y la justicia tuvo que renunciar á la persecución del asesino.

Pero aquel asesinato parecía haber conmovido á todo el país de una manera extraordinaria y había hecho nacer en el alma de los habitantes una inquietud, un vago temor, una sensación de espanto misterioso, originada no sólo por la imposibilidad de descubrir ninguna huella, sino también y sobre todo, por aquel extraño encuentro de los zapatos delante de la puerta de la Roque al día siguiente del crimen. La certidumbre de que el asesino había asistido á las diligencias y de que vivía en la aldea, inquietaba los espíritus y parecía pesar sobre el país como una incesante amenaza.

Por otra parte, el oquedal se había convertido en un lugar temido y evitado que nadie se atrevía á frecuentar. Antes iban las gentes á pasearse allí los

domingos por las tardes, se sentaban sobre la hierba al pie de los grandes árboles, ó seguían el curso del río viendo nadar las truchas.

Los muchachos jugaban á los bolos, al tángano y á la pelota en algunos lugares en que se había allanado el suelo, y las muchachas, en filas de cuatro ó cinco, se paseaban del brazo cantando con voces chillonas romanzas cuyas falsas notas estremecían el aire tranquilo y daban dentera, como gotas de vinagre. Ahora ya nadie iba á pasear bajo la alta y espesa bóveda de los árboles, cual si se temiese encontrar allí algún cadáver tendido.

Llegó el otoño, y las hojas empezaron á caer... Caían día y noche, bajaban revoloteando raudas y leves de lo alto de los grandes árboles y se empezaba á ver el cielo á través de las ramas. A veces, cuando una ráfaga de viento pasaba sobre sus copas, la lluvia lenta y continua de hojas aumentaba y se convertía en chaparrón que cubría el musgo de un espeso tapiz amarillo que crujía bajo los pies del paseante. Y el murmullo casi imperceptible, incesante, suave y triste del deshoje, parecía una queja, y aquella lluvia cayendo siempre, parecía de lágrimas, lagrimones derramados por los grandes árboles tristes que lloraban noche y día por el fin del año, por el término de las auroras templadas y de los dulces crepúsculos, por la ausencia de las brisas cálidas y de los claros soles, acaso también por el crimen que habían visto cometer á su sombra, por la niña violada y muerta á sus pies; lloraban el silencio del bosque desierto y vacío, del bosque abando-

nado y temido donde debía errar sola el alma de la Roquecita.

El Brindille, engrosado por las tormentas, se deslizaba con más rapidez amarillo y colérico entre sus agostadas riberas, entre dos filas de sauces delgados y desnudos.

Y he aquí que Renardet de pronto reanudó sus paseos por el oquedal. Todos los días, á la caída de la tarde, salía de su casa, bajaba con paso lento la escalinata exterior y se encaminaba hacia la arboleda, con aire pensativo y las manos en los bolsillos. Paseaba largo rato sobre la hierba blanda y húmeda, mientras que una banda de cuervos llegados de los alrededores para dormir en las altas copas, se cernía en el espacio, extendiéndose como un inmenso velo de luto y produciendo un penetrante y siniestro clamoreo.

A veces, se posaban cubriendo de manchas negras las ramas, que se destacaban sobre el fondo del cielo, sobre el sangriento cielo de los crepúsculos del otoño. Después, se lanzaban de nuevo al aire dando espantosos graznidos y volviendo á desplegar sobre el bosque el largo festón sombrío de su vuelo.

Por fin, volvían á posarse sobre las copas más altas y cesaban poco á poco sus rumores, mientras que la noche, avanzando lentamente, iba confundiendo sus plumas negras con la negrura del espacio.

Y aun seguía Renardet errando lentamente bajo los árboles, y luego, cuando las opacas tinieblas no

le permitían ya pasear, volvía á su casa y caía como una masa sobre su sofá ante la chimenea, tendiendo hacia el hogar sus húmedos pies que humeaban al calor del fuego.

En este estado las cosas, una mañana corrió por el país una gran noticia: el alcalde hacía talar su oquedal.

Veinte leñadores trabajaban ya, los cuales, en presencia del amo, habían empezado por el rincón más próximo á la casa y continuaban con bastante rapidez.

Primero trepaban á lo largo de los troncos los encargados de cortar las ramas.

Atados al tronco por un lazo de cuerda, lo abrazan primero y después, levantando una pierna, le dan un fuerte golpe con la punta de acero unido al talón del zapato. La punta entra en la madera, permanece clavada y el hombre se levanta sobre ella como sobre un peldaño para herir el tronco con la punta del otro pie, sobre el cual se sostendrá de nuevo para repetirlo con la primera.

Y á cada ascensión, va corriendo hacia arriba el lazo de cuerda que le une al árbol. En su cintura pende y brilla el hacha de acero, el leñador sigue trepando lentamente como un animal parásito que ataca á un gigante y sube poco á poco á lo largo de la inmensa columna abrazándola y aguijoneándola para ir á decapitarla.

Cuando llega á las primeras ramas, se detiene, se quita del costado el afilado hocino y hiere, hiere con lentitud, con método, cortando el miembro á

raíz del tronco, y de pronto, la rama cruje, se cimbra, se desprende y cae rozando en su caída los árboles vecinos. Después, choca contra el suelo produciendo gran ruido y todas sus ramitas parecen temblar unos instantes.

El suelo se cubría de despojos, que otros hombres cortaban á su vez formando haces y montones, mientras que los árboles que permanecían aún de pie parecían desmesurados postes, gigantescas estacas amputadas y rapadas por el cortante acero de los hocinos.

Y cuando el leñador había acabado su labor de talar dejaba en la cima del tronco el lazo de cuerda de que se había servido, bajaba en seguida valiéndose de sus espuelas á lo largo del tronco, al que otros leñadores atacaban por la base asestándole enormes hachazos que resonaban en todo el resto del oquedal.

Cuando la herida del pie del árbol parecía bastante profunda, algunos hombres tiraban, lanzando cadencioso grito, de la cuerda atada á la cima, y el inmenso palo crujía de pronto y caía al suelo produciendo el sordo ruido de un lejano cañonazo.

Y el bosque menguaba cada día perdiendo sus árboles caídos como pierde sus soldados un ejército.

Renardet no se movía de allí, allí se estaba de la mañana á la noche contemplando inmóvil con las manos atrás la muerte lenta de su oquedal. Cuando un árbol había caido, le ponía el pie encima como si fuese un cadáver y luego fijaba sus ojos en el siguiente con una especie de secreta y tranquila impaciencia y cual si esperase algo al final de aquel sacrificio.

Ya iban aproximándose al lugar en que la Roquecita había sido encontrada, y una tarde, á la hora del crepúsculo, se llegó en fin á él.

Como estaba nublado, los leñadores quisieron dejar su trabajo, aplazando para el día siguiente el derribo de una enorme haya; pero el amo se opuso y exigió que se talase en seguida aquel coloso que había dado sombra al crimen.

Cuando el leñador lo hubo desnudado preparándole para el sacrificio, y cuando los demás minaron su base, cinco hombres empezaron á tirar de la cuerda atada á lo alto.

El árbol resistió; su poderoso tronco, aunque cortado hasta la mitad, permanecía rígido como el acero.

Los obreros, unidos todos, tiraban de la cuerda inclinándose hacia tierra y produciendo un grito gutural que servía para aunar y regular los esfuerzos.

Dos leñadores, de pie junto al gigante, empuñaban el hacha semejantes á dos verdugos dispuestos á reanudar sus tajos, y Renardet, inmóvil y con la mano apoyada en la corteza del árbol, esperaba la caída de la *víctima* con inquieta y nerviosa emoción.

Uno de los leñadores le dijo:

—Señor alcalde, está usted demasiado cerca y al caer puede cogerle.

Pero Renardet no respondió ni retrocedió; parecía dispuesto á recibir el haya entre sus brazos para derribarla después como un gladiador.

De pronto, al pie de la elevada columna de madera, se sintió un crujido que, como sacudida dolorosa, pareció llegar hasta la cima, y entonces el árbol se inclinó un poco pronto á caer, pero resistiéndose aún. Los hombres, excitados, hicieron un esfuerzo mayor, y cuando el árbol caía, Renardet dió un paso adelante y después se detuvo con los hombros encogidos para recibir el choque irresistible, el choque mortal que había de aplastarle contra el suelo.

Pero como el haya se había desviado un poco, le rozó únicamente las espaldas, arrojándole de bruces á cinco metros de distancia.

Los leñadores se precipitaron sobre él para levantarle, pero cuando llegaron, ya se había levantado Renardet sobre sus rodillas aturdido, con la mirada extraviada y pasándose la mano por la frente como si volviese en sí después de un acceso de locura.

Cuando se hubo levantado, los hombres, sorprendidos, le interrogaron, no comprendiendo lo que había hecho.

Renardet respondió balbuceando, que había tenido un momento de extravío, ó mejor dicho, un impulso de chiquillo, y que se había imaginado que podía pasar por debajo del árbol, como pasan los muchachos corriendo por delante de los coches al trote. En fin, que había querido jugar con el peligro, y que hacía ocho días que sentía en él semejante deseo preguntándose cada vez que crujía un árbol para caer, si habría tiempo para pasar por debajo, sin ser tocado. En una palabra, confesaba que era una tontería; que todo el mundo tiene á veces sus momentos de extravío y experimenta esas tentaciones de pueril estupidez.

El alcalde se explicaba lentamente, con voz sorda, cual si no encontrase palabras apropiadas, y después se fué diciendo:

—Hasta mañana, amigos míos, hasta mañana.

Tan pronto como hubo entrado en su cuarto, se sentó ante su mesa, ricamente alumbrada por un quinqué provisto de pantalla, y apoyando la frente en sus dos manos, echóse á llorar.

Lloró mucho tiempo, y luego se enjugó los ojos, levantó la cabeza y miró la hora. No eran las seis y pensó: "Aun tengo tiempo antes de comer,„ y cerró la puerta con llave. Después volvió á sentarse ante la mesa, abrió el cajón de enmedio, sacó un revólver y lo colocó sobre los papeles. El acero del arma relucía, lanzando reflejos semejantes á llamas.

Renardet lo contempló largo rato con los ojos extraviados de un hombre ebrio y en seguida se levantó y se puso á pasear.

Iba de un extremo á otro de la habitación, y de cuando en cuando se detenía para ponerse en marcha de nuevo. De pronto, abrió la puerta de su gabinete tocador, empapó una toalla en la palangana de agua y se humedeció la frente como lo había hecho la mañana del crimen. Después reanudó su paseo. Cada vez que pasaba por delante de la mesa la reluciente arma atraía sus miradas y solicitaba su mano, pero miraba el reloj y pensaba: "Aun tengo tiempo.„

Dieron las seis y media. Entonces empuñó el re-

vólver, abrió la boca cuanto pudo haciendo una espantosa mueca y se hundió dentro el cañón como si hubiese querido tragárselo. Permaneció así algunos segundos, inmóvil, con el dedo en el gatillo, y después, sacudido bruscamente por un estremecimiento de horror, dejó caer el arma sobre la alfombra y se dejó caer en la butaça sollozando: "No puedo, no me atrevo. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿cómo cobraría valor para matarme?

Como llamasen á la puerta, se levantó muy agitado. Un criado le dijo desde fuera:

—Señor, la mesa está puesta.

—Está bien, ya bajo—le respondió.

Y entonces cogió el revólver, lo volvió á guardar en el cajón y se miró en el espejo de la chimenea, para ver si su cara denotaba emoción. Estaba encarnado, como siempre, tal vez un poco más que de ordinario, y esto era todo; así es que bajó y se sentó á la mesa.

Comió despacio, como hombre que desea hacer durar la comida, que no quiere encontrarse solo consigo mismo, y luego fumó varias pipas en la sala, mientras quitaban la mesa. Luego volvió á subir á su cuarto.

Después de encerrarse, miró debajo de la cama, abrió todos los armarios, registró todos los rincones, escudriñó todos los muebles; encendió en seguida las bujías de la chimenea y, dando varias vueltas sobre sí mismo, recorrió con la mirada toda la habitación con angustia y espanto que desfiguraban su rostro, pues estaba seguro de que iba á ver, como todas las noches, á la Roquecita, á la niña á quien había violado y estrangulado después.

Todas las noches se repetía la odiosa visión, que empezaba primero con una especie de zumbido en los oídos, semejante al rumor de un martinete, ó al paso lejano de un tren sobre un puente. Después se iniciaba el ahogo, el estado anhelante, y se veía obligado á desabrocharse el cuello de la camisa, á aflojarse el cinturón y á pasearse para activar el curso de la sangre. Procuraba leer, procuraba cantar, pero todo era en vano; el pensamiento permanecía fijo, á pesar suyo, en el día del asesinato, y se le reproducía con todos sus secretos detalles, con todas sus violentas emociones, desde el primer minuto hasta el último.

Aquella mañana, la mañana del horrible día, había sentido al levantarse un poco de aturdimiento y de jaqueca, que atribuía al calor; de modo que había permanecido en su cuarto hasta la hora de almorzar. Después de la comida había dormido la siesta, y luego había salido á media tarde para respirar la brisa fresca y calmante bajo los árboles de su oquedal.

Pero desde que puso los pies fuera de casa, el aire pesado y ardiente de la llanura le sofocó aún más.

El sol, muy elevado aún sobre el horizonte, derramaba oleadas de sofocante luz sobre la tierra calcinada, seca y sediente. Ninguna ráfaga de viento movía las hojas. Los animales, los pájaros, hasta los insectos, permanecían mudos. Renardet se dirigió hacia la sombra de los grandes árboles y se pu-

so á pasear sobre la hierba y donde el Brindille daba un poco de fresco bajo el inmenso techado de ramas. Pero se sentía poco á gusto, le parecía que una mano desconocida é invisible le apretaba el cuello, y apenas pensaba en nada, él, que de ordinario solía tener pocas ideas en la cabeza. Sólo un vago pensamiento le ocupaba hacía tres meses, el de volver á casarse, pues sufría viviendo solo, sufría física y moralmente. Habituado hacía seis años á ver una mujer á su lado, acostumbrado á su constante presencia, á su abrazo cotidiano, sentía necesidad, una necesidad imperiosa y confusa de su contacto y de sus besos.

Desde la muerte de su señora sufría sin cesar, sin comprender por qué, sufría al no sentir que sus faldas rozaban sus piernas durante todo el día, y al no poder, sobre todo, reposar abandonado en sus brazos. Hacía apenas seis meses que estaba viudo, y ya buscaba por los alrededores la joven ó la viuda con quien pudiera casarse cuando la época del luto hubiese pasado.

Tenía una alma casta, pero alojada en un hercúleo cuerpo, y mil imágenes carnales empezaban á turbar sus sueños y sus vigilias.

El procuraba alejarlas; pero acudían de nuevo, tanto, que había momentos en que, sonriéndose á sí mismo, murmuraba:

—Heme aquí, hecho un San Antonio.

Habiendo tenido aquella mañana algunas de estas tercas visiones, se le ocurrió de pronto la idea de bañarse en el Brindille, para calmarse y refrescar el ardor de su sangre.

Conocía un poco más lejos un lugar ancho y profundo á donde las gentes del país iban á bañarse varias veces en verano, y se fué allá.

Espesos sauces ocultaban aquel remanso transparente donde las aguas reposaban y parecían adormecerse un poco antes de reanudar su marcha. Al aproximarse, Renardet creyó oir un ligero rumor, un débil chapuceo que no se parecía al que produce el arroyo al deslizarse por su cauce. Entonces separó con cuidado las ramas de la orilla y miró. Una muchacha completamente desnuda, blanca á través de las transparentes ondas, batía el agua con sus dos manos, bailando dentro del baño y dando vueltas con gentiles ademanes. Ya no era una niña; pero tampoco era una mujer; estaba gorda y formada, aunque conservaba cierto aspecto de niña precoz, casi madura, que había crecido con rapidez. Sobrecogido de sorpresa y de angustia, suspendido el aliento por una extraña y punzante emoción, Renardet no se movía y permanecía allí con el corazón palpitante, como si uno de sus sueños sensuales se hubiese realizado, como si una hada impura hubiese hecho aparecer ante sus ojos aquel sér juvenil, aquella tierna Venus aldeana, nacida de las aguas del arroyo, como la otra, la grande, de las olas del mar.

De pronto la niña salió del baño y sin verle, se dirigió hacia él para buscar sus ropas y vestirse. A

medida que se aproximaba muy despacito por temor á lastimarse con los puntiagudos guijarros, Renardet se sentía empujado hacia ella por una fuerza irresistible, por un impulso bestial que tumultuaba toda su carne, enloquecía su alma y le hacía temblar de pies á cabeza.

La niña permaneció de pie algunos segundos detrás del sauce en que él se ocultaba, y entonces, perdiendo la razón, el hombre abrió las ramas, se arrojó sobre ella y la cogió entre sus brazos. Ella, demasiado asustada para resistir y demasiado espantada para gritar, cayó, y él gozó de ella sin saber lo que hacía.

Despertó de su crimen como el que despierta de una pesadilla. La niña empezaba á llorar.

—Cállate, cállate, te daré dinero.

Pero la muchacha no hacía caso y seguía sollozando.

—Calla, calla—repetía.

Entonces ella empezó á dar gritos, haciendo esfuerzos para escapar, y él, comprendiendo de pronto que estaba perdido, la cogió por el cuello para detener en su boca aquellos desgarradores y terribles clamores. Como ella continuase luchando por desasirse, con la fuerza de un ser que quiere huir de la muerte, él cerró sus manos de coloso, apretó la garganta preñada de gritos y la estranguló en pocos instantes sin querer matarla y llevado del único deseo de hacerla callar.

Se levantó horrorizado.

La niña yacía ante él con la faz amoratada, é iba

ya Renardet á escapar, cuando despertó en su trastornado espíritu el instinto misterioso y confuso que guía á todos los seres en el peligro.

Tuvo tentación de arrojar el cuerpo al agua; pero otra intención le condujo hacia las ropas de la muerta, con las que hizo un pequeño lío atándolas con un bramante que llevaba en el bolsillo y escondiéndolo todo en un profundo agujero del arroyo, junto un tronco de árbol cuyo pie se bañaba en el Brindille.

Después, echó á andar á toda prisa, llegó hasta las praderas, dió un inmenso rodeo para que le viesen los aldeanos que vivían lejos de allí, al otro lado del pueblo y llegó á cenar á su casa á la hora ordinaria contando á sus criados el trayecto que había recorrido en su paseo.

No obstante esto, durmió aquella noche, pero con un pesado sueño de bruto con que deben dormir á veces los condenados á muerte, y no abrió los ojos hasta que empezó á amanecer. Esperó luego despierto y torturado por el temor de que se descubriese el crimen, su hora ordinaria de levantarse.

Tuvo que asistir luego á todas las indagaciones, lo que hizo como un sonámbulo, en medio de una alucinación que le hacía ver los hombres y las cosas á través de una especie de delirio, de una nube de embriaguez; bajo el peso de esa duda de irrealidad que turba el ánimo en el momento de las grandes catástrofes.

Sólo el grito desgarrador de la Roque le partió el corazón. En aquel momento estuvo á punto de arrojarse á los pies de la anciana gritando: "He sido

yo.„ Pero se contuvo y se contentó con ir por la noche á sacar los zapatos de la muerta para colocarlos en el umbrál de la puerta de la pobre madre.

Mientras duró el sumario, mientras tuvo que guiar y extraviar á la justicia, fué dueño de sí y estuvo tranquilo, astuto y sonriente, discutiendo tranquilamente con los magistrados todas las hipótesis que se le ocurrían, combatiendo sus opiniones y destruyendo sus razonamientos. Hasta experimentaba un placer acre y doloroso en turbar sus indagaciones, en embrollar sus ideas y en poner de manifiesto la inocencia de aquellos mismos de quienes él había hecho sospechar.

Pero á partir del día en que cesaron las indagaciones judiciales, estaba cada vez más nervioso y más excitable, aunque procuraba reprimirse. Los ruidos repentinos le hacían sobresaltarse, temblaba por la menor cosa y se estremecía de pies á cabeza cuando una mosca se posaba en su frente.

Entonces se apoderó de él una imperiosa necesidad de movimiento que le obligaba á dar carreras peligrosas y á permanecer noches enteras paseándose por su cuarto.

No era que él se viese acosado por los remordimientos, pues su naturaleza brutal no se prestaba á ningún matiz de sentimiento ó de temor moral. Hombre de energía y hasta violento, nacido para hacer la guerra, devastar los países conquistados y degollar á los vencidos. Dotado de instintos salvajes de cazador y de guerrillero, tenía en muy poco la vida humana. Aunque respetaba á la Iglesia por política,

no creía en Dios ni en el diablo, no esperando, por consiguiente, en otra vida ni castigo ni recompensa de sus actos en esta. Tenía por toda creencia una vaga filosofía sacada de todas las ideas de los enciclopedistas del siglo pasado; consideraba la Religión como una sanción moral de la Ley y creía que habían hombres para ajustar á una regla la vida social.

Matar á alguien en duelo, ó en la guerra, ó en riña, ó por accidente, ó por venganza, ó hasta por fanfarronería, le hubiese parecido una cosa divertida y arrogante y no hubiese dejado más huellas en su memoria que un tiro descerrajado á una liebre; pero había experimentado una emoción profunda por el asesinato de aquella niña, pues lo había cometido en medio de la locura de una embriaguez irresistible, en medio de una tempestad sensual que le privó de la razón. Y había conservado en su corazón, en su carne, en sus labios y hasta en sus dedos de asesino, una especie de amor bestial, al mismo tiempo que un horror espantoso por aquella muchacha sorprendida y matada cobardemente. Continuamente su pensamiento le representaba la escena horrible, y por mucho que se esforzaba en alejar aquella imagen, aunque se la quitaba de delante, con terror la sentía vagar por su espíritu, dar vueltas alrededor de él, esperando sin cesar el momento de reaparecer.

Entonces tuvo miedo de las noches, miedo de la sombra que le rodeaba. No sabía aún por qué las tinieblas le parecían horribles; pero las temía por

instinto, las veía llenas de terrores El día claro no se presta á los espantos. Se ven distintamente las cosas y los seres y por eso no se encuentra en ellos sino las cosas y los seres naturales que pueden mostrarse á la luz. Pero la noche, la noche opaca, espesa como una muralla, vacía; la noche infinita, tan negra, tan larga, en que puede uno rozarse con cosas que infunden espanto, la noche en que uno siente errar y dar vueltas al terror misterioso, le parecía ocultar un peligro desconocido, próximo y amenazador. ¿Cuál?

Bien pronto lo supo. Como permaneciese en su sofá hasta bastante tarde, una noche en que no podía dormir, creyó ver que se movía la cortina de su ventana. Escuchó inquieto y con el corazón palpitante, pero la cortina dejó de moverse; de pronto la cortina se agitó de nuevo ó al menos pensó él que se movía. No se atrevió á levantarse ni á respirar, y sin embargo, era valiente, se había batido con frecuencia y hubiese deseado encontrar ladrones dentro de su casa.

¿Se movía de veras aquella cortina? así se lo preguntaba él, temiendo que sus ojos le engañasen. Por otra parte, era muy poca cosa un ligero temblor de la tela, una especie de ondulación como la que produce el viento. Renardet permanecía con los ojos fijos y el pescuezo estirado y se levantó bruscamente, avergonzado de su miedo, dió cuatro pasos, cogió la cortina con las dos manos y la descorrió. Al principio, no vió más que los cristales negros, como manchas de tinta reluciente. La noche, la noche tremenda é impenetrable se extendía detrás hasta el invisible horizonte. Renardet permanecía de pie ante aquella sombra ilimitada, cuando de pronto vió una luz, una luz movible que parecía lejana. Entonces acercó su rostro á los cristales pensando que algún pescador de cangrejos pescaba en el Brindille, pues eran ya más de las doce y aquella luz se veía á orillas del río, en el oquedal. Como no viese aún nada, Renardet se cubrió los ojos con las manos y de pronto aquel resplandor se convirtió en realidad y vió á la Roquecilla desnuda y sangrienta, tendida sobre el musgo.

Entonces retrocedió, crispados sus miembros de horror, chocó contra un asiento y cayó de espaldas. Permaneció así algunos instantes, con el alma llena de angustia. Después se levantó, se sentó, se puso á reflexionar. Había tenido una alucinación; nada más, una alucinación originada por la presencia de algún merodeador nocturno que caminaba por las orillas del río con su farol. Por otra parte, ¿qué tenía de particular que el recuerdo de su crimen despertase en él á veces la visión de la muerta? Habiéndose levantado, bebió un vaso de agua y sentándose después, pensaba: ¿Que voy á hacer si esto se repite? Y aquello se repetiría; estaba seguro de ello. La ventana volvía á solicitar sus miradas; le llamaba, le atraía. Para no verla, volvió su silla, tomó un libro é intentó leer; pero á poco le pareció oir que algo se movía detrás de él; entonces hizo girar bruscamente la butaca sobre su pie. La cortina se movía aún y aquella vez era indudable que la ha-

bía movido él, no podía dudarlo; así y todo, se lanzó hacia ella y de un tirón la arrancó de su sitio, yendo en seguida á pegar su cara en los cristales de la ventana. No vió nada, todo era negro fuera y Renardet respiró con la alegría del hombre á quien acaban de salvar á la vida.

Dió vuelta de nuevo á su asiento, pero casi en el acto volvió á sentir deseos de mirar por la ventana. Desde que la cortina había sido arrancada, la ventana formaba una especie de sombría y temible boca que parecía atraerle hacia el campo. Para no ceder á esta peligrosa tentación, se desnudó, apagó las luces, se acostó y cerró los ojos.

Inmóvil, acostado de espaldas, con la piel ardiente y casi sudoroso, esperaba el sueño. Una gran luz hirió de pronto su retina y entonces, creyendo que la casa ardía, abrió de pronto los ojos.

Todo estaba negro, y se incorporó para poder distinguir la ventana, que seguía atrayéndole invenciblemente. A fuerza de mirar, percibió algunas estrellas, y en seguida se levantó, atravesó el cuarto á tientas, buscó á obscuras los cristales de la ventana y aplicó en ellos la frente. Allá lejos, bajo los árboles, el cadáver de la niña relucía como cuerpo fosforescente iluminando las sombras en derredor.

Renardet lanzó un grito y huyó hacia la cama, donde permaneció hasta el amanecer con la cabeza oculta bajo la almohada.

A partir de aquel momento, la vida se le hizo intolerable, pasaba los días bajo la influencia del terror de la noche, y todas las noches se repetía la

visión. Una vez solo en su cuarto, intentaba luchar, pero era en vano; una fuerza irresistible le levantaba y le impelía hacia la ventana como para evocar el fantasma y entonces lo veía inmediatamente, tendido en el sitio del crimen, con los brazos extendidos y las piernas abiertas, tal como había sido encontrado. Después la muerta se levantaba y venía hacia él muy despacito, tal como lo había hecho la niña al salir del río, se le aproximaba lentamente, muy erguida, pasaba por encima del césped, y luego se elevaba en el aire hacia la ventana de Renardet, acudía á su lado, como había acudido el día del crimen hacia el asesino. Y el hombre retrocedía ante la aparición, retrecedía hasta su cama, y se echaba sobre ella seguro de que la muchacha había entrado y estaba detrás de la cortina, seguro de que no tardaría en moverse. Y hasta que amanecía, contemplaba con mirada fija hacia aquel punto esperando ver salir á su víctima. Pero ésta no se presentaba, permanecía allí detrás de la cortina que se agitaba y temblaba á veces. Y Renardet, con las manos crispadas, oprimía las sábanas como había oprimido la garganta de su víctima, oía sonar las horas y en medio del silencio escuchaba el péndulo de su reloj y los profundos y agitados latidos de su corazón. Y el miserable sufría como jamás había sufrido ningún hombre.

Luego, tan pronto como una línea blanca se dibujaba en el techo anunciando la proximidad del día se sentía libre de su terror, solo al fin, solo en su cuarto, y se acostaba de nuevo. Entonces dormía

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

algunas horas con sueño inquieto y febril, sueño en el que veía repetirse á veces la espantosa visión de sus vigilias.

Cuando bajaba al medio día para comer, se sentía agobiado por una horrible fatiga, y no comía apenas, intranquilo ante el temor de que la volvería á ver por la noche.

No dejaba de saber que aquello no era una aparición, que los muertos no resucitan y que su alma enferma y obsesionada por su recuerdo único é inolvidable, era la causa de su suplicio, la causa evocadora de la muerta por él resucitada, llamada por él y por él animada ante sus ojos, en los que permanecía siempre presente la inborrable imagen. Pero también sabía que no se curaría, que no evitaría nunca la persecución salvaje de su memoria, y resolvió morir antes que soportar por más tiempo aquellas torturas.

Entonces empezó á buscar el medio de matarse. Quería algo sencillo y natural, que no hiciese sospechar su suicidio, pues tenía apego á su reputación, al nombre legado por sus padres, y si se sospechaba la causa de su muerte, se pensaría sin duda en el inexplicable crimen, en el misterioso asesino, y no se tardaría en considerarle autor de aquella infamia.

Se le ocurrió la idea extraña de hacerse aplastar por el árbol á cuya sombra había asesinado á la joven y decidió talar el oquedal y simular un accidente. Pero el árbol se negó á darle la muerte.

Una vez en su casa, sumido en terrible desesperación, había cogido su revólver y no se había atrevido á dispararlo.

Llegada la hora de comer, bajó á sentarse á la mesa y después volvió á subir. No sabía qué hacer. En aquel momento se sentía cobarde, después de haber escapado á la muerte la primera vez. Un momento antes estaba dispuesto, decidido, y se sentía dueño de su valor y de su resolución, pero ahora se consideraba débil y temía la muerte tanto como á la muerta.

—No me atreveré, no me atreveré—balbuceaba.

Y miraba con terror tan pronto la cortina que ocultaba la ventana, como el arma que estaba sobre la mesa. También le parecía que le esperaba algo horrible, tan pronto como su vida acabase. ¿Qué cosa? ¿Su encuentro tal vez? La víctima le acechaba, le esperaba, le llamaba, y si se presentaba á él todas las noches, era para acecharle, para vigilarle, para consumar su venganza obligándole á morir.

Renardet rompió á llorar como un niño, repitiendo:

—No me atreveré, no me atreveré.

Después cayó de rodillas y murmuró:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

Y sin embargo, no creía en Dios. No se atrevía ya á mirar hacia la ventana, donde sabía que se ocultaba la aparición, ni tampoco á su mesa, sobre la cual relucía el revólver.

Después de levantarse, dijo en voz alta:

—Esto no puede durar, hay que acabar de una vez.

El sonido de su voz en medio del silencio le hizo estremecerse; pero como no se decidió á tomar ninguna resolución, como comprendiera que su mano había de negarse siempre á oprimir el gatillo del arma, volvió á ocultar la cabeza bajo los cobertores de la cama y reflexionó.

Le era preciso encontrar algo que le obligase á morir, inventar una astucia contra sí mismo que no le dejase lugar á terror, dilación, ni retroceso. Envidiaba á los condenados que suben al patíbulo escoltados por la fuerza armada. ¡Oh! ¡si él pudiese conseguir de alguien que le matase, si confesando el estado de su alma, confesando su crimen á un amigo, seguro de que no lo divulgase nunca, pudiera lograr que le diesen la muerte!... Pero, ¿á quién pedir tan tremendo favor? ¿A quién? Empezó á buscar entre el número de sus conocidos. ¿Al médico? no, porque tal vez lo contaría todo después. De pronto una extraña idea cruzó por su mente, le iba á escribir al juez de instrucción, á quien conocía íntimamente, para denunciarse. En aquella carta se lo confesaría todo, su crimen, las torturas que sufría, su resolución de morir, sus dudas y el medio que debía emplear para cobrar valor, y le suplicaría en nombre de su antigua amistad que rompiese la carta tan pronto como hubiese sabido que el culpable se había hecho justicia. Renardet podía contar con el juez, seguro de su discreción y de que era incapaz de una ligereza. Se trataba de uno de esos hombres dotados de una conciencia inflexible, gobernada, dirigida y regulada únicamente por su razón.

No bien hubo concebido este proyecto, una extraña alegría invadió su corazón llevando la tranquilidad á su ánimo. Iba á escribir la carta muy despacio, iría á echarla al buzón al amanecer, subiría en seguida á su torre para ver llegar al cartero, y cuando el hombre de la blusa azul se alejara, se arrojaría de cabeza contra las rocas que servían de cimiento á su morada. Procuraría que le viesen antes los trabajadores que talaban su bosque y subiría luego al sitio en que estaba fija la bandera que ondeaba los días de fiesta, rompería su asta de un tirón y se arrojaría al vacío. ¿Cómo dudar entonces de un accidente? Dado su peso y la altura de su torre, no cabría duda de que su muerte sería segura.

Inmediatamente saltó de la cama, se acercó á la mesa y se puso á escribir. No olvidó nada, ni un detalle del crimen, ni una circunstancia de su vida de angustias, ni un solo momento de sus torturas y terminó anunciándole que se había condenado á sí mismo, que iba á ejecutar al criminal, y rogando á su amigo, á su antiguo amigo, que procurase que nunca pudiese nadie acusarle mancillando su memoria.

Al acabar la carta, notó que amanecía, la metió en un sobre, puso la dirección, bajó con lentitud la escalera, corrió hacia el buzón, y cuando hubo echado dentro aquel papel que rendía su mano, se volvió á casa á toda prisa, echó los cerrojos á la puerta y subió á su torre para esperar el paso del cartero que había de llevar al juez su sentencia de muerte.

En aquel momento se sentía tranquilo, libre, salvado.

Un viento frío y seco, un viento helado azotaba su rostro, y él lo aspiraba ávidamente con la boca abierta, recibiendo con fruición su helada caricia. El cielo estaba rojo, de un color encendido, ardiente, y toda la blanca llanura relumbraba al resplandor de los primeros rayos del sol, como si estuviese salpicado de partículas de vidrio. Renardet, de pie y descubierto, contemplaba aquel vasto paisaje formado por las praderas, á la izquierda, y á la derecha por la villa, cuyas chimeneas empezaban á humear para la primera comida.

A sus pies veía correr el Brindille, contra cuyas rocas pensaba estrellarse. El hombre se sentía renacer en aquella hermosa y helada aurora lleno de fuerza y de vida. La luz le inundaba, le envolvía, le penetraba como una esperanza. Mil recuerdos le asaltaban, recuerdos de mañanas semejantes, de correrías por aquel paraje cuyo suelo resonaba bajo sus pasos, de cacerías felices á orillas de los estanques en que duermen los patos salvajes. Todas las cosas buenas que á él le gustaban, las cosas buenas de la vida, acudían á su memeria, le aguijoneaban con nuevos deseos y despertaban todos los apetitos vigorosos de su cuerpo ágil y fornido.

¿Y había de morir? ¿Por qué? ¿Iba á matarse por temor á una sombra, por temor á nada? El era rico y joven aun... ¡Qué locura! Le bastaría una distracción, una ausencia, un viaje, para olvidarlo todo. Aquella misma noche no había visto ya á la

muerta, porque su pensamiento, estaba preocupado y distraído. ¿Quién sabe si volvería á verla más? Y si en aquella casa seguía presentándosele, seguramente que en otra no le ocurriría lo mismo. El mundo era grande y el porvenir inmenso. ¿Por qué morir?

Sus ojos, que erraban por las praderas percibieron un punto azul en el sendero que conducía á lo largo del Brindille. Era Mederico, que iba á repartir las cartas de la villa y á recoger las de la aldea.

Renardet se sintió sobrecogido, experimentó una sensación dolorosa y corrió hacia la escalera para recobrar su carta, para reclamársela al cartero. Poco le importaba que le viesen. Corría sobre la hierba humedecida por el ligero rocío de la noche, y llegó al buzón al mismo tiempo que el cartero.

Este abría en aquel momento el cepillo de las cartas y recogía la poca correspondencia depositada por los habitantes del país.

—Buenos días, Mederico—le dijo Renardet.

—Buenos días, señor alcalde.

—Oiga usted, Mederico, he echado en el buzón una carta que necesitaría recoger y vengo á rogarle á que me la devuelva.

—Está bien. señor alcalde, se le devolverá.

Diciendo esto, el cartero levantó los ojos y quedó estupefacto al ver la cara de Renardet, que tenía las mejillas encendidas, la mirada extraviada, los ojos hundidos, los cabellos en desorden, las barbas revueltas y la corbata deshecha. Al verle, parecía indudable que no se había acostado.

—Señor alcalde ¿está usted enfermo?—le preguntó el cartero.

Renardet, comprendiendo que su aspecto debía ser extraño, perdió la serenidad y balbució:

—No... no... es que... he saltado de la cama para pedirle esa carta... Estaba durmiendo, ¿comprende usted?

Una vaga sospecha cruzó por el alma del veterano, el cual repuso:

—¿Qué carta?

—La que va usted á devolverme.

En aquel momento, Mederico dudaba, pues la actitud del alcalde no le parecía natural. Tal vez aquella carta encerraba algún secreto político, él sabía que Renardet no era republicano, y por otra parte conocía todas las mañas y ardides que se emplean en las elecciones.

—¿A quién va dirigida?—preguntó Mederico.

Al señor Putoin, juez de instrucción, á mi amigo el señor Putoin.

El cartero buscó entre los papeles, y habiendo encontrado la carta que le reclamaban, empezó á darla vueltas muy perplejo y muy turbado ante el temor de cometer una falta grave ó de enemistarse con el alcalde.

Viendo sus dudas, Renardet hizo un movimiento para coger la carta y arrancársela, y este brusco ademán convenció á Mederico de que se trataba de un misterio importante y se decidió á cumplir con su deber costase lo que costase.

Metió, pues, la carta en su cartera, y al mismo tiempo que la cerraba, respondió:

—No puedo, señor alcalde. Yendo dirigida á la justicia, no puedo.

Una espantosa angustia oprimió el corazón de Renardet, el cual balbució:

—Pero, hombre, ¿no me conoce usted? Si quiere, puede comprobar que es letra mía. Le digo á usted que necesito esa carta.

—No puedo.

—Mederico, ya sabe usted que soy incapaz de engañarle, y cuando le digo que la necesito...

—No, no puedo.

Un arrebato de cólera invadió de pronto el alma violenta de Renardet, el cual exclamó:

—¡Por vida de!... Tenga usted cuidado, pues ya sabe que conmigo no se juega y que puedo dejarle cesante antes de media hora. Después de todo, soy el alcalde del pueblo y le ordeno que me devuelva ese papel.

—No, no puedo, señor alcalde,—le respondió el peatón con firmeza.

Entonces Renardet, perdiendo la calma, lo cogió por el brazo para quitarle la cartera; pero Mederico se desembarazó de una sacudida, y echándose hacia atrás y levantando su garrote de acebo, exclamó con la mayor tranquilidad:

—Señor alcalde, no me toque, ó me veré obligado á defenderme. Mucho cuidado. Yo cumplo con mi deber.

Viéndose perdido, Renardet cambio bruscamente de actitud y se tornó humilde y afectuoso, implorando como un niño que llora.

—Pero, amigo Mederico, por Dios, devuélvame usted esa carta, que yo le recompensaré. Le daré dinero, le daré cien francos, cien francos, ¿oye?

El peatón volvió la espalda y echó á andar.

Renardet le siguió jadeante balbuciendo:

—Mederico, Mederico, escúcheme, le daré mil francos, ¿oye usted? mil francos.

El cartero seguía su camino sin responder.

—Haré su fortuna,—repuso Renardet.—¿Oye usted? lo que usted quiera... cincuenta mil francos... cincuenta mil francos por esa carta... Pero, hombre, ¿qué le importa á usted darla? Bueno, cien mil... cien mil francos... ¿me comprende?... cien mil francos...

El cartero se volvió, y con faz dura y severa mirada, exclamó:

—No siga usted, ó de lo contrario daré parte de lo que acaba usted de decirme.

Entonces Renardet se detuvo. Todo había acabado, ya no había esperanza, y volviéndose, corrió hacia su casa como fiera perseguida.

Entonces se detuvo Mederico á su vez y miró con estupefacción á aquel hombre que de tal modo huía. Vió que el alcalde subía á su casa y esperó algunos instantes, como si estuviese seguro de que algo sorprendente debía suceder.

En efecto, á poco la gigantesca figura de Renardet apareció en lo alto de la torre del Renard. El

alcalde corría como un loco por la plataforma, llegó hasta el asta de la bandera, la sacudió con furia sin lograr romperla, y luego, de pronto, semejante á un nadador que se chapuza, se lanzó al aire con ambas manos hacia adelante.

Mederico corrió para auxiliarle, y como al atravesar el parque viese á los leñadores que acudían al trabajo, les llamó á gritos dándoles cuenta del accidente. Al llegar todos al lugar del suceso, encontraron al pie de los muros un cuerpo ensangrentado cuya cabeza se había destrozado contra una roca. El Brindille rodeaba esta roca, y sobre sus aguas ensanchadas en aquel lugar, claras y tranquilas, se veía deslizarse un largo hilo róseo de sesos y de sangre.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
MONTERREY, MEXICO

EL BUQUE NÁUFRAGO

El buque náufrago

Fué ayer, 31 de Diciembre.

Acababa de almorzar con mi antiguo amigo Jorge Garín. El criado le entregó una carta lacrada y cubierta de sellos extranjeros.

—Con tu permiso—me dijo Jorge.

—Lo tienes.

Y se puso á leer ocho páginas de letra inglesa cruzada en todos los sentidos, y las leía con lentitud, con grave atención, con ese interés que nos inspiran las cosas que nos llegan al corazón.

Después, dejó la carta sobre un ángulo de la chimenea, y me dijo:

—Mira, aquí tienes una extraña historia que no te he contado nunca, y sin embargo, es una historia sentimental, un lance curioso que me ha ocurrido. ¡Oh! vaya un dia que pasé aquel año. Hará de esto unos veinte... porque tenía yo entonces treinta y ahora cuento cincuenta...

"Era yo en aquel tiempo inspector de la Compañía de Seguros Marítimos que dirijo hoy, y me disponía á pasar en París el día primero de año para celebrarlo como es costumbre, cuando recibí una carta del director con la orden de partir inmediatamente para la isla de Re, donde acababa de encallar un buque de tres palos de San Nazario, asegurado por nosotros. Eran las ocho de la mañana, y llegué á la casa de la Compañía á las diez para recibir instrucciones, y aquella misma noche tomaba el exprés, que me habia de dejar en la Rochela al día siguiente, 31 de Diciembre.

„Me quedaban dos horas para embarcar en el vapor de Re, *Juan Guiton*, y me decidí á dar una vuelta por la villa. La Rochela es, á decir verdad, una villa extraña y muy característica, con sus calles tortuosas como un laberinto y cuyas aceras se extienden bajo porches sin fin, soportales con arcadas como las calles de Rivoli, pero bajas, esas galerías, esas arcadas, aplastadas, misteriosas, que parecen construídas y conservadas como un recuerdo de conspiradores, como un recuerdo antiguo de las guerras de otros tiempos, de las guerras de religión heroicas y salvajes. Es marcadamente la antigua ciudad hugonote grave, discreta, sin arte soberbio y sin ninguno de esos admirables monumentos que tanto embellecen á Rouen, pero que no deja de ser notable por su fisonomía severa; es, en fin, una ciudad de batalladores obstinados donde deben germinar los fanatismos; la villa donde se exaltó la fe de

los calvinistas y donde nació el complot de los cuatro sargentos.

„Cuando hube vagabundeado algún tiempo por aquellas extrañas calles, me metí en un vaporcito negro y barrigudo que debía conducirme á la isla de Re, y que salió silbando con ademán colérico, pasó por entre las dos torres antiguas que guardan el puerto, surcó la rada, salió del dique construído por Richelieu, cuyas enormes piedras se ven á flor de agua rodeando la villa como un inmenso collar, y después viró hacia la derecha.

„Era aquel uno de esos días tristes que deprimen y anonadan el pensamiento, comprimen el corazón y matan toda nuestra fuerza y energía; un día gris, glacial, enturbiado por una bruma pesada, húmeda como la lluvia, fría como el hielo é irrespirable como vaho de sentina.

„Bajo aquel toldo de baja y siniestra niebla, el mar amarillo, poco profundo y arenoso de aquellas ilimitadas playas permanecía tranquilo, sin una arenga, sin un movimiento, sin vida, un mar de agua turbia, de agua densa y estancada. El *Juan Guitón* se deslizaba balanceándose un poco por costumbre, cortaba aquella superficie opaca y lisa y dejaba en pos de sí algunas olas, algunas ondulaciones que no tardaban en calmarse.

„Yo me puse á hablar con el capitán, un hombrecito casi sin piernas, rechoncho como su barco y que se balanceaba como él. Deseaba yo obtener algunos detalles acerca del siniestro que iba á inspeccionar. Un gran buque de tres palos, el *María Jose-*

fa, había encallado durante una noche de tormenta en los bancos de la isla de Ré.

„Según escribía el armador, la tempestad había llevado tan lejos al buque, que había sido imposible ponerlo á flote y había habido necesidad de sacar de él con la mayor urgencia todo lo que se podía aprovechar. Necesitaba yo, pues, indagar la situación de los restos dei buque, apreciar cuál debía ser su estado antes del naufragio y ver si se habían hecho todos los esfuerzos posibles para ponerlo á flote. Iba como agente de la Compañía para servir de testigo contradictorio en el caso de que fuese inevitable el pleito.

„Al recibir mi informe, el director tenía que tomar las medidas que juzgase necesarias para poner á salvo nuestros intereses.

„El capitán del *Juan Guitón* estaba perfectamente enterado de todo, porque había sido llamado con su vapor para intentar el salvamento.

„El hombre me explicó el siniestro, que había sido, por lo demás, muy sencillo. El *María Josefa*, empujado por una violenta ráfaga de viento, perdido en medio de la noche, navegando al azar sobre una mar de espuma (una mar de sopas de leche, como decía el capitán), había ido á encallar en aquellos inmensos bancos de arena que convierten las costas de aquella región en ilimitados Saharas durante las horas de la marea baja.

„Al mismo tiempo que charlábamos, yo miraba adelante y en torno de mí. Entre el Océano y el pe-

sado cielo quedaba un espacio libre que permitía el paso á las miradas. Ibamos costeando.

„—Es la isla de Ré?—preguntó.

„—Sí, señor.

„Y de pronto el capitán, tendiendo la mano hacia adelante, me indicó un punto casi imperceptible y me dijo:

„—Mire usted, allí está el buque.

„—¿El *María Josefa?*

„—Sí.

„Me quedé estupefacto. Aquel punto negro casi invisible que yo hubiera tomado por un escollo, me parecía estar situado lo menos á tres kilómetros de la costa.

„—Pero, capitán, en el lugar que usted me designa, debe haber lo menos una profundidad de cien brazas.

„El capitán, que era de Burdeos, se echó á reir y me dijo:

„—¿Cien brazas, amigo mío? Yo le digo á usted que ni tampoco dos. Son las nueve y cuarenta minutos y está la marea alta. Vaya usted paseando por la playa con las manos en los bolsillos, después de haber almorzado en la fonda del Delfín, y yo le prometo que á las dos y cuarenta minutos ó á las tres, lo más, podrá usted llegar nadando hasta el casco del buque, y le quedará una hora y cuarenta y cinco minutos ó dos horas á lo sumo, para examinarlo; pero no más de dos horas, porque la marea le cogería á usted. Cuanto más intensa es la marea baja, con más rapidez viene. Esta costa es más maligna

que una chinche. Créame, póngase usted en marcha á las cuatro y cincuenta y tome á las siete y media el *Juan Guiton*, que le dejará esta misma noche en el muelle de la Rochela.

„Dí las gracias al capitán y fuí á sentarme á la proa para contemplar el pueblecito de San Martín, al que nos aproximábamos rápidamente.

„Se parecía á todos los puertos en miniatura que sirven de capitales á todas las islitas sembradas á orillas de los continentes. Era una aldea de pescadores que, con un pie en el mar y el otro en tierra, viven del pescado y de la caza, de legumbres y de mariscos, de rábanos y almejas. La isla es muy baja y está poco cultivada, aunque parece muy poblada. Y digo que parece, porque no penetré en su interior.

„Después de haber almorzado, franqueé un pequeño promontorio, y á medida que el mar descendía rápidamente, me encaminaba por la arena hacia una especie de roca negra que veía sobre el agua, allá á lo lejos.

„Marchaba rápidamente por aquella llanura amarilla, elástica como la carne, y que parecía sudar bajo mis pies. La mar la cubría un momento antes, y en aquel momento yo la percibía en lontananza descender á simple vista, y no distinguía ya la línea que separaba la arena del Océano. Creía asistir á una función de magia gigantesca y sobrenatural. Unos instantes antes, el Atlántico estaba ante mí, y luego había desaparecido en la arena, como desaparecen las decoraciones en el teatro, y yo iba en

aquel momento por en medio de un desierto. Sólo quedaba en mí la sensación, el soplo del agua salada. Sentía el olor á ovas, el olor de la ola, el rudo y sano olor de las costas. Andaba con rapidez, ya no tenía frío, y miraba el casco encallado que crecía á medida que yo avanzaba y parecía entonces una enorme ballena muerta.

„Parecía surgir del suelo y tomaba sorprendentes proporciones sobre aquella inmensa extensión llana y amarilla.

„Por fin, después de una hora de marcha, llegué á donde estaba el casco que yacía sobre uno de sus costados, reventado, roto, mostrando como las costillas de un animal, sus huesos rotos, sus huesos de madera embreada perforados por gruesos clavos. La arena había penetrado ya en su interior por las hendiduras y se había apoderado de él, lo poseía, no lo dejaría ya. El casco parecía haber echado raíces. La proa había penetrado profundamente en aquella playa mansa y pérfida, mientras que la popa levantada, parecía lanzar al cielo, cual grito desesperado, de socorro, estas dos palabras pintadas en blanco sobre la negra borda: *María Josefa.*

„Escalé el cadáver del buque por su lado más bajo y una vez en el puente, penetré en su interior. La claridad, penetrando por las escotillas y por las hendiduras de los flancos, iluminaba tristemente aquellas bodegas largas y sombrías, llenas de derribados maderos. No se veía allí dentro sino arena que servía de suelo á aquel subterráneo de tablones.

„Me puse á tomar nota acerca del estado del bu-

que. Me había sentado en un barril vacío y roto y escribía á la luz que penetraba por una gran hendidura por la que veía la ilimitada extensión de la playa. Un extraño estremecimiento de frío y de soledad corría por mi cuerpo y dejaba de escribir á veces para escuchar el ruido vago y misterioso del casco, ruido de cangrejos que rascaban sus costados con sus ganchudas patas; ruido de mil animalillos del mar instálados ya sobre el buque muerto, y el rumor suave y regular de la polilla que roe sin cesar con su chirrido de barrena todas las maderas viejas que excava y perfora.

„De pronto oí voces humanas á mi lado y dí un salto, como si ante mí surgiera una aparición. Durante un segundo creí, á decir verdad, que iba á ver que se levantaban del fondo del siniestro casco dos ahogados que me contarían su muerte. En muy poco tiempo trepé al puente á fuerza de puños, y entonces ví, de pie en la proa del buque, á un señor alto con tres señoritas, mejor dicho, á un inglesote con tres *mises*. Seguramente que aun experimentaron ellos más miedo que yo al verme aparecer de improviso en el buque abandonado. La más joven de las tres muchachas echó á correr, las otras dos se abrazaron á su padre, y éste abrió la boca, único signo de su emoción.

„—¡Ah! señor, ¿usted es el propietario de este buque?—me dijo al cabo de algunos segundos.

„—Sí, señor.

„—¿Y hay inconveniente en que lo vea?

„—Ninguno.

„Entonces el inglés pronunció una larga frase inglesa, de la cual entendí yo únicamente la palabra *gracisou*, repetida varias veces.

„Como viese que buscaba un lugar por donde subir, le indiqué el mejor, le tendí la mano, subió, y después ayudamos á subir á las tres jóvenes, tranquilas ya. Las tres eran encantadoras, sobre todo la mayor, una rubita de dieciocho años, fresca como una flor, ¡y tan fina, tan linda! A decir verdad, las inglesas parecen tiernos frutos del mar. De aquella cualquiera hubiese dicho que acababa de salir de entre las olas y que sus cabellos conservaban aún el color de la arena. Con su exquisita frescura le recuerdan á uno los delicados colores de las rosadas conchas y de las perlas nacaradas, misteriosas, raras, nacidas en las desconocidas profundidades de los mares.

„Hablaba algo mejor que su padre y nos sirvió de intérprete. Tuve que contar el naufragio con sus menores detalles, que yo inventé, como si hubiese asistido á la catástrofe, y después toda la familia bajó al interior del casco. Tan pronto como hubieron penetrado en aquella sombría galería, iluminada apenas, lanzaron exclamaciones de asombro y de admiración, y casi de repente ví al padre y á las tres hijas con sendos álbums en la mano, álbums que sin duda llevaban ocultos en sus amplios é impermeables vestidos. Inmediatamente empezaron á hacer al mismo tiempo cuatro croquis á lápiz de aquel lugar triste y extraño.

„Se habían sentado unos al lado de otros en una

viga saliente, y los cuatro álbums, apoyados sobre las ocho rodillas, iban cubriéndose de pequeñas líneas negras que debían representar el rasgado vientre del *María Josefa*.

„Al mismo tiempo que trabajaba, la mayor de las jóvenes hablaba conmigo, que continuaba inspeccionando el esqueleto del buque.

„Supe que pasaban el invierno en Biarritz y que habían ido expresamente á la isla de Ré para contemplar aquel navío encallado. Aquellas gentes no tenían nada del orgullo inglés. Eran sencillos y valientes, maniáticos, de esos eternos errantes con los que Inglaterra cubre el mundo. El padre, alto, seco, de rubicunda cara, con patillas bermejas, verdadero *sandwich* animado, magra de jamón con forma de cabeza humana, entre dos almohadillas de pelos; las jóvenes, altas también, en crecimiento aun, secas, excepto la mayor, y lindas las tres, pero sobre todo la de más edad, que tenía un modo tan gracioso de hablar, de cantar, de reir, de comprender y de no comprender, de levantar los ojos para interrogarme, ojos azules como el agua profunda, de interrumpir su dibujo para adivinar, de reanudar su trabajo, y de decir *yes* ó *no*, que hubiera permanecido indefinido tiempo oyéndola y mirándola, cuando de pronto murmuró:

„—Yo siento un pequeño movimiento en este buque.

"Presté atención y percibí en seguida un leve ruido extraño y continuo. ¿Qué era aquello? Me levanté para ir á mirar por la hendidura y lancé un grito

agudo. La mar estaba ya próxima é iba á rodearnos.

„Inmediatamente nos trasladamos al puente, pero ya era tarde. El agua nos cercaba y corría hacia la costa con prodigiosa velocidad; pero no, aquello no era correr, era deslizarse, era arrastrarse, extenderse como desmesurada mancha. Apenas cubría la arena algunos centímetros de agua, pero ya no se veía la línea fugitiva de la imperceptible ola.

„El inglés quiso arrojarse fuera del buque pero yo le contuve. La huida era imposible á causa de las profundas marismas que habíamos tenido que evitar á la ida y en las cuales caeríamos seguramente al volver.

„Aquel momento fué para nuestros corazones de horrible angustia, y al cabo de él la inglesita murmuró sonriéndose:

„—Ahora ser nosotros los náufragos.

„Yo quise reirme, pero no me lo permitió el miedo, un miedo cobarde, espantoso, bajo y solapado como aquella ola. En un instante se representaron en mi mente todos los peligros que nos amenazaban y sentía deseos de gritar: "¡Socorro!„ Pero ¿á quién?

„Las dos inglesitas se habían arrimado á su padre, que miraba con consternados ojos la desmesurada mar que nos rodeaba.

„Y la noche se echaba encima, se echaba encima con la misma rapidez con que el Océano crecía, una noche perversa, húmeda, helada.

„—No hay más remedio que permanecer sobre el casco—dije.

„—¡Oh! *Yes*—me respondió el inglés.

„Y permanecimos allí un cuarto de hora, media hora, no sé cuánto tiempo, contemplando en torno nuestro aquellas aguas amarillas que se extendían, daban vueltas y parecían hervir y jugar sobre la inmensa playa reconquistada.

„Una de las jóvenes tuvo frío, y entonces se nos ocurrió la idea de volver á bajar para ponernos al abrigo de la brisa tenue pero fría, que heló nuestros cuerpos, amoratándonos la piel.

„Yo me incliné hacia la escotilla, y como viese que el buque estaba lleno de agua, inicié la idea de resguardarnos en la parte de popa.

„En aquel momento nos envolvían las tinieblas y permanecimos pegados unos á otros, rodeados de sombras y de agua. Yo sentía temblar junto á mi espalda, la espalda de mi inglesita, cuyos dientes castañeteaban á veces; sentía también el suave calor de su cuerpo á través de la ropa, y aquel calor me era delicioso como un beso. No hablábamos ya; permanecíamos en silencio, inmóviles, mudos, como animales acurrucados en un foso á la hora del huracán. Y sin embargo, á pesar de todo, no obstante la noche, no obstante el terrible y creciente peligro, empezaba á sentirme satisfecho de estar allí, contento del frío y del peligro, feliz en aquellas largas horas de sombra y de angustia pasadas sobre los restos del buque, tan cerca de aquella joven linda y hermosa.

„Yo me preguntaba por qué sentía esta extraña sensación de bienestar y de alegría.

„¿Por qué? ¿Quién lo sabe? Porque estaba ella allí. ¿Y quién era ella? ¿Una inglesita desconocida? Yo no la amaba, no la conocía, y me sentía enternecido, conquistado. Hubiera querido salvarla, sacrificarme por ellos, hacer mil locuras. ¡Cosa extraña! ¿Por qué la presencia de una mujer nos trastorna de este modo? ¿es el poder de su gracia que nos avasalla? ¿Es la seducción de la belleza y de la juventud que nos embriaga como el vino?

„¿No será más bien una especie de tacto del amor, del misterioso amor que procura siempre unir á los seres, que ensaya su poder tan pronto como pone al hombre enfrente de la mujer y que los penetra de emoción, de una emoción confusa, secreta, profunda, como se empapa la tierra para hacer brotar las flores?

„Pero el silencio en medio de las tinieblas se hacía espantoso y nos permitía oir en torno nuestro de una manera vaga un murmullo ligero, infinito, el rumor del mar sordo que crecía y el monótono golpear de la corriente contra el buque.

„De pronto oí sollozos. La inglesita más pequeña lloraba. Entonces su padre quiso consolarla y se pusieron á hablar en su idioma, que yo no comprendía, no obstante lo cual adiviné que la tranquilizaba, sin lograr por eso ahuyentar su miedo.

„—¿Tiene usted mucho frío, miss?—le pregunté á mi vecina.

„—¡Oh! sí, tener mucho frío.

„Quise darle mi capa, y ella la rehusó; pero ya me la había quitado y la había tapado con ella á pesar suyo. En medio de nuestra corta lucha tropecé con su mano, que hizo pasar por mi cuerpo un delicioso estremecimiento.

„Hacía algunos minutos que el aire había refrescado. Los choques del agua contra los flancos del navío se hacían más fuertes. Me levanté, pues una gran ráfaga acababa de herir mi rostro. El viento arreciaba cada vez más.

„El inglés lo notó al mismo tiempo que yo, y dijo con sencillez:

„—Malo ser para nosotros este...

„Y tan malo; como que era la muerte segura si las olas, por débiles que fuesen, llegaban á atacar el casco tan agrietado y deshecho, que al primer golpe podía quedar destrozado.

„Entonces nuestra angustia creció por momentos á medida que las ráfagas se iban haciendo más fuertes. En aquel instante, el mar se embraveció un poco y se veían aparecer y desaparecer en las tinieblas líneas blancas, líneas de espuma; mientras que cada ola que chocaba contra el casco del *María Josefa*, producía un ligero crujido que nos llegaba al corazón.

„La inglesa temblaba, y yo, notando su temblor, sentía locos deseos de estrecharla entre mis brazos.

„Allá lejos, delante de nosotros, detrás, á la derecha y á la izquierda brillaban en las costas, faros blancos, amarillos, rojos, cambiantes, semejantes á enormes ojos, á ojos de gigante que nos miraban,

nos acechaban, y esperaban ávidamente nuestra desaparición. Uno de ellos me irritaba sobre todo, uno que se apagaba cada treinta segundos para encenderse en seguida, un verdadero ojo con su párpado velando sin cesar con su mirada de fuego.

„De vez en cuando, el inglés encendía una cerilla para mirar la hora, y volvía á guardar el reloj en el bolsillo. De pronto me dijo con soberana gravedad por encima de la cabeza de sus hijas:

„—Señor, le deseo á usted un buen año nuevo.

„Eran las doce de la noche. Le tendí la mano, que él estrechó pronunciando una frase inglesa, y de pronto sus hijas y él rompieron á cantar el: *God save the Queen!* que se elevó en medio del espacio obscuro y del aire mudo, evaporándose en el infinito.

„Al principio sentí ganas de reir: pero luego se apoderó de mí una extraña y profunda emoción.

„Aquel canto de náufragos, de condenados tenía algo de siniestro y severo, era algo así como una plegaria ó algo más grande comparable al antiguo y sublime *Ave, César, morituri te salutant!*

„Cuando acabaron, yo rogué á mi vecina que cantase sola una balada, una leyenda, lo que quisiera, para hacernos olvidar nuestras angustias, y atenta en seguida á mi ruego, empezó á entonar en medio de la noche con su voz clara y fresca una canción que debía ser cosa triste, sin duda, porque las notas eran prolongadas, salían lentamente de su boca y se cernían como pájaros heridos sobre la inmensidad de las olas.

„La mar crecía y golpeaba los restos del naufragio. Yo, pensaba en aquella voz, y pensaba también en las sirenas. Y si una barca pasase por nuestro lado ¿qué hubieran dicho los marineros? Mi espíritu, atormentado, se sumía en extraños sueños. ¡Una sirena! En efecto, ¿no era una verdadera sirena que me había retenido sobre aquel derruído casco del buque y que iba á hundirse conmigo en las olas?

„A poco, los cinco rodamos bruscamente hasta el puente. El *María Josefa* se había recostado sobre su flanco derecho. La inglesa había caído sobre mí y yo la había estrechado locamente entre mis brazos sin saber, sin darme cuenta, y creyendo llegada mi última hora, besaba á mi placer sus mejillas, sus sienes, sus cabellos. El buque no se movía ya y nosotros tampoco.

„El padre dijo: "Kate„, y la que yo tenía abrazada respondió *yes*, é hizo un movimiento para desprenderse de mí.

„A decir verdad ,en aquel instante hubiera querido que el buque se partiese en dos, para hundirse en el mar con ella.

„—Un pequeño balanceo, no ser nada,—repuso el inglés.—Estar mis tres hijas salvadas.

„Como no veía á la primera, creyó en un principio que la había perdido.

„Yo me levanté muy despacio y de pronto ví una luz en el mar muy próxima á nosotros. Grité y nos respondieron. Era una barca que nos buscaba, pues

el dueño de la fonda había previsto nuestra imprudencia.

„Estábamos salvados y yo lo sentí de veras. Los marineros nos recibieron á bordo y nos llevaron á San Martín. Por el camino el inglés se frotaba las manos y murmuraba:

„—Esperarnos buena cena, buena cena.

„En efecto, cenamos; pero yo no estuve contento, echaba de menos el *María Josefa*.

„Al día siguiente, después de muchos abrazos y con la promesa de escribirnos, nos separamos. Ellos se fueron á Biarritz y poco faltó para que yo no fuese detrás de ellos.

„Estaba tocado de la cabeza; me sentía inclinado á pedir la mano de aquella muchacha. Si hubiéramos pasado ocho días juntos, seguramente que me hubiese casado con ella. ¡Cuán débil é incomprensible es á veces el hombre!

„Transcurrieron dos años sin que oyese hablar de mis ingleses, y al cabo de este tiempo recibí una carta de Nueva York. Se había casado y me lo decía. Desde entonces nos hemos escrito todos los años el día 1.° de Enero. Ella me cuenta su vida, me habla de sus hijos, de sus hermanos, nunca de su marido. ¿Por qué? ¡Ah! ¡por que!... y yo, no le hablo más que del *María Josefa*... Es tal vez la única mujer á quien yo he amado... es decir, á quien hubiera amado... ¡Ah! ¿quién sabe? así es el mundo... Los acontecimientos le arrastran á uno... y después... después... todo pasa... Ahora debe estar vie-

ja... ya no la conocería... ¡Ah! la de antes... la del buque encallado, la del buque náufrago... ¡qué criatura tan divina!... Me dice que ya tiene los cabellos blancos... ¡Dios mío!... ¡Esto me causa profunda pena! ¡Ah! ¡aquellos cabellos rubios!... No, la mía no existe ya... Pero ¡qué triste es todo esto!

ROSALÍA PRUDENTE

Rosalía Prudente

A decir verdad, había en aquel asunto un misterio que ni los jurados, ni el presidente, ni el mismo fiscal podían comprender.

La joven Rosalía Prudente, sirviente en casa de los esposos Varambot, de Mantes, habiendo quedado embarazada sin que sus amos lo supiesen, dió á luz por la noche en su buhardilla, y mató y enterró después á su hijo en el jardín.

Era la historia vulgar de todos los infanticidios realizados por las criadas. Pero una circunstancia resultaba en este hecho inexplicable. Las pesquisas efectuadas en el cuarto de la joven Rosalía habían dado por resultado el descubrimiento de una canastilla completa de recién nacido, hecha por Rosalía misma, la cual había perdido parte de la noche durante tres meses, para cortar y coser las distintas prendas. El tendero en cuya casa había comprado las bujías para alumbrarse durante este largo traba-

jo, se había presentado á declarar como testigo. Además, estaba confirmado que la partera del país, conocedora del estado de Rosalía gracias á sus propias declaraciones, la había dado todos los consejos prácticos para el caso de que el accidente ocurriese en un momento en que fuese imposible la asistencia. Por otra parte, la partera había buscado una plaza en Poissy para la joven Rosalía, que preveía ya que la despidiesen, pues los esposos Varambot no transigían en cuestiones de moral.

Ambos, marido y mujer, pequeños propietarios de provincias, estaban asistiendo al juicio oral, desesperados por este percance que había mancillado su casa; hubieran querido ver que guillotinaban á aquella joven en seguida, sin juzgarla siquiera, y la agobiaban con odiosas declaraciones que tenían en sus labios el carácter de verdaderas acusaciones.

La culpable, hermosa muchacha de la Normandía, baja y bastante instruida, dada su humilde condición, lloraba sin cesar y no respondía nada.

Se veía uno inducido á creer que la joven había realizado aquel acto bárbaro en un momento de desesperación y de locura, puesto que todo indicaba que había tenido intención de conservar y educar á su hijo.

El presidente intentó una vez más hacerla hablar para arrancarla la confesión del hecho, y habiéndola instado á ello cariñosamente, le hizo al fin comprender que todos aquellos hombres, reunidos para juzgarla, no deseaban su muerte, sino que, por el contrario, hasta podían llegar á compadecerla.

Entonces la joven se decidió.

—Vamos á ver, dígame usted, ante todo, quién es el padre del niño—le preguntaba el presidente.

Hasta entonces, Rosalía lo había callado obstinadamente; pero de pronto, dirigiendo una mirada á sus amos, que acababan de calumniarla cruelmente, respondió:

—Es don José, el sobrino del señor Varambot.

Al oir esto los dos esposos, sintieron la más desagradable sorpresa y exclamaron á la vez:

—¡Es falso! ¡miente! ¡eso es una infamia!

El presidente les hizo callar y repuso:

—Continúe usted y díganos cómo ocurrió el hecho.

Entonces la joven empezó á hablar copiosamente, aliviando su oprimido corazón, herido y solitario, vaciando su pena y sus pesares, ante aquellos hombres severos á quienes había tomado hasta entonces por enemigos, por jueces inflexibles.

—Sí, ha sido don José Varambot, cuando vino con licencia el año pasado.

—¿A qué se dedica don José Varambot?

—Es segundo teniente de artillería, señor. Permaneció dos meses en la casa, los dos meses de verano. Yo no pensaba en nada, cuando él empezó á mirarme, á hacerme zalamerías y á requebrarme todo el santo día. Yo, señor, me rendí á él. El me repetía que era muy guapa, muy simpática, que le gustaba mucho... Y á mí esto me agradaba, ¿por qué negarlo?... ¿Qué quiere usted? Cuando se está sola... completamente sola... como yo, se oyen con gusto estas cosas. Yo soy sola en el mundo, señor... ¡No tengo á

nadie á quien hablar, á quien contar mis penas! No tengo padre, ni madre, ni hermanos, ni hermanas, ¡no tengo á nadie! Y cuando él empezó á hablarme, me pareció un hermano que hubiera resucitado. Una noche me rogó que fuese á orillas del río para hablar allí sin que nos oyesen... Y yo fuí... Después... me cogió por la cintura... Yo no quería, no... Pero no pude... Hacía un tiempo agradable, había una luna hermosa y yo sentía ganas de llorar... Pero no pude, no, lo juro... no pude... y él hizo de mí lo que quiso... Aquello duró tres semanas, todo el tiempo que él estuvo en casa. Después se marchó... yo le hubiera seguido hasta el fin del mundo... No sospechaba siquiera mi embarazo, y no lo noté hasta un mes después...

Esto diciendo, la joven rompió á llorar de tal modo, que hubo que darla tiempo para que se tranquilizase.

—Vamos, continúe usted—repuso á poco el presidente con tono de padre confesor.

La joven continuó su relato del siguiente modo:

—Cuando ví que estaba embarazada, fuí á consultar á la señora Boudín, la comadrona, que ahí está presente para decirlo, y la pedí consejos para el caso de que la cosa llegase sin estar ella. Después, fuí preparando mi canastilla poco á poco, trabajando todas las noches hasta la una, y luego busqué otra casa, porque tenía la seguridad de que sería despedida; pero quería permanecer el mayor tiempo posible para ahorrar algún dinero, toda vez

que tenía poco y había de hacerme falta para la criatura...

—¿De modo que no quería usted matarla?

—¡Oh! no, señor, de ningún modo.

—Pues ¿por qué la mató?

—Ya verá usted. La cosa vino antes de lo que yo creía y me cogió en la cocina cuando acababa de fregar. Los señores Varambot dormían ya. Entonces subí con gran trabajo, cogiéndome á la barandilla de la escalera y me eché en el suelo, sobre los ladrillos para no manchar la cama. Aquello duraría una hora ó dos; no sé ¡tantos dolores sentía! Yo lo empujé con todas mis fuerzas, sentí que salía y lo recogí. ¡Oh! qué contenta me puse. Había hecho todo lo que me había dicho la señora Boudin, todo. En seguida lo puse en mi cama; pero de pronto sentí un vivo dolor, un dolor mortal. Si ustedes supiesen lo que es esto créanme que no harían otro tanto. Caí primero de rodillas, después de espaldas, sintiendo que se repetían mis dolores, dolores que soporté sola por espacio de una hora ó dos, y luego salió otra, sí, otra criatura, dos, como lo digo. La cogí como la primera y la puse sobre la cama al lado de la otra... ¡Dos hijos! digan ustedes, ¿era esto posible? ¡con dos hijos yo que sólo gano veinte francos al mes! Digan ustedes, ¿era esto posible? Uno sí podía sostenerlo, privándome de todo... pero dos, no. Aquello me trastornó la cabeza. ¡Qué sé yo lo que pasó en mí! ¿Qué haría? Me consideré perdida. No sé lo que hice. Cogí la almohada, pensando en que no podía conservar á las dos criaturas, la puse encima y me

acosté sobre ella. Después seguí dando vueltas en la cama y llorando hasta que vi penetrar la claridad del día por la ventana. Dicho se está que las dos habían muerto ahogadas bajo la almohada. Entonces las cogí bajo el brazo, bajé la escalera, salí al huerto, tomé el azadón del jardinero y las enterré lo más hondo que pude, cada una en un sitio, separadas, para que no hablasen de su madre si es que los muertos hablan... En seguida me fuí á la cama y me sentí tan mal que no pude levantarme. Cuando vino el médico, lo adivinó todo. Esta es la verdad, señor juez. Ahora hagan ustedes de mí lo que quieran, que á todo estoy dispuesta.

La mitad de los jurados se sonaban la nariz á cada momento para no llorar y las mujeres sollozaban entre el público que asistía al juicio.

El presidente la preguntó:

—¿En qué sitio enterró usted al otro?

—¿Cuál es el que ustedes tienen? —preguntó la joven.

—El que... estaba... junto al alcachofal.

—¡Ah! sí. El otro está en el fresal, junto al pozo— exclamó llorando con tanta pena que partía el corazón.

La joven Rosalía Prudente fué absuelta.

ACERCA DE LOS GATOS

Señorita Perla

Acerca de los gatos

I

Cabo de Antibes.

El otro día, sentado al sol en un banco delante de mi puerta, ante una canastilla de floridas anémonas, leía un libro de Jorge Duval, recientemente publicado; un libro honesto, cosa rara y chocante, *El Tonelero*. Un gatazo blanco, propiedad del jardinero, saltó sobre mis rodillas y al saltar cerró el libro, que dejé á mi lado para acariciar al animal.

Hacía calor. Un perfume de flores nuevas, perfume todavía suave, intermitente y tenue, impregnaba el aire agitado á veces por fríos soplos llegados de aquellas altas y blancas cimas que yo percibía en lontananza.

Pero el sol era ardiente, agudo, uno de esos soles que penetran la tierra dándola vida, que hiende los granos para animar sus adormecidos gérmenes y los brotes para dar salida á las hojas nuevas. El gato se

revolcaba en mis rodillas tumbado patas arriba, abriendo y cerrando sus afiladas uñas, enseñando bajo sus labios los puntiagudos dientes y por la abertura entornada de sus párpados sus ojos verdes. Yo acariciaba y manoseaba al animal flexible y nervioso, suave como una tela de seda, manso, caliente, grato y peligroso á la vez. El gato gruñía arrebatado y dispuesto á morder, pues á la raza felina le gusta tanto arañar como ser acariciada. El felino estiraba su ondulante cuello y cuando yo dejaba de tocarle, se erguía y colocaba su cabeza bajo mi mano.

Yo lo enervaba y él me enervaba, pues amo y detesto á la vez á esos pérfidos y encantadores animales. Siento placer en tocarlos, en pasar mi mano por su sedosa piel y en sentir el calor de aquel pelo, de aquello fino y exquisito abrigo. Nada es más suave, nada comunica á la piel una sensación más delicada, más refinada, ni más rara que la tibia y vibrante piel de un gato.

Esta envoltura comunica á mis dedos un extraño y feroz deseo de estrangular al animal que acaricio, siento en mí el deseo que él tiene de morderme y arañarme y este deseo lo siento y lo explico como un fluido que él me comunica y que yo recibo por la punta de mis dedos de aquel pelo caliente, y que sube y sube á lo largo de mis nervios y á través de mis miembros hasta mi corazón y hasta mi cabeza invadiendo todo mi sér y haciéndome apretar los dientes. Y siempre, siempre en las puntas de mis

diez dedos, siento el cosquilleo vivo y ligero que se apodera de mí y me invade.

Y si la fiera se insinúa, si me muerde, si me araña, la cojo por el cuello. la hago dar vueltas y la lanzo á distancia como la piedra de una honda, tan rápida y tan brutalmente, que nunca le doy tiempo para vengarse.

Recuerdo que siendo niño me gustaban los gatos y sentía súbitos deseos de estrangularlos entre mis manitas, y que un día, en el extremo del jardín á la entrada del bosque, ví de pronto una cosa gris que se revolcaba entre la hierba. Me aproximé para apreciar mejor el hecho y entonces noté que era un gato estrangulado, en el estertor de la agonía, un gato moribundo que había caído en un lazo. El animal se retorcía, arrancaba la tierra con sus uñas, saltaba, volvía á caer inerte, y después reanudaba la lucha y su respiración ronca y ahogada producía un ruido especial, un ruido espantoso que aun me parece oir.

Hubiera podido coger una azada y romper el lazo; hubiera podido ir en busca del criado ó á prevenir á mi padre; pero no, no me moví, y con el corazón palpitante le ví morir con cruel y vibrante goce: ¡era un gato! Si hubiera sido un perro, hubiera roto el alambre de cobre con los dientes antes que consentir que sufriese un instante más.

Cuando estuvo muerto, bien muerto y todavía caliente, aun fuí á martirizarlo y á tirarle de la cola.

II

Y sin embargo son deliciosos, deliciosos sobremanera, porque cuando se les acaricia, se rozan contra nuestra carne haciendo *rom, rom*, revolcándose sobre nosotros y mirándonos con sus amarillos ojos, que parecen no vernos nunca, se nota perfectamente la inseguridad de su ternura y el pérfido egoismo de su placer.

También hay mujeres que nos producen esta sensación, mujeres encantadoras, cariñosas, de falsos y claros ojos que nos han elegido para rozarse con nosotros entregadas al amor. Junto á ellas, cuando abren sus brazos, brindando los labios, cuando uno las estrecha con el corazón palpitante, cuando se gusta el placer sensual y sabroso de su delicada caricia, se adivina perfectamente que se tiene entre los brazos á una gata, una gata con uñas y dientes, á una gata pérfida, taimada, amorosa, enemiga que morderá cuando esté cansada de besos.

A todos los poetas les han gustado los gatos. Baudelaire los ha cantado divinamente en aquel conocido y admirado soneto que dice:

"Los ardientes enamorados y los sabios austeros, aman igualmente en la edad madura esos mansos gatazos, orgullo de la casa, que son como ellos sedentarios y frioleros. Amigos del misterio y de la voluptuosidad buscan el silencio y el horror de las tinieblas. El Erebo los tomara por sus corceles fúnebres, de poderse domar su fiereza. Toman, cuando dormitan, aquellas nobles actitudes de las grandes esfinges que estiradas en medio de las soledades, parecen aletargadas en un sueño sin fin. Los fecundos lomos están repletos de mágicas chispas, y partículas de oro, finas como la arena, relucen vagamente en sus pupilas misteriosas."

III

Yo gocé un día de la extraña sensación de haber vivido en el palacio encantado de la Gata blanca, un castillo mágico donde reinaba uno de esos animales ondulantes, misteriosos, conmovedores, el único quizá de los seres á quien nunca se les oye andar.

Era el verano pasado, en esta misma costa del Mediterráneo.

Hacía un calor atroz en Niza y yo pregunté á los naturales del país si no tenían en la montaña ó en un valle fresco, algun sitio adonde se pudiese ir á respirar.

Me indicaron el valle de Thorene y quise verlo.

Era necesario primero pasar por Grasse, la villa de los perfumes, de la cual hablaré algun día para contar como se fabrican esas esencias y quintesencias de flores que valen hasta dos mil francos el litro. Pasé la tarde y la noche en una vieja fonda de la villa, modesto albergue donde la calidad de los

alimentos es tan dudosa como la limpieza de las habitaciones, y por la mañana reanudé mi viaje.

El camino se internaba en plena montaña, costeando profundos barrancos dominados por estériles, puntiagudos y salvajes picos. Me preguntaba qué extraña mansión de verano me habían indicado allí y dudaba de permanecer ó volverme á Niza aquella misma noche, cuando ví de pronto ante mí, sobre una prominencia que parecía interceptar todo el valle, unas inmensas y admirables ruinas, cuyas torres y derruidos muros se perfilaban sobre el cielo; toda una extraña arquitectura de ciudadela muerta. Se trataba de una antigua encomienda de Templarios que gobernaba en otro tiempo el país de Thorene.

Dí la vuelta á aquella prominencia y descubrí de pronto un largo valle verde, fresco y apacible.

En el fondo praderas, aquí corriente y sauces; y en las vertientes abetos que se elevaban hasta el cielo.

En frente de la encomienda, del otro lado del valle, pero más bajo, se levanta un castillo habitado, el castillo de las Cuatro Torres, que fué construído hacia el año 1530, aunque no se ve en él aun ninguna huella del Renacimiento.

Es un edificio pesado y fuerte, cuadrado, de aspecto sólido, y como su nombre indica franqueado por cuatro torres guerreras.

Yo llevaba una recomendación para el propietario de esta morada, el cual no me dejó ir á la fonda.

Todo el valle, delicioso, en efecto, es una de las

residencias de verano más encantadoras con que un hombre puede soñar. Después de comer me paseé hasta la noche y luego subí á la habitación que me habían señalado.

Atravesé primero una especie de salón cuyas paredes están tapizadas de cuero antiguo de Córdoba; y después otra pieza donde ví rápidamente en las paredes, al resplandor de mi bujía, retratos antiguos de damas, cuadros de esos que hacía decir á Teófilo Gautier:

"Me gusta veros, en vuestros marcos ovalados, retratos amarillentos de hermosas del tiempo viejo, luciendo en la mano rosas, pálidas como todas las flores centenarias.„

Después entré en el cuarto en que estaba dispuesta mi cama.

Cuando estuve sólo examiné mi dormitorio detenidamente. Estaba tapizado de telas antiguas pintadas, en las que se veían torreones rojos en el fondo de paisajes azules y pajarracos fantásticos bajo follajes de piedras preciosas.

Mi tocador se hallaba en una de las torrecillas.

Las ventanas, anchas en el interior del cuarto y estrechas por su salida á la luz, pues atravesaban todo el espesor de los muros, no eran en realidad sino aspilleras, troneras de aquellas por donde se mataba á los hombres. Después de examinarlo todo, cerré la puerta, me acosté y me dormí.

Y soñé; siempre se sueña algo de lo que se ha hecho durante el día. Viajaba y entraba en una posada donde veía sentados á la mesa, ante el fuego, á un

criado de librea y á un albañil, extraña sociedad que no me causó asombro alguno. Aquellas gentes hablaban de Víctor Hugo, que acababa de morir, y yo tercié en su conversación. Por fin fuí á acostarme á un cuarto cuya puerta no cerraba. De pronto ví al criado y al albañil, armados de ladrillos, que se encaminaban muy despacito hacia mi cama.

Me desperté bruscamente y necesité algunos instantes para reponerme. Después recordé los acontecimientos de la víspera, mi llegada á Thorene; la amable acogida del dueño del castillo... Iba á cerrar de nuevo los ojos cuando ví, sí, ví en la sombra, en medio de la obscuridad de la noche, en el centro de mi cuarto y á la altura de la cabeza de un hombre, poco más ó menos, dos ojos de fuego que me miraban.

Cogí una cerilla, y mientras que la frotaba oí un ruido, un ruido ligero, blando como el producido por la caída al suelo de ropa húmeda, y cuando hube encendido luz no ví ya nada más que una gran mesa en medio de la habitación.

Me levanté, registré las dos habitaciones, miré debajo de mi cama, abrí los armarios, nada.

Creí, pues, que tal vez habría seguido soñando despierto y me volví á quedar dormido, aunque no sin trabajo.

Volví á soñar, y esta vez viajaba también, pero viajaba por Oriente, por el país que me encanta. Y llegaba á casa de un turco que vivía en pleno desierto. Era un turco soberbio; no un árabe, sino un turco gordo, amable, simpático, vestido como todos

ellos, con un turbante y todo un almacén de sederías al hombro, un verdadero turco del Teatro Francés, que me obsequiaba ofreciéndome dulces tumbado sobre un delicioso diván.

Después un negrito me conducía á mi cuarto (todos mis sueños acababan, pues, de este modo), un cuarto azul celeste, perfumado, alfombrado con pieles de animal, y, ante el fuego (la idea del fuego me perseguía hasta el desierto), sentada en una silla baja, una mujer vestida apenas, me esperaba.

Tenía el tipo oriental más puro, lunares en las mejillas, en la frente y en la barba, ojos inmensos, cuerpo admirable, un poco moreno, pero de un moreno ardiente é incitante.

Me miraba, y pensaba yo:

—Así es cómo comprendo la hospitalidad. Seguramente no sería así como recibirían nunca á un extranjero en nuestros estúpidos países del Norte, de tanta gazmoñería, de pudor odioso, de moral imbécil.

Me aproximé á ella y la hablé, pero me respondió por señas, porque no sabía una palabra de mi lengua que tan bien hablaba el turco su amo.

Muy feliz porque ella guardaría silencio, la tomé de la mano, la conduje á mi cama, y me acosté á su lado... pero, ¡en estos momentos siempre acostumbra uno despertar!... y así me pasó á mí, siendo no pequeña mi sorpresa al sentir bajo mi mano algo caliente y suave que yo acariciaba con amor.

Una vez despejadas mis ideas, reconocí que aquello era un gato, un gatazo recostado contra mi mejilla que dormía con toda confianza. Lo dejé á mi lado y una vez más me volví á quedar dormido.

Cuando amaneció, se había marchado ya y yo creí de veras que había soñado, pues no comprendía cómo un gato había podido entrar y salir en mi cuarto estando la puerta cerrada con llave.

Cuando le conté mi aventura (no toda entera) á mi amable castellano, éste se echó á reir, y me dijo:

—Ha entrado por la gatera.

Y levantando una cortina me enseñó en la pared un agujero negro y redondo.

Y entonces supe que casi todas las moradas antiguas de aquel país tienen también largos y estrechos pasillos á través de los muros que van de la bodega al granero, del cuarto de la criada al cuarto del señor, y que hacen del gato el rey y el dueño de la mansión.

Circula á su antojo, visita á placer sus dominios, puede acostarse en todas las camas, verlo y oirlo todo, conocer todos los secretos, todas las costumbres y todas las vergüenzas de la casa. El animal que anda sin ruido, el silencioso rondador, paseante nocturno de las paredes huecas está siempre en su casa y puede entrar en todas partes.

Y pensé en aquellos versos de Baudelaire: que pintar al gato como "espíritu familiar de la casa, hada ó Dios que dentro de sus dominios todo lo conoce, todo lo preside, todo lo denuncia„.

SALVADA

Salvada

I

La marquesita de Renedón entró como una bala que perfora un vidrio, y empezó á reirse antes de hablar, á reirse hasta llorar, como lo había hecho un mes antes anunciando á su amiga que había engañado al marqués por vengarse, nada más que por vengarse y sólo una vez, y esto porque era, á decir verdad, demasiado estúpido y demasiado celoso.

La baronesita de Grangerie había arrojado sobre el canapé el libro que leía y miraba á Anita con curiosidad y riéndose también.

Por fin la preguntó:

—¿Pero qué es lo que has hecho?

—¡Oh querida mía!... querida mía... es muy chistoso... ¡muy chistoso!... figúrate... estoy salvada... ¡salvada!...

—¿Cómo salvada?

—Sí, ¡salvada!

—¿De quién?

—De mi marido, querida, ¡salvada! ¡Desencadenada! ¡libre! ¡libre! ¡libre!

—¿Cómo libre?

—¡Oh, el divorcio!

—¿Estás divorciada?

—¡Qué tonta eres! todavía no. ¿Crees que se divorcia una en tres horas? Pero tengo pruebas... pruebas... de que me engaña... figúrate, en flagrante delito... en flagrante delito...

—¡Oh! ¡oh! cuéntame eso. ¿De modo que te engañaba?

—Sí... es decir, no... digo, si y no... no sé. En fin, lo esencial es que tengo pruebas.

—¿Qué has hecho para tenerlas?

—¿Qué he hecho? ¡Oh! he sido lista, extraordinariamente lista. Hacía tres meses que se había vuelto aborrecible, completamente aborrecible, brutal, grosero, despótico, innoble, en fin. Entonces me dije: Esto no puede durar, tengo que divorciarme. ¿Pero cómo? La cosa no es fácil. Intenté hacer que me pegase, pero no quiso, me contrariaba todo el día, me obligaba á salir cuando no quería, á quedarme en casa cuando deseaba comer fuera y hacía mi vida insoportable desde el principio al fin de la semana, pero no me pegaba.

„Entonces procuré saber si tenía alguna querida. En efecto, tenía una, pero tomaba mil precauciones para ir á su casa y era imposible sorprenderles juntos. Entonces, ¿á ver si adivinas lo que hice?

—No adivino.

—¡Oh! no lo adivinarías nunca. Rogué á mi hermano que me procurase una fotografía de esa muchacha.

—¿De la querida de tu marido?

—Sí. Le costó á Santiago quince luises, el gasto de una noche desde las siete hasta las doce, incluída la cena, ó sea á razón de tres luises por hora, y encima le sacó la fotografía.

—Me parece que hubiera podido obtenerla empleando una astucia cualquiera y... sin necesidad de tomar al mismo tiempo el original.

—¡Oh! como es bonita, el lance no le desagradaba á Santiago. Por otra parte yo necesitaba detalles físicos de su talle, de su pecho, del color de su cara, en fin, de mil cosas.

—No lo entiendo.

—Ya verás. Cuando supe todo lo que deseaba saber me fuí á casa de un... ¿cómo diría?... de un hombre de negocios... ya sabes... de uno de esos hombres que hacen negocios... de todas clases... Agentes de .. de publicidad y complicidad... uno de esos... en fin, ya me entiendes.

—Sí, casi, casi. ¿Y qué le digiste?

—Le dije enseñándole la fotografía de Clarisa (se llama Clarisa): "Caballero, necesito una sirvienta que se parezca á esta. La quiero bonila, elegante, fina, limpia. Le pagaré lo que me pida, aunque me cueste diez mil francos. No la necesitaré más que por tres meses.„

Aquel hombre parecía asombrado y me preguntó: "¿La señora desea una mujer intachable?„

Yo me ruboricé y le respondí:

—En cuanto á probidad, sí.

—¿Y en cuanto á costumbres?—me preguntó.

No me atreví á contestar y me limité á hacer un movimiento de cabeza que quería decir: no. Después, comprendí de pronto que aquel hombre había concebido una horrible sospecha, y exclamé perdiendo la serenidad: "¡Oh! caballero... es para mi marido... que me engaña... que me engaña fuera de casa... y yo quiero... que me engañe en ella... ¿comprende usted?... se trata de sorprenderle.„

Entonces el agente se echó á reir y yo conocí por sus miradas que me había devuelto su estimación, y que hasta me juzgaba muy ingeniosa. Hubiera apostado cualquier cosa á que en aquel momento sentía deseos de estrecharme la mano.

"—Señora—me dijo—dentro de ocho días tendrá usted lo que desea. Podremos cambiar de persona si es preciso. Yo respondo del éxito y no pagará usted nada hasta después de conseguir el resultado. ¿De modo que esta fotografía es la de la querida de su señor marido?„ " Sí, señor.„—"¡Muy guapa! ¡Una delgada que engaña!¿Y qué perfume desea usted?„ —Yo no comprendía y repetí: "¿Cómo, qué perfume?„—El se sonrió y repuso:—"Sí, señora, el perfume es esencial para seducir á un hombre, puesle inspira recuerdos inconscientes que le disponen para la acción; el perfume establece confusiones obscuras en su ánimo, le turba y le enerva recordándole sus placeres. Sería preciso averiguar también lo que acostumbra comer su señor marido cuando va con esa señora y así podría servirle los mismos platos la noche en que trate

de sorprenderle. ¡Oh! le tenemos cogido, señora, ¡completamente cogido!„

Salí de allí encantada, había dado con un hombre verdaderamente hábil.

II

Tres días después se presentó en mi casa una muchacha alta, morena, muy guapa, de aire modesto y desenvuelto á la vez, un aire singular de muchacha corrida. Estuvo muy respetuosa conmigo. Como ya sabía yo quien era la llamé "señorita„ y entonces ella me dijo: "¡Oh! puede la señora llamarme sencillamente Rosa.„ Y empezamos á hablar.

—Bueno, Rosa, ¿sabe usted ya á lo que viene aquí?

—Lo sospecho, señora.

—Muy bien, hija, y... ¿no tendrá usted reparo?...

—¡Oh! señora, este es el octavo divorcio que hago; ya estoy acostumbrada.

—Muy bien. ¿Necesitará usted mucho tiempo para conseguirlo?

—¡Oh! señora, eso depende en absoluto del temperamento del señor. Cuando le haya visto y haya hablado con él cinco minutos, podré responder á la señora con exactitud.

—Lo verá usted en seguida, hija mía. Pero le advierto que no es guapo.

—No importa, señora. He separado ya á tres feos. Pero he de preguntarle á la señora si se ha informado del perfume.

—Sí, mi buena Rosa, la verbena.

—Me alegro, señora, porque me gusta mucho ese olor. ¿Puede decirme también la señora si la querida del señor usa ropa de seda?

—No, hija mía, batista con encajes.

—¡Oh! entonces es una persona distinguida, porque la ropa de seda se va haciendo ordinaria.

—Es verdad.

—Bueno, señora, entonces empezaré mis quehaceres, si le parece.

Y en efecto, inmediatamente empezó á trabajar, como si no hubiera hecho otra cosa en toda su vida.

Una hora después llegó mi marido y Rosa no fijó siquiera sus ojos en él, pero en cambio los fijó él en ella. Rosa trascendía á verbena, y al cabo de cinco minutos se separó de nuestro lado.

—¿Quién es esta muchacha?—me preguntó en seguida mi marido.

—Es una doncella nueva.

—¿Quién te la ha proporcionado?

—La baronesa de Grangerie, que me ha dado muy buenos informes de ella.

—¡Oh! es bastante guapa.

—Le parece á usted...

—Sí... demasiado para doncella.

Yo estaba maravillada, porque veía que ya empezaba á morder el anzuelo.

Aquella misma noche, Rosa me decía:

—Ahora puedo prometer á la señora que no tardaremos quince días. El señor es muy fácil.

—¡Ah! ¿ha hecho usted ya alguna prueba?

—No, señora, pero se ve al primer golpe de vista y se le notan ganas de abrazarme cuando pasa junto á mí.

—¿No le ha dicho aun nada?

—No, señora, únicamente me ha preguntado mi nombre... para oir mi voz.

—Muy bien, Rosa. Vaya usted lo más deprisa que pueda.

—No tema la señora. Sólo resistiré el tiempo necesario para no despreciar mi persona.

Al cabo de ocho días mi marido no salía ya apenas y yo le veía rondar toda la tarde por la casa. Lo más significativo del caso, era que no me impedía ya salir, y yo estaba todo el día en la calle... para... para dejarle libre.

Al noveno día, cuando Rosa me desnudaba, me dijo con aire tímido:

—Señora, ya está hecho... esta mañana.

Yo me quedé algo sorprendida y un tanto emocionada, no por el hecho, sino por la manera como me lo había dicho, y balbuceé:

—Y... ¿ha ido todo... bien?

—¡Oh! Muy bien, señora. Hacía ya tres días que me asediaba, pero no quise ir demasiado aprisa. Ya

me dirá la señora para cuando desea el flagrante delito.

—¡Oh! hija mía... mire usted... dejémoslo para el jueves.

—Sea para el jueves, señora.—Hasta entonces no le haré al señor ninguna concesión á fin de tenerle en espera.

—¿Está usted segura de no errar el golpe?

—¡Oh! sí, señora, segurísima. Voy á excitarle de modo que podrá usted escoger la hora que quiera.

—Las cinco.

—Bien, las cinco, señora; y ¿en dónde?

—Pues... en mi cuarto.

—Convenido, en el cuarto de la señora.

Entonces, querida mía, ya comprenderás lo que hice. Fuí á buscar primero á papá y á mamá, y después á mi tío el presidente Orvelin, y al juez señor Raplet, el amigo de mi marido. No les dije nada de lo que iba á descubrirles. Les hice entrar á todos de puntillas hasta la puerta de mi cuarto y esperé las cinco... las cinco en punto... ¡Oh! ¡cómo me palpitaba el corazón! Había hecho subir también al portero para tener un testigo más. Luego... en el momento en que el reloj empezó á sonar, ¡pan! abro la puerta de par en par... ¡Aaaah! estaban en lo más interesante... querida mía. ¡Oh! ¡qué cara puso!... ¡qué cara!... si lo hubieses visto!... El imbécil se volvió hacia la puerta. ¡Ah! ¡qué raro estaba!... Yo me reía... me reía... Y papá, enfadado, quería pegarle... Y el portero, un buen hombre, le ayudaba á vestirse... delante de nosotros... delante de todos...

¡Le abrochaba los tirantes!... ¡Oh! ¡créeme que fué muy gracioso! Respecto á Rosa estuvo magistral, admirable... perfectísima... ¡Lloraba, lloraba muy bien! ¡Es una alhaja! Si alguna vez la necesitas, te la recomiendo.

Y aquí me tienes... He venido corriendo á contártelo todo... todo. Ya soy libre. ¡Viva el divorcio!

Y se puso á bailar en medio del salón, mientras que la baronesita, contrariada y pensativa, murmuraba:

—¿Por qué no me invitaste á ver todo eso?

LA SEÑORA PARIS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

La señora París

I

Estaba yo sentado en el muelle del puertecito Obernon, cerca de la aldea de la Salis, para mirar Antibas al sol poniente. No había visto nunca nada tan sorprendente y hermoso.

El pueblecito, encerrado en sus toscas murallas de guerra, construídas por el señor de Vauban, se internaba en plenas aguas, en medio del inmenso golfo de Niza La inmensa ola de alta mar iba á estrellarse á sus pies, rodeándolo de una cenefa de espuma, y, por encima de las murallas, las casas trepaban unas sobre otras hasta las dos torres, erguidas como las dos cimeras de un casco antiguo. Y estas dos torres se dibujaban en la blancura lechosa de los Alpes, en la enorme y lejana muralla de nieve que obstruía todo el horizonte.

Entre la espuma blanca, al pie de los muros y la nieve blanca cerca del cielo, la pequeña ciudad des-

lumbradora, de pie sobre el azulado fondo de las montañas, ofrecía á los rayos del sol poniente, el aspecto de una pirámide de casas de rojos tejados y fachadas blancas, tan diferentes, sin embargo, que ofrecían todos los matices.

Y por encima de los Alpes, el cielo era á su vez, de un azul casi blanco, como si la nieve lo hubiese teñido; algunas nubes plateadas flotaban junto á las pálidas cimas, y, del otro lado del golfo, Niza instalada á orillas del mar, se extendía como una lista blanca entre el mar y la montaña. Dos grandes velas latinas, empujadas por fuerte brisa, parecían correr sobre las olas. Yo contemplaba todo esto maravillado.

Era aquel espectáculo, uno de esos espectáculos tan dulces, tan raros y deliciosos, cuya contemplación se conserva en el alma como inolvidable recuerdo de dicha. Se vive, se piensa, se sufre, se siente y se ama con la mirada. El que sabe sentir con los ojos, experimenta contemplando las cosas y los seres, el mismo goce agudo, refinado y profundo que el hombre de vida delicada y nervioso á quien la música le arrebata el corazón.

—He aquí, á decir verdad—le dije yo á mi compañero el señor Martini, meridional de pura sangre —uno de los espectáculos más raros que he admirado en mi vida. He visto el monte de San Miguel, esa joya colosal de granito, surgir de las arenas á los rayos del sol naciente.

"He visto en el Sahara el lago de Raianechergui, de cincuenta kilometros de ancho, lucir bajo los rayos de una luna resplandeciente como nuestro sol y exhalar hacia ella una nube blanca semejante á un baño de leche.

„He visto en las islas de Lipari el fantástico cráter de azufre del Volcanello, flor gigante que humea y que arde, flor amarilla colosal, brotada en pleno mar y que tiene un volcán por tallo.

„Pero no he visto nada más sorprendente que Antibas de pie sobre los Alpes á los rayos del sol poniente.

„Y no sé por qué acuden á mi mente recuerdos antiguos, versos de Homero. Esto es una aldea del viejo Oriente, es una villa de la Odisea, ¡es Troya! aunque Troya estuviese lejos del mar.„

El señor Martini sacó del bolsillo la guía Sarty y leyó: "Esta villa fué en su origen una colonia fundada por los fóceos de Marsella, hacia el año 340 antes de J. C. Recibió de ellos el nombre griego de Antipolis, es decir, "contravilla„, villa enfrente de otra, porque en efecto, está enfrente de Niza, otra colonia marsellesa.

„Después de la conquista de los galos, los romanos hicieron de Antibes un municipio cuyos habitantes gozaban del derecho de ciudadanía romana.

„Por un epigrama de Marcial, sabemos que, en su tiempo...„

—No me importa lo que ha podido ser—dije yo interrumpiéndole.—Os digo que tenemos á la vista un lugar de la Odisea. Costa de Asia ó costa de Europa, es lo cierto que se parecen y no hay otra en el

otro extremo del Mediterráneo que despierte en mí como esta, el recuerdo de los tiempos heroicos.

Ruido de pasos me hizo volver la cabeza; una mujer, una mocetona morena pasaba por el camino que sigue el mar hacia el cabo.

El señor Martini murmuró, recalcando las palabras:

—Es la señora Paris, ¿sabe?

No, yo no sabía nada, pero este nombre, este nombre del pastor troyano me confirmó en mi remembranza y dije:

—¿Quién es esa señora Paris?

El señor Martini pareció estupefacto al ver que yo no conocía aquella historia.

Afirmé que no la sabía y miraba á la mujer que se iba sin vernos, abstraída, caminando con paso lento y grave, como lo hacían sin duda las damas de la antigüedad. Debía tener unos treinta y cinco años y estaba aun hermosa, muy hermosa, aunque un poco gruesa.

Y el señor Martini me contó lo siguiente:

II

La señora Paris, de la familia Combelombe, se había casado un año antes de la guerra de 1870 con el señor Paris, empleado del gobierno. Era entonces una hermosa joven tan esbelta y tan alegre como gruesa y triste está ahora.

Había aceptado á disgusto al señor Paris, que era uno de esos hombrecillos panzudos y de piernas cortas que se mueven siempre dentro de unos calzones demasiado anchos..

Después de la guerra, Antibes fué ocupado por un solo batallón de línea mandado por D. Juan de Carmelin, oficial joven, premiado en campaña y que acababa de recibir los cuatro galones.

Como se aburría mucho en esta fortaleza, en esta topera asfixiante encerrada en su doble recinto de enormes murallas, el comandante iba á veces á pasearse por el cabo, especie de parque ó de bosque de pinos ventilado por todas las brisas.

Allí encontró á la señora Paris que iba también á respirar bajo los árboles el aire fresco de las tardes estivales. ¿Cómo se amaron? ¡Quién lo sabe! Se encontraban, se miraban, y, cuando no se veían, pensaban sin duda el uno en el otro. La imagen de la joven de negras pupilas, de cabellos negros y de tez pálida, de la hermosa y fresca meridional que enseñaba los dientes al sonreir, flotaba ante los ojos del oficial que continuaba su paseo mascando el cigarro en lugar de fumarlo; y la imagen del comandante, ceñido al cuerpo su uniforme, con pantalón rojo galoneado de oro, y rizado bigote rubio, debía pasar por la noche ante los ojos de la señora Paris, cuando su marido, mal afeitado y mal vestido, corto de piernas y panzudo, se presentaba á cenar.

A fuerza de encontrarse, se sonreían al verse y á fuerza de verse tal vez se imaginaron que se conocían. Llegó un día en que él la saludó. Ella, sorprendida, se inclinó un poco, muy poquito, lo preciso para no resultar descortés. Pero al cabo de quince días ya le devolvía el saludo de lejos, antes de encontrarle.

¡Después él la habló! ¿De qué? De las puestas de sol indudablemente. Las admiraron juntos, contemplándolas más bien en el fondo de sus ojos que en el horizonte. Y todas las noches, durante dos semanas fué este el pretexto fútil y persistente para una conversación de pocos minutos.

Luego se atrevieron á pasear juntos. Sus ojos se decían ya mil cosas íntimas, cosas de esas secretas, encantadoras cuyo reflejo se advierte en la dulzura,

en la emoción de la mirada y que hacen latir el corazón, pues escudriñan el alma mejor que un confesor.

Luego debió él estrecharla la mano y deslizar esas palabras que adivinan las mujeres fingiendo no oirlas.

Y quedó convenido entre ellos que se amaban sin que se lo hubiesen probado con acto alguno sensual.

Ella habría permanecido indefinidamente en esta etapa de la ternura, pero él quería ir más lejos y la acosó más ardientemente cada día para rendirla á su violento deseo.

Ella resistía, no quería, parecía resuelta á no ceder.

Sin embargo, una noche le dijo como por casualidad:

—Mi marido acaba de marchar á Marsella y va á permanecer allí cuatro días.

Juan de Carmelin se arrojó á sus pies, suplicándole que le abriese su puerta aquella misma noche, á eso de las once. Pero ella no le escuchó y se fué enfadada al parecer.

El comandante estuvo de mal humor toda la noche, y, al día siguiente, al amanecer, se paseaba rabioso por las murallas yendo de la banda de tambores al pelotón de torpes y fulminando castigos sobre oficiales y soldados, como quien tira piedras á una multitud.

Pero cuando volvió á casa para almorzar se encontró debajo de la servilleta, en un sobre, estas

cinco palabras: "Esta noche á las diez.„ Y sin más razón dió un duro de propina al mozo que le servía.

El día le pareció muy largo, pasando una gran parte de él acicalándose y perfumándose.

En el momento en que se sentaba á la mesa para cenar le entregaron otro sobre, dentro del cual halló este telegrama: "Querida mía, asuntos terminados. Llego esta noche tren de las nueve.—Paris.„

El comandante soltó un terno tan seco que al mozo se le cayó al suelo la sopera.

¿Qué haría? El la quería aquella misma noche, costase lo que costase, y la tendría, la tendría á toda costa, por todos los medios, aunque tuviese que detener y encarcelar al marido. De pronto se le ocurrió una idea loca y, pidiendo papel y pluma, escribió:

"Señora:

„Le juro á usted que no llegará esta noche, y yo estaré á las diez en donde usted sabe. No tema nada que yo la respondo de todo por mi honor de militar.

JUAN DE CARMELÍN.„

Y mandando la esquela á su destino, cenó con tranquilidad.

A eso de las ocho llamó al capitán Gribois, que era su subordinado inmediato, y le dijo apretando entre las manos el arrugado telegrama del señor Paris:

—Capitán, acabo de recibir un extraño telegrama cuyo contenido no puedo comunicarle. Va usted á

hacer que cierren inmediatamente las puertas de la villa y las vigilen de manera que nadie ¿me entiende usted? que nadie entre ni salga hasta las seis de la mañana. Hará usted también que circulen patrullas por las calles y obliguen á los habitantes á retirarse á las nueve. Quien quiera que se encuentre en la calle después de esta hora, será conducido á su domicilio *manu militari*. Si me encuentran esta noche deben alejarse de mi lado fingiendo no conocerme. ¿Me ha entendido?

—Sí, mi comandante.

—Le hago á usted responsable de la ejecución de estas órdenes, capitán.

—Está bien, mi comandante.

—¿Quiere usted una copita de chartreuse?

—Con mucho gusto.

Dicho esto brindaron, bebieron el amarillento licor, y el capitán Gribois se fué.

III

El tren de Marsella entró en la estación á las nueve en punto, dejó en el andén á dos viajeros y reanudó su marcha hacia Niza.

El uno era alto y delgado, el señor Laribe, tratante en aceites, y el otro grueso y pequeño, el señor Paris.

Juntos se pusieron en marcha con la maleta en la mano para trasladarse á la villa, que estaba á un kilómetro de distancia.

Pero al llegar á la puerta, los centinelas les intimaron para que se alejaran.

Asustados, estupefactos, llenos de asombro, se alejaron para deliberar, y después de haberse aconsejado mutuamente, volvieron á las puertas de la ciudad con precaución á fin de conferenciar y dar á conocer sus nombres.

Pero los soldados debían tener órdenes severas, porque les amenazaron con disparar, y ambos viajeros, asustados, huyeron aceleradamente abandonando sus maletas, que les pesaban demasiado.

Entonces dieron la vuelta á las murallas y se presentaron en la puerta de la carretera de Cannes, la cual estaba también cerrada y vigilada por amenazadora guardia.

Como hombres prudentes, los señores Laribe y Paris no insistieron más, y se fueron á la estación para buscar abrigo, pues las afueras de la ciudad no resultaban muy seguras después de anochecer.

El empleado que estaba de servicio en la estación, sorprendido y soñoliento, les autorizó para esperar el día en el salón de viajeros.

Allí permanecieron juntos, á obscuras, sobre el diván de terciopelo verde, demasiado asustados para pensar en dormir.

Larga fué la noche para ellos.

A eso de las seis y media supieron que las puertas estaban abiertas y que, por fin, se podía entrar en Antibes.

Se pusieron, pues, en marcha; pero ya no encontraron en el camino sus abandonadas maletas.

Cuando franqueaban un poco inquietos aun la puerta de la villa, el comandante Carmelín, con mirada picaresca y retorciéndose el bigote, se presentó en persona á reconocerles é interrogarles.

Les saludó con cortesía excusándose de haberles hecho pasar una mala noche; pero advirtiéndoles que había tenido que cumplir órdenes recibidas.

Los ánimos estaban en Antibes verdaderamente intrigados. Los unos hablaban de una sorpresa pre-

parada por los italianos, los otros de un desembarco del príncipe imperial, y algunos creían en una conspiración orleanista. No se conoció la verdad hasta más tarde, cuando se supo que el batallón del comandante había sido destinado muy lejos, y que el señor Carmelín había sido objeto de un severo castigo.

IV

El señor Martini había acabado de hablar, y la señora Paris, que dando por terminado su paseo, volvía ya, pasó gravemente por mi lado con los ojos fijos en los Alpes, cuyas cimas aparecían doradas en aquel momento por los últimos rayos del sol.

Sentía yo deseos de saludar á la triste y pobrecita mujer que debía seguir pensando en aquella noche de amor tan lejana ya: en el hombre atrevido que había osado por un beso suyo poner una villa en estado de sitio y comprometer todo su porvenir.

Hoy, el militar la había olvidado tal vez, á menos que no contase en sus horas de alegría aquella audaz, cómica y amorosa farsa.

¿Le había vuelto á ver? ¿le amaba aún? Yo pensaba:

—He aquí un rasgo del amor moderno, grotesco, y sin embargo, heroico. El Homero que cantase á

esta Elena y la aventura de su Menelas, debería tener el alma de Paul de Kock. Y, sin embargo, el héroe de esta abandonada es valiente, temerario, guapo, fuerte como Aquiles y más astuto que Ulises.

JULIA ROMANA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Julia Romana

Hará dos años por la primavera, me paseaba yo á pie por las orillas del Mediterráneo. ¡Qué cosa es más grata que meditar al mismo tiempo que se pasea por una carretera! ¡Se va rodeado de luz, acariciado por el viento, por los flancos de las montañas, ó por las orillas del mar! ¡Y se sueña! ¡Qué de ilusiones, de amores y de aventuras pasan por el alma que vaga errante, en dos horas de camino! Todas las esperanzas confusas y alegres penetran en uno como el aire tibio y ligero; se las bebe en la brisa y hacen nacer en nuestro corazón un apetito de dicha que crece con el hambre excitada por la marcha. Las ideas, rápidas y encantadoras, vuelan y cantan como pájaros.

Seguía yo aquel largo camino que va de San Rafael á Italia, mejor dicho, aquella inmensa decoración soberbia y variada que parece hecha para la representación de todos los poemas de amor en la tierra. Y pensaba que desde Cannes, donde se des-

cansa, hasta Mónaco, donde se juega, no se va á aquel país más que á molestarse á derrochar dinero, á mostrar bajo el cielo delicioso de aquel país de rosas y naranjos todas las bajas vanidades, estúpidas pretensiones y viles codicias, y el espíritu humano tal cual es, rastrero, ignorante, arrogante y codicioso.

De pronto, en el fondo de una de las encantadoras bahías que se encuentran á cada recodo de la montaña, ví algunas quintas, cuatro ó cinco únicamente enfrente del mar, al pie del monte, ante un bosque silvestre que se extendía á lo lejos detrás de ellos internándose en dos grandes valles sin caminos y acaso sin salidas. Una de aquellas quintas era tan linda que me detuve ante ella: consistía en una casita blanca cubierta de rosas que trepaban hasta el tejado.

¿Y el jardín? un tapiz de flores de todos los colores y de todos los tamaños mezcladas con un desorden estudiado y coquetón. El césped estaba lleno de ellas; cada peldaño de la escalinata tenía un ramillete en sus extremos; de las ventanas pendían sobre la fachada racimos azules y amarillos, y la terraza, con balaustres de piedra que cubría aquella linda morada, estaba salpicada de guirnaldas rojas semejantes á manchas de sangre.

Se veía por detrás un largo paseo de naranjos floridos que llegaba hasta el pie de la montaña, y en la puerta, con letras doradas, este nombre: *Villa de Antan.*

Pregunté qué poeta ó qué hada vivía allí, qué inspirado solitario había descubierto aquel lugar y creado aquella morada fantástica que parecía haber brotado de un ramillete de flores.

A un cantero que partía piedras en la carretera un poco más allá de la quinta, le pregunté el nombre del propietario de aquella joya y me respondió:

—Es de doña Julia Romana.

¡Julia Romana! En mi infancia, en otros tiempos, yo había oído hablar de ella, de la gran actriz, de la rival de Raquel.

Ninguna mujer había sido más espléndida ni más amada, sobre todo, más amada. ¡Qué de duelos y de suicidios por ella y qué de comentadas aventuras! ¿Qué edad tendría ya aquella mujer seductora? ¿Sesenta, setenta, setenta y cinco años? ¡Julia Romana!... ¡Allí, en aquella casa! La mujer que había sido adorada por el mejor músico y por el más grande poeta de nuestro país. Aun me acordaba yo del ruido que había hecho en toda Francia (tenía yo entonces doce años) su huída á Sicilia con éste, su ruidosa ruptura con aquél...

La había oído una noche después de una primera representación en que el público la había aclamado durante una hora y la había llamado á escena once veces seguidas; se había ido con el poeta en silla de posta, como se usaba entonces y ambos habían cruzado el mar para ir á amarse á la isla antigua hija de Grecia, bajo el inmenso plantío de naranjos que rodea Palermo y que se llama la "Concha de oro."

Se había referido su ascensión al Etna y como se habían inclinado sobre el inmenso cráter abrazados,

juntas las mejillas, como para arrojarse al fondo del abismo de fuego.

El había muerto: el hombre de los conmovedores versos, tan profundos, que habían causado vértigos á toda una generación, tan delicados, tan misteriosos, que habían abierto un mundo nuevo á los nuevos poetas.

El otro también había muerto, el abandonado que había sabido hallar para ella frases musicales que aun guardan todos los oídos, frases de triunfo y de desesperación, frases enloquecedoras, emocionantes.

Y ella estaba allí, en aquella casita rodeada de flores.

No dudé lo más mínimo y llamé.

Salió á abrirme un criadito, un muchacho de dieciocho años, de aspecto ordinario y de ordinarias manos. Escribí en mi tarjeta un galante cumplido para la antigua actriz y un insinuante ruego para que me recibiese. Tal vez conocería mi nombre y consentiría en abrirme sus puertas.

El joven criado se alejó, volvió á poco diciéndome que le siguiese y me hizo entrar en un saloncito limpio y correcto, estilo Luis Felipe, de pesados y fríos muebles cuyas fundas quitaba en honor mío una criadita de unos dieciséis años y de esbelto talle, aunque de escasa hermosura.

A poco me quedé solo.

En las paredes había tres retratos: el de la actriz en uno de sus papeles predilectos, el del poeta con gran levita, ceñido el talle y camisa con pechera

bordada y el del músico sentado ante un clavicordio. Ella, rubia, encantadora pero ataviada al estilo de su tiempo, sonreía con su graciosa boca y sus ojos azules.

Ellos parecían mirar ya la próxima posteridad.

Todo aquello olía á antiguo, pues su época había acabado y los originales habían desaparecido.

Se abrió una puerta y entró una mujercita anciana, muy anciana, muy pequeña, de cabellos blancos y blancas cejas, una verdadera ratita blanca, vivaracha y animada.

Me tendió la mano y me dijo con voz fresca, sonora y vibrante aun:

—Gracias, caballero: ¡cuánta amabilidad supone el hecho de que los hombres de hoy se acuerden de las mujeres de antaño! Siéntese usted.

Yo la conté que su casa me había seducido, que había querido conocer el nombre del propietario, y que al conocerle no había podido resistir al deseo de llamar á su puerta.

—Caballero, eso me causa un placer tanto mayor, cuanto que es la primera vez que semejante cosa ocurre - me respondió.—Cuando me entregaron su tarjeta con la galante frase que usted había escrito, me estremecí como si me hubiesen anunciado un antiguo amigo á quien no hubiese visto desde hace veinte años. Yo soy una muerta, una verdadera muerta de quien nadie se acuerda, y en quien nadie piensa hasta el día en que muera de veras, y entonces todos los periódicos hablarán durante tres días

de Julia Romana, con anécdotas, detalles, recuerdos y enfáticos elogios. Luego todo acabará para mí.

Dicho esto, calló, y después de un momento de silencio agregó:

—Y ya la cosa no tardará en ocurrir. Dentro de algunos meses, dentro de algunos días, de esta mujercita, viva aún, no quedará más que el esqueleto.

Fijó los ojos en su retrato al decir esto, en su retrato, que le sonreía, que sonreía á la vieja, á aquella caricatura de sí misma, y después contempló á los dos hombres, al desdeñoso poeta y al inspirado músico, que parecían decirse: "¿Para qué nos quiere esa ruina?„

Una tristeza indefinible, profunda, irresistible, invadió mi corazón, la tristeza de las vidas acabadas que se agitan aún en los recuerdos, como el que se ahoga en un hondo charco.

Desde mi asiento veía yo pasar por la carretera los lujosos y rápidos coches que van de Niza á Mónaco.

Y dentro de ellos, mujeres bonitas, ricas, felices, y hombres sonrientes y satisfechos. La actriz siguió la dirección de mis miradas, comprendió mi pensamiento y murmuró con su resignada sonrisa:

—No es posible ser y haber sido.

—¡Cuán hermosa ha debido ser la vida para usted!

—Hermosa y dulce—exclamó ella lanzando un suspiro.—Por eso la echo tanto de menos.

Ví que estaba dispuesta á hablar de sí misma, y poco á poco, con muchas precauciones, como cuando se tocan dolorosas carnes, empecé á interrogarla. Me habló de sus éxitos, de sus arrebatos de alegría, de sus amigos, de toda su vida triunfal.

—Los goces más vivos, la verdadera dicha, habrá sido en el teatro donde la habrá experimentado, ¿verdad?—la pregunté.

—¡Oh! no—se apresuró á responder.

Sonrióse y, fijando en los dos retratos una triste mirada, repuso:

—La mayor dicha la he gozado con ellos.

Yo no pude menos de preguntarle:

—¿Con cuál?

—Con los dos. A veces, hasta llego á confundirlos en mi memoria de vieja, y además hoy siento á veces remordimientos por uno de los dos.

—Entonces, señora, no es á ellos, sino al amor mismo á quien debe usted agradecimiento, porque ellos no han sido más que sus intérpretes.

—Es posible; pero ¡qué intérpretes!

—¿Está usted segura de que no ha sido, de que no hubiera sido tan bien amada, mejor amada por un hombre sencillo, no por un gran hombre, que os hubiese ofrecido toda su vida, todo su corazón, todos sus pensamientos, todas sus horas, todo su sér, y no por estos, que se le manifestaban como dos temibles rivales en la música y en la poesía?

—No, caballero, no—exclamó la anciana actriz con energía, con aquella voz fresca todavía que hacía vibrar aún el alma.—Otros tal vez me hubiera amado más; pero no me hubieran amado como estos. ¡Ah! ¡estos dos me han cantado la música del

amor como nadie podría haberla cantado en el mundo! ¡Cómo me han embriagado! ¿Acaso un hombre cualquiera hallaría lo que ellos sabían hallar en los sonidos y en las palabras? ¿Basta acaso amor, si no se sabe comunicar al amor toda la poesía y toda la música del cielo y de la tierra? Y estos, créame usted que sabían cómo se vuelve loca á una mujer con cantos y con palabras. Sí, tal vez había en nuestra pasión más ilusiones que realidad; pero estas ilusiones la elevan á una al cielo, mientras que las realidades la dejan siempre en la tierra. Si otros me han querido más, lo cierto es que sólo por ellos he comprendido, he sentido y adorado el amor.

Y de pronto se echó á llorar.

La pobre vertía, sin sollozar, lágrimas de desesperación.

Yo fingí no notarlo apartando de ella mi mirada.

—Mire, señor mío,—repuso al cabo de algunos minutos—en la mayor parte de los seres el corazón envejece con el cuerpo; pero en mí no ha ocurrido esto. Mi pobre cuerpo tiene sesenta y nueve años, y mi pobre corazón sólo tiene veinte. Por esto vivo sola en medio de las flores y de los sueños.

Reinó entre nosotros un prolongado silencio, al cabo del cual, ya calmada ella, reanudó la conversación con sonriente cara.

—¡Cómo se burlaría usted de mí si supiese... si supiese cómo paso las noches... cuando hace buen tiempo!... Me da vergüenza y lástima de mí misma.

En vano la rogué; no quiso decirme lo que hacía. Entonces me levanté para marcharme.

—¿Ya?—exclamó Julia Romana.

Y como yo le hubiese dicho que tenía que ir á comer á Monte Carlo, me preguntó con timidez:

—¿No quiere usted comer conmigo? Créame que me proporcionaría un gran placer.

Acepté sin vacilar, y ella, encantada, llamó, y después de dar algunas órdenes á su criadita, me enseñó la casa.

En el comedor, una especie de galería llena de arbustos, dejaba ver de un extremo á otro el largo paseo de naranjos que llegaba hasta la montaña. Una silla baja oculta entre las plantas indicaba que la anciana actriz se sentaba allí con frecuencia.

Nos paseamos por el jardín contemplando las flores. La noche se acercaba poco á poco, una de esas noches tranquilas y serenas durante las cuales la tierra exhala todos sus perfumes. Cuando nos sentamos á la mesa casi había anochecido. La comida fué buena y larga y nos hicimos íntimos amigos una vez que ella comprendió la profunda simpatía que despertaba en mi corazón. La anciana había bebido dos dedos de vino, como se decía antaño, y se había vuelto más franca y expansiva.

—Vamos á mirar la luna—me dijo.—Yo adoro la hermosa luna porque ha sido testigo de mis goces más vivos. Me parece que ella guarda todos mis recuerdos, y no tengo más que contemplarla para que los más gratos acudan á mi mente. Y hasta... á veces, por la noche... me procuro un espectáculo... bonito... bonito... ¡si usted supiese! Pero no, se burla-

ría de mí... No puedo... no me atrevo... no, no, de veras, no.

—Pero ¿qué es?... dígamelo, dígamelo... le suplicaba yo. Le prometo no burlarme... se lo juro, vamos.

La anciana dudaba, y yo estreché sus manos, sus manos tal delgadas, tan finas, y se las besé varias veces como hacían ellos antaño. La anciana se conmovió, pero no se decidía.

—¿Me promete usted no reirse?

—Sí, se lo juro.

—Pues bien, venga.

Esto diciendo, se levantó, y cuando el criadito, embutido en su librea verde, separaba la silla que estaba detrás de ella, le dijo en voz muy baja unas palabras al oido, á las que él respondió:

—Sí, señora, en seguida.

La anciana actriz tomó mi brazo y me condujo á la galería.

El paseo de naranjos ofrecía verdaderamente un aspecto admirable. La luna, la luna llena, bañaba con sus plateados rayos el largo sendero de amarilla arena que conducía entre las redondas y opacas copas de los sombríos árboles.

Como estos estaban en flor, inundaban el ambiente con su penetrante y suave perfume, y en su sombría verdura se veían revolotear millares de luciérnagas, esas moscas de fuego que parecen átomos de estrellas.

—¡Oh! ¡qué hermosa decoración para una escena de amor!—exclamé.

La coactriz se sonrió y me dijo:

—¿Verdad? ¿verdad que sí? Ahora va usted á ver.

Y me hizo sentarme á su lado.

—Esto es lo que me hace gustar de la vida—murmuró la anciana.—Pero ustedes los hombres de hoy no piensan en estas cosas. Son ustedes bolsistas, comerciantes. Ni siquiera saben ustedes hablarnos. Cuando digo hablarnos, me refiero á las jóvenes. Los amores se han convertido en uniones que tienen á veces por origen una factura de costurera. Si creen ustedes que la factura es más cara que la mujer, desaparecen; pero si estiman á la mujer en más que la factura, pagan. Bonitas costumbres... y bonitos amores. Mire usted—exclamó cogiéndome la mano.

Yo quedé estupefacto y maravillado... Allá abajo, en el extremo del paseo, por el sendero que iluminaba la luna, dos jóvenes se acercaban cogidos por el talle, se acercaban abrazados, encantadores, con paso corto, atravesando las ondas de luz que les iluminaban y entrando de pronto en la sombra. El iba vestido con una levita de satín blanco á la moda del siglo pasado y llevaba un sombrero adornado con una pluma de avestruz Ella lucía un vestido con tontillo y el alto y empolvado peinado de las hermosas damas del tiempo del Regente.

A cien pasos de nosotros se detuvieron, y de pié en medio del paseo, se abrazaron haciéndose mil caricias.

Yo reconocí de pronto á los dos criados, y entonces sentí una de esas terribles alegrías que le retocan á uno en el cuerpo. Sin embargo, no me reía.

Resistía, enfermo y convulso, como resiste á la necesidad de gritar que le abre la garganta y las mandíbulas el hombre á quien le cortan una pierna.

Pero los dos muchachos se volvieron hacia el fondo del paseo ofreciendo una pareja deliciosa. Se alejaban, iban, venían, desaparecían como desaparece un sueño, y cuando no se les veía, el paseo, vacío, parecía triste.

Yo también me fuí, me fuí para no volver á verles, pues comprendí que debía durar mucho tiempo aquel espectáculo que resucitaba todo el pasado, todo aquel pasado de amor y de alegría, el pasado ficticio, falaz y seductor, falso y verdaderamente encantador, que hacía latir aun el corazón de la vieja actriz y de la anciana enamorada.

EL PADRE AMABLE

El padre Amable

El cielo húmedo y gris parecía pesar sobre la vasta y sombría llanura. El olor á otoño, olor triste de las tierras desnudas y mojadas, de las hojas caídas y de la hierba seca, hacía más espeso y más pesado el estancado aire de la tarde. Los aldeanos trabajaban aun esparcidos por los campos, esperando la hora del *Angelus*, que les llamaría á sus cabañas, cuyos tejados se veían aquí y allá á través de las ramas de los despoblados árboles defendidos del viento por los muros de las pomaradas.

A orillas de un camino, sobre un montón de harapientas ropas, un niñito sentado con las piernas abiertas jugaba con una patata que dejaba caer á veces sobre la ropa, mientras que cinco mujeres encorvadas y culo en pompa, plantaban vástagos de colza en la llanura vecina. Con movimiento ágil y continuo hundían á lo largo del gran surco de tierra que el arado acababa de abrir, un pincho de made-

ra, y luego metían en el agujero la planta un poco marchita ya, cubriendo con tierra su raíz y continuando su trabajo.

Un hombre que pasaba con un látigo en la mano, calzado con grandes zuecos, se detuvo junto al niño, lo tomó en brazos y le dió un beso. Entonces una de las mujeres se irguió y corrió á su lado. Era una muchachota encarnada, ancha de espaldas y de caderas, una hembra normanda de amarillos cabellos y rubicunda tez.

—¿Ya estás aquí, Cesáreo?—le dijo con resuelta actitud.

El hombre, un muchacho delgado y de triste fisonomía, murmuró:

—Sí, pero nada, nada de nada, siempre lo mismo.

—¿No quiere?

—No quiere.

—¿Y qué vas á hacer?

—¿Qué te parece á ti?

—Vete á ver al cura.

—Iré.

—Vete en seguida.

—Ahora mismo.

Y se miraron. El, que seguía con el niño en brazos, lo volvió á besar y lo puso sobre el hato de las mujeres.

En el horizonte, entre dos cabañas, se veía un arado arrastrado por un caballo y guiado por un hombre. Animal, instrumento y labrador, avanzaban muy despacio, bajo el empañado cielo de la tarde.

—Pero, ¿qué es lo que dice tu padre?—repuso la mujer.

—¿Qué? Que no quiere.

—¿Y por qué no quiere?

El muchacho señaló con un gesto al niño que acababa de dejar en el suelo, y con una mirada indicó al hombre que araba allá á lo lejos, exclamando al mismo tiempo:

—Porque es de aquél tu hijo.

—¡Caramba! todo el mundo sabe que es de Víctor —dijo la muchacha con rabioso acento y encogiéndose de hombros.—Qué ¿que he faltado? Sí; pero ¿soy quizás la única? Mi madre también había faltado antes que yo, y la tuya también antes de casarse con tu padre. ¿Quién no ha faltado en el país? Y he faltado con Víctor, porque me cogió en la granja durmiendo y esto es verdad, y después volví á faltar cuando no dormía. De seguro me hubiera casado con él si no hubiera sido un criado. ¿Soy por esto menos buena?

—Yo te quiero tal como eres, con tu hijo ó sin tu hijo—dijo el hombre con sencillez.—Mi padre es el único que se opone, pero ya veremos de arreglar todo esto.

—Vete á ver al cura en seguida—repuso la joven.

—Ahora mismo voy.

Y se puso en marcha con su pesado paso de aldeano, mientras que la moza, con los brazos en jarras, se volvió á plantar colza.

El muchacho que acababa de alejarse, Cesáreo Houlbreque, hijo del anciano sordo Amable Houl-

breque, quería casarse contra la voluntad de su padre con Celeste Levesque, que había tenido un hijo con Víctor Lecoq, sencillo criado empleado entonces en la quinta de sus padres y despedido por este hecho.

En el campo no existen las jerarquías de casta, y si un criado es económico, tomando una quinta por su cuenta, pasa á ser igual á su antiguo amo.

Cesáreo Houlbreque se alejaba, pues, con el látigo al brazo reflexionando y levantando uno en pos de otro sus pesados zuecos llenos de barro. Verdad es que quería casarse con Celeste Levesque, y la quería con su hijo porque era la mujer que le convenía. No hubiera podido decir por qué le convenía; pero lo sabía, estaba seguro de ello. No tenía más que mirarla para convencerse de ello, para sentirse conmovido, trastornado, como alelado de contento. Y le causaba el mismo placer besar al pequeño, al hijo de Víctor, porque había salido de ella.

Mientras reflexionaba, Cesáreo contemplaba sin rencor el lejano perfil del hombre que guiaba el arado allá en los confines del horizonte.

Pero el padre Amable se oponía á aquel matrimonio y se oponía con testarudez de sordo, con furiosa testarudez.

En vano le gritaba Cesáreo al oído que le permitía oir algunos sonidos:

—Padre, le cuidaremos á usted bien. Créame, que es una buena muchacha, muy honrada y muy ahorradora.

—Mientras yo viva, nadie verá eso—repetía el viejo.

Y no había medio de convencerle, con nada se lograba aplacar su rigor. Una sola esperanza le quedaba á Cesáreo. El tío Amable temía al cura por aprensión de la muerte que veía ya cercana. No temía gran cosa á Dios, ni al diablo, ni al infierno, ni al purgatorio, de todo lo cual no tenía idea alguna; pero temía al sacerdote que le representaba el entierro, como se podría temer á los médicos por horror á las enfermedades.

Hacía ocho días que Celeste, que conocía esta debilidad del viejo, aconsejaba á Cesáreo que fuese á ver al cura; pero Cesáreo no se decidía porque no le gustaban mucho los hábitos negros, que le representaban manos que pedían siempre.

No obstante, acababa de decidirse en aquel momento, y se encaminaba hacia la rectoría pensando en el modo de empezar las negociaciones.

El cura Raffin, hombrecito vivaracho, delgadito y siempre mal afeitado, esperaba la hora de la comida calentándose los pies en el fuego de su cocina.

Cuando vió entrar al aldeano, le preguntó volviendo la cabeza:

—¡Hola, Cesáreo! ¿Qué se te ofrece?

—Quisiera hablar con usted, señor cura.

El muchacho permanecía de pie, azorado, con la gorra en una mano y el látigo en la otra.

—Pues bien, habla.

Cesáreo miraba al ama, una vieja que iba arras-

trando los pies para poner el cubierto de su amo en un pico de la mesa, enfrente de la ventana.

—Es que se trata casi de una confesión—balbuceó Cesáreo.

Entonces el cura Raffin miró con interés al aldeano, notó su actitud confusa, su embarazado aspecto y sus errantes miradas, y le dijo á su ama:

—María, vete cinco minutos á tu cuarto para que yo pueda hablar con Cesáreo.

El ama dirigió una rabiosa mirada al aldeano y se fué gruñendo.

—Vamos, desembucha ahora—repuso el eclesiástico.

El muchacho seguía dudando, miraba sus zuecos y con las manos daba vueltas á la gorra, hasta que de pronto se decidió diciendo:

—Pues... quisiera casarme con Celeste Levesque.

—Muy bien, hijo mío. ¿Y qué obstáculo hay para ello?

—Que mi padre no quiere.

—¿Tu padre?

—Sí, mi padre.

—Pues ¿qué dice tu padre?

—Dice que ha tenido un hijo.

—No es á ella la primera que le ha ocurrido eso desde que nuestra madre Eva vino al mundo.

—Un hijo con Víctor, con Víctor Lecoq, el criado de Antimio Loisel.

—¡Hola! ¡hola! ¿De modo que no quiere?

—No quiere.

—¿De ningún modo?

—De ningún modo. Con perdón de usted, le diré que se ha vuelto terco como un burro que no quiere andar.

—¿Y qué le dices tú para decidirle?

—Le digo que es una buena muchacha, honrada, muy ahorradora...

—¿Y no le decide eso? Vamos, tú quieres que yo le hable, ¿verdad?

—Justo, eso mismo.

—¿Y qué le diré yo á tu padre?

—Pues... lo que dice usted en el sermón para que suelten dinero.

A juicio del aldeano, todo el empeño de la religión consistía en hacer soltar la mosca, en vaciar los bolsillos de la gente para llenar la caja del cielo. Para él, la religión era una especie de inmensa casa de comercio cuyos dependientes solapados y astutos eran los curas que hacían el negocio de Dios en perjuicio de los intereses de los campesinos.

Sabía él perfectamente que los curas hacían favores, grandes favores á los más pobres, á los enfermos, á los moribundos asistiéndoles, consolándoles, aconsejándoles y manteniéndoles; pero todo ello mediante dinero, á cambio de monedas de plata, de reluciente plata con la que se pagaban los sacramentos y las misas, los consejos y la protección, el perdón de los pecados y las indulgencias, el purgatorio y el cielo, según las rentas y la generosidad del pecador.

El cura Raffin, que conocía á su interlocutor y que no se enfadaba nunca, se echó á reir.

—Bueno, sí, ya le contaré yo un cuento á tu padre; pero con la condición de que has de venir al sermón.

—Sí, si hace usted eso por mí, se lo prometo, le doy mi palabra de hombre de bien—dijo Houlbreque extendiendo el brazo para jurar.

—Bueno, está bien. ¿Cuándo quieres que vaya á ver á tu padre?

—Lo antes posible; esta misma noche si usted puede.

—Entonces iré dentro de media hora, después de cenar.

—Está bien, dentro de media hora.

—Convenidos. Hasta luego, muchacho.

—Hasta la vista, señor cura, y muchas gracias.

—No hay de qué, hijo mío.

Y Cesáreo Houlbreque volvió á su casa con el corazón aligerado de un gran peso.

El pobre aldeano tenía alquilada una quinta muy pequeña, pues ni él ni su padre eran ricos. Solos con una criada, muchacha de quince años, que les hacía la comida, cuidaba las gallinas, ordeñaba las vacas y hacía la manteca, vivían penosamente, á pesar de ser Cesáreo un buen labrador. Los infelices no poseían bastantes tierras ni bastante ganado para granjearse más de lo indispensable.

El viejo no trabajaba ya. Triste como todos los sordos, acribillado de dolores, encorvado, torcido, andaba por los campos apoyado en su bastón con-

templando los animales y los hombres con dura y recelosa mirada. A veces se sentaba al borde de un barranco y permanecía allí sin moverse durante horas enteras pensando vagamente en las cosas que le habían preocupado toda su vida, en el precio de los huevos y de los granos y en el sol y en la lluvia, que hacen ó deshacen las cosechas. Herido por el reumatismo, sus gastados miembros absorbían en aquel momento la humedad del suelo como habían absorbido durante setenta años el vaho de las paredes de su pobre cabaña cubierta de húmeda paja.

Volvía á casa á la caída de la tarde, tomaba asiento en el extremo de la mesa situada en la cocina, y cuando le ponían delante la cazuela de barro con la sopa, la cogía entre sus ganchudos dedos, que parecían haber conservado la forma redonda de la vasija, y lo mismo en invierno que en verano se calentaba las manos antes de comer para no perder nada, ni una partícula del calor que sale del fuego, que cuesta caro, ni una gota de caldo, que tiene grasa y sal, y ni una miga de pan, que sale del trigo.

Luego trepaba por una escalera á un granero donde tenía su jergón. Su hijo dormía abajo, en el fondo de una especie de perrera próxima á la chimenea, y la criada se encerraba en una especie de bodega, obscuro agujero que servía antes para almacenar las patatas.

Cesáreo y su padre no hablaban casi nunca. Unicamente de tiempo en tiempo, cuando se trataba de vender una cosecha ó de comprar un ternero, el joven tomaba consejo de su padre y formando un

tornavoz con sus dos manos, le gritaba al oído exponiéndole sus razones, que el tío Amable aprobaba ó combatía con voz lenta y hueca salida del fondo de su vientre. Una noche, pues, Cesáreo, aproximándose á él como si se tratase de la adquisición de un caballo ó de una ternera, le comunicó á voz en grito su intención de casarse con Celeste Levesque.

Entonces el padre se puso furioso. ¿Por qué? ¿Por moralidad? Sin duda no. La virtud de una muchacha no tiene gran importancia en los campos; pero su avaricia, su profundo y feroz instinto de ahorro, se había insurreccionado ante la idea de que su hijo tuviera que criar á un niño que no era suyo. En un segundo había pensado en todas las sopas que se comería la criatura antes de poder ser útil en la quinta; había calculado todas las libras de pan y todos los litros de sidra que se comería y se bebería aquel galopín hasta la edad de catorce años, y una sorda cólera se había desencadenado en su alma contra Cesáreo que no pensaba en nada de esto.

—¿Has perdido el juicio?—le había respondido con una fuerza de voz inusitada.

Entonces Cesáreo se había puesto á enumerar sus razones, á ponderar las cualidades de Celeste y á probar que ganaría cien veces más de lo que costaría el niño. Pero el viejo dudaba de aquellos méritos y no podía dudar en cambio de la existencia del pequeño, y le respondía siempre sin darle más explicaciones:

—No quiero, no quiero. Mientras yo viva no verás eso.

Y hacía tres meses que estaban en este estado sin ceder ni uno ni otro y reanudando por lo menos una vez á la semana la misma discusión con los mismos argumentos, las mismos palabras, los mismos gestos y la misma inutilidad.

Entonces fué cuando Celeste aconsejó á Cesáreo que fuese á pedirle ayuda al cura.

Al volver á su casa, el aldeano encontró á su padre sentado ya á la mesa, pues se había retrasado un poco á causa de su visita á la rectoría.

Cenaron en silencio uno en frente de otro, comieron después de la sopa un poco de pan y manteca, bebieron luego un vaso de sidra y permanecieron inmóviles en sus sillas alumbrados apenas por la luz que la criada se había llevado para fregar las cucharas y los vasos y cortar de antemano la sopa para el almuerzo del día siguiente.

De repente sonó un golpe en la puerta, que se abrió de pronto y apareció el sacerdote.

El viejo fijó en él sus inquietos ojos llenos de desconfianza, y presintiendo un peligro se disponía ya á subir su escalera, cuando el cura Raffin le puso la mano sobre el hombro y le gritó al oído:

—Tengo que hablar con usted, tío Amable.

Aprovechándose de la circunstancia de haber quedado la puerta abierta, Cesáreo había desaparecido, pues tenía tal miedo, que no quería oir, no quería que sus esperanzas quedaran hechas polvo á cada obstinada negativa de su padre, prefería saber más tarde de una vez la verdad buena ó mala, y se había alejado en medio de la obscuridad. Hacía una

noche sin luna, sin estrellas, una de esas noches brumosas en que el aire húmedo parece que puede cortarse. Un vago olor á manzanas se percibía junto á los corrales, pues era la época en que se recogían las más adelantadas, las *manzanas reinetas*, como se dice en el país de la sidra. Cuando Cesáreo se paseaba á lo largo de las paredes, los establos despedían por sus estrechas ventanas el cálido olor de animales vivos dormidos sobre el estiercol, y oía junto á las cuadras el patear de los caballos que permanecían de pie y el ruido de sus mandíbulas triturando el heno de los pesebres. Cesáreo iba pensando en Celeste. En aquella alma sencilla, cuyas ideas no eran aun más que imágenes nacidas directamente de las cosas, los pensamientos de amor sólo se formulaban mediante la evocación de una muchacha encarnadota de pie en un camino riéndose con los brazos en jarras.

Así es como la había visto el día en que empezó su deseo hacia ella, y aunque la conocía desde la infancia, nunca le había llamado la atención como aquella mañana. Habían hablado algunos instantes, y luego él la había dejado, y al mismo tiempo que se alejaba, repetía: "¡Diablo! es una muchacha muy guapa. Es lástima que haya faltado con Víctor.„ Pensó en ella hasta la noche, y al día siguiente también.

Cuando la volvió á ver, sintió algo que le cosquilleaba en lo hondo de la garganta como si le hubiesen metido una pluma de gallo en los pulmones, y desde entonces siempre que se encontraba á su

lado, se asombraba de aquel cosquilleo nervioso que se repetía siempre.

Tanto le gustaba la muchacha, que en tres semanas se decidió á casarse con ella. No hubiera podido decir de dónde provenía aquel poder sobre su persona; pero lo expresaba con las palabras: "Estoy poseído„, cual si llevase en sí el deseo de aquella muchacha, dominadora como un poder infernal. No le inquietaba en lo más mínimo su falta. Después de todo, poco le importaba; aquello no la hacía desmerecer en lo más mínimo y no sentía el menor rencor contra Víctor Lecoq.

Pero, ¿qué haría si el cura no lograba nada? Tanto le torturaba esta inquietud, que ni siquiera se atrevía á pensar en ello.

Había llegado á la rectoría y se había sentado junto á la cerca de madera para esperar la vuelta del cura.

Estaba allí hacía tal vez una hora, cuando oyó pasos en el camino, y aunque la noche fuese muy obscura, no tardó en distinguir la sombra más obscura aun de los hábitos.

El muchacho se levantó temblándole las piernas y sin atreverse á hablar, sin atreverse á salir de su duda.

El eclesiástico lo vió, y le dijo con alegría:

—Vamos, hijo mío, ya está arreglado.

—¡Arreglado!... pe... ro... ¿es... ver... dad?... — balbució Cesáreo.

—Sí, hijo, aunque trabajo me ha costado. ¡Qué tozudo es tu padre!

—¿De... veras?—repetía el aldeano.

—Sí. Ven á verme mañana al medio día para acordar las amonestaciones.

Cesáreo había cogido la mano del cura y se la estrechaba, se la sacudía tartamudeando:

—¿De veras? ¿de... veras? señor... cura. A fe de hombre de bien que el domingo... me verá en el sermón.

II

La boda tuvo lugar á mediados de diciembre y fué sencilla por no ser ricos los recién casados. Cesáreo, con traje nuevo, estaba ya despierto á las ocho de la mañana para ir á buscar á la desposada y conducirla á la rectoría; pero como era demasiado temprano, se sentó junto á la mesa de la cocina y esperó á los de la familia y á los que tenían que ir á buscarle.

Hacía ocho días que nevaba, y la tierra obscura, fecundadas ya las semillas del otoño, se había tornado lívida y dormía bajo una gran sábana de hielo.

Hacía frío en las chozas cubiertas de blancura, y los redondos manzanos parecían floridos, empolvados, como en el hermoso mes de su producción.

Aquel día, las grandes nubes del Norte, las nubes grises cargadas de lluvia habían desaparecido, y el cielo azul se desplegaba sobre la tierra blanca,

que ya empezaba á ser acariciada por los plateados reflejos del sol.

Cesáreo miraba por la ventana sin pensar en nada. Era feliz.

La puerta se abrió y entraron dos aldeados en traje dominguero, la tía y la prima del novio; después tres hombres, amigos suyos, y luego una vecina. Se sentaron y permanecieron inmóviles y silenciosos, las mujeres en un lado de la cocina y los hombres en otro embargados, tímidos, con esa tristeza que suelen denotar las gentes reunidas para una ceremonia.

—¿No es todavía la hora?—preguntó á poco uno de los primos.

—Yo creo que sí—respondió Cesáreo.

—Pues entonces, en marcha—respondió otro.

Y se levantaron todos. Entonces Cesáreo, asaltado por extraña inquietud, subió la escala del granero para ver si su padre estaba listo. El viejo, madrugador de ordinario, aun no había comparecido, y su hijo lo encontró sobre el jergón arrebujado en un cobertor, con los ojos abiertos y con gesto malicioso.

—Vamos padre, levántese usted—le gritó al oido. —Ya ha llegado la hora.

—No puedo—murmuró el sordo con quejumbrosa voz.—He cogido un enfriamiento que no puedo enderezarme.

El joven, aterrado, le miraba, adivinando su astucia.

—Vamos, padre mío, haga usted un esfuerzo.

—No puedo.

—Mire, yo voy á ayudarle.

Y esto diciendo, se inclinó sobre el viejo, lo destapó y tomándolo por debajo de los brazos, intentó levantarlo; pero el tío Amable empezó á quejarse.

—¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡Qué peal! ¡Uy! ¡uy! no puedo. Tengo la espalda muerta. Habrá sido un viento que se cuela por este maldito tejado.

Cesáreo comprendió que no lograría nada, y furioso contra su padre, por la primera vez en su vida le gritó:

—Está bien; se quedará usted sin comer; hacemos la comida en la posada de Polite, y usted no la catará. Así aprenderá usted á no ser testarudo.

Y bajando la escalera, se puso en marcha, seguido de sus parientes y convidados.

Los hombres se habían remangado los pantalones para no mojarlos con la nieve y las mujeres llevaban recogidas sus faldas, enseñando los delgados tobillos, las medias de lana gris y las huesudas canillas, lisas como mangos de escoba. Y todos iban balanceándose sobre las piernas, los unos tras de los otros, sin hablar, muy despacio, por prudencia, para no perder el camino perdido bajo la sábana uniforme de la nieve.

Al aproximarse á unas cabañas, vieron que una ó dos personas les esperaban para unirse á ellos y la procesión, que crecía sin cesar y serpenteaba siguiendo los invisibles rodeos del camino, parecía un rosario animado de cuentas negras, ondulando por la blanca campiña.

Delante de la puerta de la desposada, un numero-

so grupo patinaba en la plaza esperando al novio, el cual fué aclamado al aparecer, siendo esta la señal para que Celeste saliese de su cuarto, vestida con su traje azul, con su pequeño chal encarnado sobre los hombros y la cabeza adornada con la flor de azahar.

—¿Dónde está tu padre?—le preguntaban todos á Cesáreo.

—No puede moverse de dolores—respondió el joven con turbación.

Y los cortijeros todos meneaban la cabeza con aire de incredulidad y malicia.

Se pusieron en marcha hacia la rectoría. Detrás de los futuros esposos, una aldeana llevaba al hijo de Víctor, como si se tratara de un bautizo y los aldeanos, cogidos del brazo y de dos en dos, marchaban sobre la nieve con movimientos de chalupas sobre el mar.

Después que el alcalde hubo unido á los desposados, en la casa Ayuntamiento, el cura los unió á su vez en la humilde casa de Dios, bendijo su enlace prometiéndoles la fecundidad y les predicó las virtudes matrimoniales, las sencillas y santas virtudes de los campos; el trabajo, la concordia y la fidelidad mientras que el niño, aterido de frío, lloriqueaba detrás de la desposada.

Cuando la pareja reapareció en el umbral de la puerta de la iglesia, sonaron unos tiros en el barranco del cementerio. No se veía más que el extremo de los cañones de donde salían rápidas bocanadas de humo; después se presentó una cabeza para contemplar el cortejo; era Víctor Lecoq celebrando el matrimonio de su buena amiga, festejando su dicha y expresándole sus votos con las detonaciones de la pólvora. El pobre había comprometido á unos amigos, cinco ó seis criados como él, para poder disparar aquellas salvas. Todo el mundo juzgó que se portaba bien.

La comida se celebró en la posada de Polite Cacheprune y se habían puesto veinte cubiertos en la gran sala en que se comía los días de feria. El enorme asado, dando vueltas en el asador, las aves y los demás preparativos de comida, llenaban la casa de un perfume pesado, del humo de los carbones llenos de grasa, del olor ordinario de las comidas campestres.

Se sentaron á la mesa á las doce, é inmediatamente se sirvió la sopa. Las caras se animaban ya; las bocas se abrían para bromear y los ojos reflejaban alegría. ¡Caramba! ¡iban á divertirse!

De pronto se abrió la puerta y se presentó el tío Amable con cara de enfermo mal humorado, apoyándose en dos palos y quejándose á cada paso para indicar su dolencia.

Al verle aparecer, todo el mundo guardó silencio; pero de pronto, el tío Malivoire, su vecino, un bromista que conocía bien las artimañas de las gentes, empezó á gritarle al oído formando tornavoz con las manos, como hacía Cesáreo.

—¡Eh! ¡petate! narices se necesitan para haber olido desde tu casa la cocina de Polite.

Una gran carcajada salió de todas las bocas. Animado por el éxito, Malivoire agregó:

—Para los dolores no hay nada como una cataplasma de chorizos, la cual, en unión de un vaso de vino, mantiene el calor en la andorga.

Los hombres gritaban, golpeaban la mesa y se reían inclinando y levantando el cuerpo como si sacasen agua con una bomba.

Las mujeres cacareaban como gallinas y los criados de pie junto á las paredes, se retorcían de risa. El tío Amable era el único que no se reía y esperaba, sin responder nada, á que le hiciesen sitio.

Le colocaron en el centro de la mesa, enfrente de su nuera, y tan pronto como estuvo sentado, empezó á comer. Después de todo, siendo su hijo el que pagaba, bien podía tomar su parte. A cada cucharada de sopa que le caía en el estómago, á cada bocado de pan ó de carne mascado por sus encías, á cada vaso de sidra ó de vino que se deslizaba por su garganta, creía recuperar algo de lo suyo, algo del dinero que se comían todos aquellos hambrones; creía, en fin, salvar una parte de su haber. Y comía en silencio con la obstinación del avaro que oculta el dinero, con la sombría tenacidad que solía emplear en otro tiempo en sus perseverantes labores.

Pero de pronto vió en el extremo de la mesa al hijo de Celeste sentado en las rodillas de una mujer; sus ojos ya no se separaron de él un instante. Seguía comiendo con la mirada fija en el pequeño á quien su guardiana metía á veces en la boca un poco de asado. Y el viejo sufría más por los pocos bocados dados á aquel escuerzo, que por todo lo que los demás tragaban.

La comida duró hasta la noche, hora en que cada cual se fué á su casa.

—Vamos, padre, hay que volver á casa—dijo Cesáreo ayudando á levantar á su padre y poniéndole los dos palos en las manos.

Celeste tomó á su hijo en brazos y echaron todos á andar lentamente en medio de la pálida noche aclarada por la nieve. El viejo sordo, calamocano y más mal intencionado en medio de su embriaguez, se obstinaba en no caminar; y varias veces se sentó con la idea de que su nuera pudiera coger frío, y al mismo tiempo que se sentaba, se quejaba sin pronunciar palabra, exhalando una especie de doloroso y prolongado gemido.

Cuando hubieron llegado á la casa, el viejo subió á su granero, mientras que Cesáreo preparaba una cama para el niño al lado del profundo nicho en que iba á acostarse con su mujer. Como los recién casados no se durmieron en seguida, pudieron oir durante mucho tiempo al anciano que se movía en su jergón y que hablaba en voz alta, ya soñando, ó ya manifestando sus pensamientos á pesar suyo, sin poderlo remediar, movido por la obsesión de una idea fija.

Al día siguiente, cuando bajaba la escalera, su nuera, que estaba guisando, le gritó:

—Vamos, padre, dese usted prisa que ya está la sopa.

Y esto diciendo puso en el extremo de la mesa la redonda cazuela de barro llena de humeante líquido. El viejo se sentó sin responder nada, tomó la cazue-

la, se calentó con ella las manos, según su costumbre, y, como hacía mucho frío, se la acercó al pecho como si procurara meter en su cuerpo, decrépito y aterido por el frío, un poco del animado calor del agua hirviendo.

Después buscó sus palos y se fué al campo hasta el mediodía, hasta la hora de comer, pues había visto instalado en una gran artesa al pequeño de Celeste, que seguía durmiendo.

El anciano no pudo nunca conformarse con esto. Vivía en la cabaña como antes, pero parecía no estar ya en ella, no interesarse por nada, y miraba á aquellas gentes, á su hijo, á su mujer y al niño, como extraños á quienes no conocía y con quienes no hablaba nunca.

Transcurrió el invierno, que fué largo y crudo, y al llegar la primavera, los aldeanos, como laboriosas hormigas, empezaron á pasar de nuevo los días en los campos, trabajando á la intemperie desde la mañana á la noche, á lo largo de los surcos de la negra tierra que procura el pan á los hombres.

El año se presentaba bueno para los recién casados. Las cosechas no tuvieron contratiempos, no hubo heladas tardías, y los floridos manzanos dejaban caer sobre la hierba su rosada y blanca nieve, que prometía para el otoño una lluvia de frutos.

Cesáreo trabajaba sin descanso, levantándose temprano y acostándose tarde, á fin de ahorrar el coste de un criado.

—A la larga acabarás por ponerte malo—le decía á veces su mujer.

—¡Ca! ya estoy acostumbrado—respondía.

Sin embargo, una noche volvió tan cansado, que tuvo que acostarse sin cenar. Al día siguiente se levantó á la hora ordinaria, pero no pudo comer á pesar de su ayuno de la víspera, y tuvo que volver á casa al mediodía para acostarse de nuevo. Por la noche empezó á toser y á dar vueltas sobre su jergón, febril, despidiéndole fuego la frente, con la boca seca y devorado por ardiente sed.

No dejó por esto de ir á sus tierras al amanecer; pero al otro día tuvo que llamar al médico, que le encontró muy enfermo, atacado de una fluxión de pecho.

Ya no volvió á dejar la obscura cueva que le servía de cuarto. Se le oía toser jadeante y removerse en el fondo de aquel agujero. Para verle, para darle las medicinas y ponerle las ventosas, era preciso encender una bujía. Y entonces se podía ver su escuálida cara, sombreada por su larga barba, debajo de una bóveda de telas de araña, que pendían y flotaban del techo removidas por el aire. Y las manos del enfermo parecían muertas sobre las sábanas grises.

Celeste le cuidaba con inquieta actividad, le hacía beber los remedios, le aplicaba los vegigatorios é iba y venía por la casa, mientras que el tío Amable permanecía junto á su granero, acechando de lejos el sombrío hueco donde agonizaba su hijo y sin aproximarse á él por odio á la mujer.

Seis días pasaron de este modo; al cabo de ellos,

una mañana, cuando Celeste, que dormía en el suelo sobre dos haces de paja, iba á ver si su hombre estaba mejor, no oyó ya su agitado aliento salir de la profunda cueva, y entonces, asustada, le preguntó:

—Cesáreo, ¿cómo has pasado la noche?

Pero él no le respondió.

Celeste tendió la mano para tocarlo y se encontró con la helada carne de su cara, lanzando entonces un grito, un prolongado grito de mujer asustada. Estaba muerto.

Al oir aquel grito, el viejo sordo apareció en lo alto de la escalera, y, aprovechando un momento en que Celeste salió para pedir auxilio, bajó á toda prisa, tentó á su vez la cara de su hijo y, comprendiendo lo ocurrido, se fué á cerrar la puerta por dentro, para impedir que la mujer entrase y tomase posesión de la casa, una vez que su hijo estaba muerto.

Luego se sentó en una silla al lado del difunto.

Los vecinos llegaban y llamaban á la puerta, pero él no los oyó. Uno de ellos rompió un vidrio de la ventana y penetró en la casa; le siguieron detrás otros; la puerta fué de nuevo abierta y Celeste volvió á presentarse anegada en llanto, con las mejillas encendidas y los ojos hinchados. Entonces el tío Amable, vencido, sin decir palabra, se volvió á su guarida.

Al día siguiente tuvo lugar el entierro, y, después de la ceremonia, el suegro y la nuera se encontraron solos en la casa con el niño.

Era la hora ordinaria de la comida, y Celeste encendió el fuego, cortó la sopa y puso los platos en la mesa, mientras que el anciano, sentado en una silla, esperaba, fingiendo no mirarla.

Cuando la comida estuvo dispuesta, la joven le gritó al oído:

—Vamos, padre, es preciso comer.

El sordo se levantó, tomó asiento al extremo de la mesa, vació su cazuela, mascó su pan untado con manteca, bebió sus dos vasos de sidra y se fué.

Hacía uno de esos días templados y bienhechores en que la vida palpita, fermenta y florece en toda la superficie del suelo.

El tío Amable seguía una sendilla á través de los campos y miraba los tiernos trigos y las primeras avenas pensando en que su hijo, su pobre hijo estaba ya bajo tierra. Iba con su pesado paso, arrastrando las piernas, cojeando, y, como estaba solo en la campiña, solo bajo el cielo azul, en medio de las crecientes cosechas, solo con las calandrias que se cernían sobre su cabeza aunque no oía su débil canto, se puso á llorar al mismo tiempo que caminaba.

Luego se sentó al lado de un pantano y permaneció allí hasta la noche, contemplando los pajarillos que iban á beber; después, cuando la noche se acercaba ya, se volvió á casa, cenó sin decir palabra y subió á su granero.

Y su vida continuó como antes. Nada había cambiado, á no ser que su hijo Cesáreo dormía en el cementerio.

¿Qué había de hacer el viejo? No podía trabajar y sólo servía para comer las sopas hechas por su nuera. Y las comía en silencio, mañana y noche, acechando con rencorosos ojos al pequeño que comía también enfrente de él, al otro extremo de la mesa. Después salía, rondaba por el pueblo como un vagabundo, iba á esconderse detrás de las granjas para dormir una hora ó dos, como si temiese ser visto y volvía á casa al obscurecer.

En esto empezaban á intrigar el ánimo de Celeste grandes preocupaciones. Las tierras necesitaban un hombre que las cuidara y las trabajase, era preciso que hubiese siempre alguno en el campo, pero no un jornalero, sino un verdadero labrador, un amo, que conociese el oficio y cuidase del cortijo. Una mujer sola no podía dirigir la labranza, averiguar el precio de los granos y ocuparse de la compra y venta del ganado. Entonces empezaron á ocurrírsele ciertas ideas, ideas sencillas, prácticas, acerca de las cuales reflexionaba todas las noches. No podía casarse hasta pasar un año y era preciso salvar en seguida comprometidos intereses, que no dejaban lugar á dilación.

Un solo hombre podía sacarla del apuro, Víctor Lecoq, el padre de su hijo, que era valiente y entendido en labranza y que, con un poco de dinero en el bolsillo hubiera sido un excelente labrador. Celeste sabía todo esto, porque le había visto trabajar en casa de sus padres.

Una mañana, pues, viéndole pasar por la carretera con un carro de estiércol, salió para hablar con

él. Cuando Víctor la vió, detuvo las bestias y entonces ella le dijo, como si lo hubiese visto la víspera:

—Buenos días, Víctor, ¿seguimos bien?

—Siempre igual ¿y usted?—le respondió.

—¡Oh! yo iría bien, si no estuviese sola en mi casa, lo cual me pone en grandes apuros, á causa de las tierras.

Entonces hablaron largo rato apoyados contra la rueda del carro. El hombre se rascaba á veces la frente por debajo de su gorra y reflexionaba, mientras que ella, con las mejillas encendidas, hablaba con ardor, exponía sus razones, sus combinaciones y sus proyectos, hasta que Víctor acabó diciendo:

—Bueno, es posible que me avenga.

Celeste abrió la mano, y presentándosela como suelen hacer los aldeanos para cerrar un trato, le preguntó:

—¿Convenido?

—Convenido—dijo él estrechándole la mano.

—¿Quedamos en que el domingo...?

—El domingo.

—Entonces, buenos días, Víctor.

—Buenos días, señora Houlbreque.

III

Aquel domingo era la fiesta de la aldea, la fiesta anual de la patrona que se llama Asamblea en Normandía.

Hacía ocho días que se veía llegar por las carreteras con el paso lento de los rocines grises ó castaños, los coches de ferias que transportan á las familias ambulantes de los feriantes, loteros, dueños de escopetas de salón y de juegos diversos, ó expositores de curiosidades á los que los aldeanos llaman comunmente *titiriteros*.

Los sucios carros con flotantes cortinas, acompañados de un perro triste que vá con las orejas gachas entre las ruedas, se habían detenido uno tras otro en la plaza del Ayuntamiento. Luego se había levantado una tienda delante de cada ambulante morada y en aquella tienda se veía por los agujeros de la tela relucir cosas que excitaban los deseos y la curiosidad de los muchachos.

Desde la mañana de la fiesta todas las barracas se habían abierto exponiendo sus esplendores de vidrio y de porcelana, y los aldeanos, al ir á misa, miraban ya con cándidos y satisfechos ojos aquellas modestas tiendas que solían ver todos los años.

Desde el mediodía acudió á la plaza una inmensa multitud. Llegaban de todas las aldeas vecinas los aldeanos, traqueteados con sus mujeres y sus hijos en los carruchos de dos ruedas que sonaban á hierro oscilando como básculas. Habían desenganchado sus vehículos en casa de algún amigo y los patios de los cortijos estaban llenos de extrañas galeras altas, empinadas, complicadas, semejantes á esos animales de largas patas del fondo de los mares.

Y cada familia, los pequeños delante y los grandes detrás, se iba á la *Asamblea* con tranquilo paso, sonriente cara y las manos abiertas, gruesas manos rojas, huesudas, acostumbrados al trabajo y que parecían no estar conformes con su reposo.

Un payaso tocaba el clarinete, el organillo del tío vivo lanzaba al aire sus agudas y chillonas notas, la rueda de las loterías daba vertiginosas vueltas chirriando, y de tiempo en tiempo se oían los disparos de escopeta. Y la pausada multitud pasaba muy despacio por delante de las barracas formando remolino de rebaño, con torpes movimientos de pesadas bestias sacadas á paseo.

Las muchachas cogidas del brazo en hileras de seis ú ocho cantaban canciones; los mozos las seguían bromeando con la gorra sobre una oreja y la

blusa tiesa aun por la goma, hinchada como un globo azul.

Todo el país estaba allí, amos, criados y criadas.

El mismo tío Amable, vestido con su vieja y verdosa chaqueta, había ido á ver la Asamblea, pues no faltaba nunca á ella.

Miraba las loterías, se detenía delante de los puestos de tiro para juzgar la habilidad de los tiradores y se interesaba sobre todo por un sencillo juego que consistía en meter una bola de madera en la boca abierta de un hombre pintado sobre una tabla.

De pronto le dieron un golpecito en el hombro; era el tío Malivoire que le gritó:

—¡Eh! compadre, le invito á tomar unas copas.

Y se sentaron ante la mesa de un puesto instalado al aire libre. Bebieron una copa, después otra y luego otra más y el tío Amable empezó á errar por la *Asamblea*. Sus ideas empezaban á obscurecerse, sonreía sin saber de qué, delante de las loterías, delante del tío vivo y sobre todo delante del juego del sacrificio, donde permaneció largo rato, encantado cuando algún jugador derribaba al gendarme ó al cura, dos autoridades á quienes temía por instinto. Después volvió á sentarse en el puesto y bebió un vaso de sidra para refrescarse. Como era ya tarde, pues la noche se acercaba, un vecino le advirtió:

—Compadre, va usted á llegar después del guisado.

Entonces se puso en marcha hacia el cortijo. Una tenue sombra, la suave sombra de las noches de primavera, iba lentamente cubriendo la tierra.

Cuando estuvo delante de su puerta, creyó ver por la ventana dos personas en la casa y entonces se detuvo muy sorprendido y entró luego viendo á Víctor Lecoq sentado á la mesa, ante un plato lleno de patatas, cenando precisamente en el misma sitio que solía ocupar su hijo.

De pronto se volvió como para marcharse.

La noche había cerrado ya y Celeste, que se había levantado, le gritaba:

—Padre, dese prisa, que tenemos asado para celebrar la Asamblea.

Entonces obedeció por inercia y se sentó, mirando sucesivamente al hombre, á la mujer y al niño. Después se puso á comer muy despacio, como todos los días.

Víctor Lecoq parecía estar en su casa, hablaba de vez en cuando con Celeste, tomaba al niño sobre sus rodillas y lo besaba. Y Celeste volvía á llenarle el plato, le servía vino y parecía contenta hablándole. El tío Amable les miraba con fijeza sin oir lo que decían. Cuando hubo acabado de comer (y no comió gran cosa; tan angustiado se sentía el corazón) se levantó, y en vez de subir á su guarida como todas las noches, abrió la puerta del corral y salió al campo.

Cuando se hubo marchado, Celeste, algo inquieta, preguntó:

—¿Qué es lo que hace?

—No te apures,—le contestó Víctor con indiferencia,—ya volverá cuando esté cansado.

Entonces Celeste quitó la mesa y fregó los platos,

mientras que su hombre se desnudaba tranquilamente, metiéndose á poco en la obscura y profunda mazmorra en que ella había dormido con Cesáreo.

La puerta del corral volvió á abrirse y apareció por ella el tío Amable. Una vez dentro, miró por todas partes como perro que olfatea algo. Buscaba á Víctor Lecoq. Como no lo viese, tomó la luz de encima de la mesa y se aproximó al sombrío agujero en que había muerto su hijo. En el fondo vió acostado al hombre, que ya dormía. Entonces el sordo se volvió con lentitud, volvió á dejar su luz y salió de nuevo por el corral.

Celeste había acabado su faena, había acostado á su hijo, lo había ordenado todo y esperaba, para acostarse al lado de Víctor, á que su suegro volviese.

Estaba sentada en una silla con las manos cruzadas y la mirada vaga.

Como el viejo no llegase, murmuró con mal humor:

—Ese viejo holgazán nos hará gastar veinte céntimos de aceite.

—Hace ya más de una hora que está fuera,—respondió Víctor desde la cama,—habrá que mirar si está durmiendo en algún banco delante de la puerta.

—Ya voy yo—dijo Celeste levantándose.

Y en efecto, tomó la luz y salió haciendo una pantalla con la mano para poder distinguir los objetos en medio de la obscuridad de la noche.

No vió nada delante de la puerta, nada en el banco, nada en el estercolero, donde el padre solía sentarse á veces.

Pero cuando iba ya á entrar levantó por casualidad los ojos hacia el gran manzano que daba sombra á la entrada del cortijo y vió de pronto dos pies de hombre que colgaban á la altura de su cara.

Entonces empezó á dar terribles gritos.

—¡Víctor! ¡Víctor! ¡Víctor!

El hombre acudió en camisa. Celeste no podía hablar, y, volviendo la cabeza para no ver, le indicaba el árbol con el brazo extendido.

Como Víctor no la comprendiese, tomó la luz para ver y entonces distinguió en medio del follaje al tío Amable, colgado de un ronzal.

Contra el tronco del manzano permanecía apoyada una escalera.

Víctor corrió á buscar una hoz, subió al árbol y cortó la cuerda; pero el viejo estaba ya frío y sacaba la lengua horriblemente, en una espantosa mueca.

FIN

ÍNDICE

	Páginas
La señorita Perla	5
El Eremita	33
La Roquecita	47
El buque náufrago	103
Rosalía Prudente	123
Acerca de los gatos	131
Salvada	145
La Señora Paris	157
Julia Romana	173
El padre Amable	187

NOVÍSIMO

Diccionario Universal de Agricultura

por

J. T. MÜLLER

autor de célebres obras de Agricultura

(EDICIÓN HISPANO-AMERICANA)

QUE COMPRENDE

todo lo referente á Horticultura, Arboricultura, Viticultura, Olivicultura, Plantas alimenticias, Cultivos, Jardines, Enfermedades de los árboles y plantas y sus remedios, Aguas, Riegos, Abonos, Máquinas, Instrumentos y aparatos agrícolas, Agreología, Agronomía y Agrimensura, Arquitectura rural, Meteorología agrícola, Ganadería, Zootécnia general y especial, Legislación y economía rurales, Bibliografía agrícola y en general todo lo que tiene relación con la Agricultura y sus ciencias auxiliares.

Traducido y copiosamente adicionado, en vista de las mejores obras escritas en España y en el extranjero, por la Redacción Agrícola Ilustrada

---

Tres tomos de gran tamaño, ilustrados con más de diez mil grabados intercalados, y ricamente encuadernados con lomo de piel y tela en el plano con planchas doradas.

Precio de la obra completa: 60 Ptas.

Encuadernada en rica pasta española: 65 pesetas.